This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

UNIVERSITY of MICHIGAN
GENERAL LIBRARY
OCTAVIA WILLIAMS BATES
BEQUEST

LA
LIRA MEXICANA

COLECCION DE POESÍAS DE AUTORES CONTEMPORÁNEOS

FORMADA POR

JUAN DE DIOS PEZA

SEGUNDO SECRETARIO DE LA LEGACION DE MEXICO EN ESPAÑA

con prólogo del doctor

D. ANTONIO BALBIN DE UNQUERA

Y APRECIACIONES

DE LOS SEÑORES CASTELAR, CAMPOAMOR,
BRILO, HIDALGO DE MOBELLAN, MARTINEZ PEDROSA, NUÑEZ DE ARCE Y SELGAS

MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR
Calle del Rubio, 20
1879

S1.0.S1
P52

AL LECTOR

Anhelaba con entusiasmo venir á España, á ella me atraian las más nobles ambiciones para mi porvenir.

Cuando mis conciudadanos aplaudian en el Nuevo Mundo las producciones que desde Cervantes á Becquer han merecido la admiracion de propios y extraños, queria en alas de mi entusiasmo dar á conocer en este suelo las huellas que hemos seguido en el camino de las letras. Queria repetir los acentos que desde Sor Juana Inés de la Cruz hasta Guillermo Prieto y Manuel Flores, vienen impregnados de esa dulce melancolía americana, que pone sus rayos de sol en los ojos de las mujeres y deposita muchas veces sus armonías en la palabra de los poetas.

Hartzenbusch, García Gutierrez, Lopez de Ayala, Campoamor, Nuñez de Arce, Selgas, Carrion, Tama-

381593

yo, Echegaray, Grilo, Pedrosa, Lopez Garcia, Ruiz Aguilera, Echevarria, Retes, Blasco, Fernandez y Gonzalez, y otros inspiradísimos vates, son por nosotros leidos con vivo interés; la elocuente y hermosa palabra de Castelar vibra como himno de gloria en todos los ámbitos de América; hemos mandado nuestros más fragantes láuros á las tumbas augustas del duque de Rivas, de Quintana, y de Breton de los Herreros; veneramos la memoria de Prim y lloramos la muerte de Espartero; consagramos con nuestro respeto las grandezas españolas, y cuando venimos á este suelo privilegiado, nos basta llegar al mar Cantábrico para estremecernos de entusiasmo y de júbilo, creyendo oir frente á las rocas del Auseba los ecos solemnes de la inmortal plegaria de Covadonga.

Fué para España México la hija más querida ¿cómo no ha de celebrar cuanto le dé ventura y la engrandezca?

Este libro es una ofrenda de mi cariño, hecha para bien de mi país y destinada á vivir en España.

He coleccionado poetas contemporáneos, jóvenes en su mayor parte, para que se pueda juzgar del porvenir literario de mi pátria, puesto que lo que pertenece al pasado queda palpitante en la historia.

Esta obra ya está juzgada.

Hombres cuya reputacion literaria es universal, han hecho á mi país la honra y á mí la merced espe-

cialísima, de embellecer estas páginas, con juicios como suyos, imparciales, eruditos y galantes.

Si yo no conociera la gratitud que estas apreciaciones van á despertar en el corazon de mis compatriotas, no les habría rogado que se tomáran un trabajo al cual no tengo otra manera de corresponder como merece.

Pero sus palabras — que yo he recogido en mi alma — avivarán más, si es posible, el afecto que existe inmenso y que será interminable, entre dos pueblos que estarán siempre ligados en la historia por tres hermosos vínculos: la raza, la religion y el lenguaje.

Lo que me infunde admiracion no encuentro frases para expresarlo y lo que obliga mi gratitud, no me canso jamás de corresponderlo como debo.

¿Quién no admira la elocuencia de Castelar, que regenerando y enalteciendo la tribuna moderna no es gloria sólo de España sino de Europa y América? ¿Quién no admira y celebra la dulcísima musa de Selgas, la inspiracion vigorosa y levantada de Nuñez de Arce, la rima oriental de Grilo y el estro de Campoamor, que ha formado escuela y que es en todas partes aplaudido? Debemos á la erudicion inmensa del modesto literato Dr. D. Antonio Balbin de Unquera, un prólogo, joya bellísima, estudio concienzudo que avalora este libro; á la brillante pluma del reputado poeta Martinez Pedrosa generosas apreciaciones, y al

noble afecto del jóven poeta D. Antonio Hidalgo de Mobellan, desinteresado y fraternal amigo de México, al que muchas veces ha honrado con benévolas apreciaciones, una carta digna de su talento, destinado á brillar como merece en porvenir no lejano.

Quépame la honra de representar á los poetas que en esta coleccion figuran, para dar en su nombre á tan insignes escritores, testimonios de invariable reconocimiento.

No aparecen aquí todos los poetas que hoy brillan en la literatura mexicana.

A tan gran distancia de la pátria, cuando yo emprendí esta publicacion no me fué fácil adquirir obras de todos.

A ninguno omití voluntariamente y de los que doy á conocer no estuvo en mi mano escoger lo más hermoso de sus producciones.

Este libro será un nuevo motivo para estrechar nuestras relaciones literarias con España.

Con tal deseo lo publico, dándole por ser la expresion de la poesía moderna de México, el nombre de LIRA MEXICANA.

JUAN DE DIOS PEZA.

Madrid 8 de Marzo de 1879.

PRÓLOGO

«Al gigante clamor que en torno suena
Que despierte la lira americana»
(A. MAGARIÑOS CERVANTES. *Brisas del Plata.*)

Débense al amor á la patria, no sólo grandes hechos que registra la historia y aprovecha la posteridad, sino tambien obras literarias de reconocido mérito que se trasmiten las generaciones como prueba de que no ha sido en vano su paso por la tierra. Eslabones de una cadena que reune las más distantes épocas, ramas de un mismo tronco que no deja de crecer, unas veces agitado por huracanes y otras mecido por céfiros, elévanse de tiempo en tiempo esas obras como otros tantos monumentos del patrio amor, apartando de sí, aunque por algun concepto la merecieran, toda censura. Si como la presente co-

leccion de poetas mexicanos contemporáneos se proponen dar á conocer obras ignoradas ó escasamente conocidas en países que hablan la misma lengua y hasta cierto punto participan de iguales sentimientos, con ser tan laudable como hemos dicho su propósito, su utilidad es aún mayor, porque está probado que la nacionalidad literaria es distinta completamente de la política, y no pocas veces viene á ser el cultivo de la misma lengua como la vara de Mercurio que, puesta entre las serpientes que luchaban, las atrajo á sí, formando en el simbólico y nuevo emblema del Caducéo el cetro de las ciencias y las letras entre los pueblos hermanos.

No há muchos meses que en una obra sobre antigua literatura mexicana saludábamos en América la digna continuadora de nuestras inmarcesibles glorias literarias; y entónces, al apreciar el trabajo del doctor Mascaró, de Montevideo, dijimos cuál era la opinion más generalizada entre los literatos españoles acerca de las producciones originales del nuevo continente; ahora saludamos en México aquella hermosísima region hispano-americana, la primera en recibir de nuestras manos el arte divino de la imprenta, y la primera tambien en devolvernos con usura en obras de mérito el fruto de nuestros desvelos; tierra por nuestro sudor regada, querida para la Península como las pupilas de sus ojos, teatro de escenas

memorables en la naturaleza y en la historia, y la primera entre los combatientes de nuestra raza frente á la invasora que la rodea, la que se conquistó quizá con ménos gente y la que más tesoros de toda clase nos produjo, la que parece señalada para llevar el cetro de la gran familia española en América, la que no de otra suerte que el águila de su escudo está destinada á contemplar desde la altura de su gigantesco nido cómo se hace y se rehace el mapa del nuevo continente, país que, con un pasado parecido al de Egipto en su escritura geroglífica, en sus monumentos ciclópeos, en los misterios de su historia, es el mejor representante de todo el Oriente antiguo frente al moderno Occidente. Hay quien la cree misteriosamente relacionada de antiguo con el pueblo hebreo, guardadora de algunas centellas de la revelacion que se hizo á los patriarcas; la historia nos asegura que nos recibió como á los Mesías de Oriente, y que nos abrió sus tesoros, que nos dejó reconocer sus volcanes, sus selvas y sus llanuras, y que, apénas unida á nuestra monarquía, dividió entre la metrópoli y las colonias que hoy todavía conserva, todas las joyas que atesoraba en su seno. México alimentó, no sólo á España, sino á Cuba y á Filipinas; como los romanos las naves de Sicilia, así esperábamos y esperaba el archipiélago asiático la vuelta de la nao de Acapulco; y miéntras tantas otras posesiones de

nuestro territorio ultramarino sacudian en determinadas épocas el yugo peninsular, México se contaba siempre entre los pueblos amigos. Y despues de sonar la hora de la independencia, distinguióse del Perú y otras regiones del Sur por su adhesion á los intereses peninsulares, á lo que España correspondió como debia, dejándole no há muchos años en completa independencia para conservar su antigua forma de gobierno ó para escoger otra diferente. Pues tal es el estado de las relaciones entre México y España, cumple á la comunicacion literaria seguir las vías de la política y estrechar más y más los vínculos que las unen con mútuo conocimiento de los autores de ámbos países.

Si el primer elemento de una literatura es la lengua en que se expresa, el segundo y tal vez más importante es el espíritu general que en ella domina. Respecto á la lengua, seria infundado negar que al pasar del pueblo que la produjo á otro en que se adopte, sufre notables modificaciones, ajenas al primero, que vienen á formar como un nuevo dialecto de los que aparecen entrados ya en su virilidad los idiomas, no de los que preparan, cuando comienzan á formarse y ántes de que se fijen, su primitiva fisonomía. El castellano americano admite, no sólo palabras, sino frases y maneras de construir de que no nos dá cuenta la Academia; y si la poesía goza siem-

pre de más libertad que la prosa, claro es que la diferencia es aún mayor entre el estilo poético de la metrópoli y el de las antiguas colonias. Poco importan para las modificaciones de las lenguas las palabras nuevas; lo que contribuye á desfigurarlas es la nueva sintáxis, y si es imposible paralizar en los vasos la circulacion de la sangre sin que se arriesgue la vida, no lo es ménos contener el curso de la existencia y de la transformacion local en los idiomas. Pueden inspirarse los dialectos, sobre todo en los buenos autores, en las antiguas gramáticas y en los modelos que se dicen clásicos; pero sabido es que no se respeta el clasicismo de las modernas literaturas, como el de las lenguas latina y griega. Véase cómo lo respeta la gramática de Bello, quien sin dejar de prestar un tributo de admiracion á nuestros modelos del décimosexto siglo, aprecia en lo que realmente valen las diferencias entre el castellano peninsular y el de América; véase tambien cómo las entendia Baralt, autor venezolano, en su notable *Diccionario de Galicismos*. Los escritores mexicanos, cuyas obras contiene el presente volúmen, con educacion más ó ménos clásica, han gozado de toda la independencia que permite el uso de su país; más á pesar de esta circunstancia, no advertirán los españoles que lean sus poesías desmedida licencia en su sintáxis. Quien compare la presente coleccion del Sr. Peza con la

que publicó en Leipzig años pasados la señorita Ana Witstein, que apénas se ocupó de los poetas mexicanos, dedicando casi todo el libro á los vates de la América del Sur, no encontrará en aquellos tanta licencia en la expresion como en el caraqueño Abigail Lozano, ni tanta como en muchos de los poetas cubanos, cuyas relaciones con la península son, sin comparacion alguna, más íntimas y frecuentes. Conviene que así lo adviertan nuestros lectores para que juzguen del estado de la instruccion en la República mexicana por la forma que dan á sus producciones los más privilegiados ingénios.

Cumple á nuestro propósito manifestar que la coleccion del Sr. Peza no comprende obras anteriores al presente siglo y que se dedica á la generacion literaria que aún vive y todavía estudia los múltiples secretos del divino arte de la poesía; cúmplenos tambien decir que en su país hubiera escogido y publicado muchas obras más selectas que algunas de las que se ofrecen, pero á tanta distancia de la patria esto era absolutamente imposible. Dedicar largas horas á la lectura de periódicos y revistas, desechar cuando era preciso las obras del amigo de la infancia por adoptar tal vez las del adversario científico ó político, renunciar á todo espíritu de sistema para merecer elogios, tanto en el concepto de mexicano amante de su país, como en el de literato y crítico

del más depurado gusto; hé aquí la ímproba tarea del Sr. Peza, que pocos emprenderian y ménos aún podrian llevar á feliz término. Dichosamente para el colector, ha encontrado poderosos estímulos para la publicacion en los literatos peninsulares, y en el señor Corona, representante dignísimo de la República en Madrid, y en el Dr. Hijar y Haro, primer secretario de la legacion, cuanto cabe para el mejor éxito de su empresa. Ambos diplomáticos serán desde hoy más y más beneméritos de la pátria por haber unido sus nombres á la publicacion de La Lira Mexicana, libro que no se olvidará tan pronto, así lo creemos, en España ni en América.

Dificilísimo seria nuestro, por otra parte, agradable trabajo, si hubiéramos de terminarlo como crítico, por ser tantos y tan distintos los géneros de poesía que comprende la coleccion, si bien todos animados del espíritu de la moderna poesía, bastante clásicos algunos para que no se olviden al juzgarlos como se debe los cánones de los antiguos preceptistas. No pocos nombres de la Lira pueden aspirar al hermoso dictado de poetas y de predilectos hijos de Apolo; tanto los que se inspiran en la fé de sus mayores, como los que dejan entrar en su corazon algun átomo de las dudas que como un título de gloria presentan algunas inteligencias de nuestro siglo, así los que tuvieron esmerada educacion literaria, como

los que, hijos de la naturaleza más que del arte, dan rienda suelta á la imaginacion y no se arroban con la contemplacion de los antiguos modelos. América no tiene como el antiguo mundo monumentos de la misma raza que hoy forma el nervio de su poblacion; sus antiguos bardos le son desconocidos; lo que entre nosotros se llama clasicismo es una imitacion en que no incurrirán los vates americanos hablando otra lengua, profesando ya distinta religion y estando animados de otro espíritu que los indígenas; sus tradiciones son europeas, su clasicismo tendrá que ser griego ó romano, y por más que tengan intérpretes de la antigüedad como el obispo Montes de Oca, las verdaderas antigüedades de México serán los usos y las costumbres importados por los conquistadores. El espíritu europeo de América es el moderno, el de la sociedad española, en que ya se han reflejado sucesivamente el renacimiento del siglo XV, la poderosa unidad nacional del XVI, el desarrollo científico del XVII, el filosófico del XVIII y el social del XIX, todos ellos penetrados de la revolucion política que ha creado las nuevas nacionalidades, sin alcanzar á destruir completamente la antigua familia. Todos los géneros literarios á que ha dado impulso la revolucion, aparecerán necesariamente en América; la historia con Funes, con Baralt, con Mitre, con Alaman; la sátira, la novela política y de costumbres, con

célebres representantes al Norte y al Sur, y no ménos notables ensayos de derecho internacional y de estadística. Pero la poesía descriptiva de la verdadera naturaleza americana; pero la pintura del desierto, de la pampa, de la sierra, de uno y otro mar que rinden párias al nuevo continente; pero la descripcion de la lucha de razas y de religiones que entre sí se combaten como las tinieblas de la noche y la indecisa claridad del dia, esos géneros, como confiesan los argentinos Echeverría y Magariños, no han tenido el vigoroso desarrollo que los estudios anteriormente indicados. Humboldt nos habla de un papagayo que habia conservado restos de un dialecto perdido, porque habia desaparecido la tríbu que lo hablaba; aún más que esto ha perdido la generacion actual de escritores americanos, ni de tanto dispone para recordar los precedentes de civilizaciones para siempre muertas y de creaciones literarias hundidas en perpétuo olvido.

Quédales, sin embargo, la misma naturaleza que inspiró á esos desconocidos cantores, aztecas ó quichúas, caribes ó guaraníes, llanuras infinitas, sierras de no medida elevacion, rios que son mares, faunas y floras, que soñadas se antojan á los europeos, volcanes que no duermen como los de Europa y que parecen tan jóvenes como todo el continente, y todavía pueden contemplar los americanos, como Canu-

to de Inglaterra las olas que cercaban su trono de rey en las islas británicas, las oleadas de pueblos europeos que buscan trabajo y no conquistas, y entre los acontecimientos de la historia registran dictaduras como las de Francia y Rosas, libertadores de pueblos como Bolivar, Juarez, San Martin y Lavalle, anales en suma cuya variedad y grandeza compiten con las de su territorio. Para todos los géneros de poesía, épica, dramática y lírica, escenas admirables y un teatro de gigantescas proporciones; para todos los sentimientos humanos fuentes de inspiracion nada inferiores á las que presentó la ciudad griega y áun á las mismas de la *urbs* romana. Las persecuciones políticas han producido ya poetas tan elocuentes como Mármol, que viviendo bajo la dominacion de un nuevo Neron, no es inferior en mérito á nuestro compatriota Lucano; los triunfos de la libertad han puesto en boca de los admiradores de Bolivar acentos dignos de Alfieri ó de Manzoni. Léase en la presente coleccion el canto al general Zaragoza, y se oirá á todo un pueblo, no sólo á un poeta, ensalzar las glorias de los que adquirieron eterna vida en la historia, ofreciendo su existencia en aras de la pátria.

Si queremos estudiar en la poesía americana las reminiscencias del verdadero clasicismo y ver cómo los descendientes de los Leones y Herreras copian el libro por excelencia, la *Biblia*, que tiene verdades

para todas las épocas y acentos para todas las glorias y para todos los dolores, leamos en la *Cena de Baltasar*, por Carpio, una de las mejores obras de que puede gloriarse la poesía castellana. No la desdeñaría el cantor de Lepanto, aquél que de Dios y con Dios hablaba, aquél que parafraseaba la *Biblia* como nadie entre los modernos cantores. «Carpio, dice Arroniz en su *Manual de Biografía Mexicana*, es un modelo que deben estudiar nuestros jóvenes poetas, y estamos seguros de los benéficos frutos que de tan útil estudio llegarán á recoger. Esta opinion es tanto más franca de nuestra parte, cuanto que sus ideas disienten de nuestra conciencia literaria, pues lo creemos partidario acérrimo de la escuela clásica, é idólatra de Homero, Horacio, Leon, Corneille, y nosotros, al contrario, somos cosmopolitas, pues nos extasiamos tambien con el poeta de la inteligencia, Goethe, con el de corazon y duda, Byron, y con las contemplaciones religiosas de Lamartine.» Uno de los más renombrados poetas de la República, Pesado, publicó en 1849 las poesías, que valdrán sin duda á Carpio brillante y perdurable fama.

«Entre las sagradas, vuelve á decir Arroniz, damos la preferencia á la que lleva por título *Castigo de Faraon*, en la que resaltan admirables rasgos descriptivos; entre las religiosas, llamamos la atencion sobre el *Camino del Gólgota* y *la Vírgen al pié de la*

Cruz, por su uncion, sencillez y hermosura. En la que el poeta consagró á su patria campean el patriotismo puro del autor y la grandeza de la naturaleza, y en la composicion *Á la Luna* se respira ese aire de desolacion, se palpan esas escenas de ruina, se piensa en los recuerdos de esplendor pasado y se aplaude al poeta. Sus sonetos, como dice muy bien otro vate, son una verdadera galería de cuadros que se miran y se vuelven á mirar siempre con nuevo gusto. Carpio muestra un gran fondo de instruccion en ciencias y en literatura y cuán familiares le son los autores clásicos. ¡Ojalá que su docta é inspirada musa siga enriqueciendo nuestro museo literario con los tesoros de su ingénio!»

La comparacion aquilata el mérito del escritor, y ningun crisol como este cotejo para conocer el metal y la liga. (1) Carpio ha tratado los mismos asuntos que Byron y Manzoni, comparémoslos. Como aquél cantó la *Cena de Baltasar*, en que se derrumba un trono, como éste *El doloroso crepúsculo de Santa Elena*, en que muere un monarca, no de raza de reyes, pero si de génios. Carpio no era el poeta de la duda como Byron, lo era de la fé como el cantor del *Cristo di Maggio;* pero tuvo mejor eleccion que ambos, porque Manzoni hubiera podido tratar mejor que By-

(1) Voltaire Dict. Phil. art. *Rochester et Waller.*

ron un asunto religioso y Byron mejor que Manzoni los últimos instantes del gran enemigo de Inglaterra. Carpio tenia en su lira cuerdas para los dos cantares, ayes para el mártir de la lujuria y para la víctima de la soberbia, asuntos uno y otro de moral religiosa y de moral filosófica, y á un mismo tiempo humanos y divinos. ¿Qué importaba á Byron, que se reia de las luces de la fé, la simbólica oscuridad de la mano que trazaba en el corazon de Baltasar, más que en el muro, las fatídicas palabras *Mane*, *Thecel*, *Phares*? ¿Qué decian á Manzoni las desgracias del Rey y libertador de Italia, no su enemigo, en comparacion de los misterios del Cristianismo que ensalzára en odas inmortales? Razon más para ceñir con laureles inmarcesibles las frentes de Byron y de Manzoni, para admirarlos en géneros que eran poco compatibles con su vocacion literaria y áun con su vocacion religiosa, razon más para loar en Carpio al feliz poseedor de tan opuestas prendas.

Propúsose más que nada Byron trocar en arrebatadoras melodías los roncos sonidos de la lira británica, no de otra suerte que Moore, músico al ser poeta y poeta al ser músico, escribiendo su poema de *Baltasar*, no una leccion de religion y moral, no un anatema del libertinaje. Lector de la *Biblia*, ménos que ningun otro protestante, lo era, sin embargo, para encontrar en ella la duda, como sus correligionarios

encuentran todo lo que les parece; Carpio era religioso, á prueba de sus profundos estudios en medicina y ciencias naturales; Carpio se proponía enseñar y con la fé del católico declamar, sin separarse de la *Biblia*, contra la corrupcion de las costumbres. Tambien él habia visto derrocarse un gran trono; Byron veia en el zénit el sol de su pátria y murió viendo despuntar sobre las cumbres de la Hélade un trono y un pueblo nuevos. Carpio era clásico; romántico Byron: no podia entrar con más desventajas en la lid con el vate mexicano, sea esto dicho en desagravio á los manes del gran cantor de Sevilla y de Venecia. Léanse ahora los dos poemas, y aunque se conceda lo que se quiera á la diferencia de metros y de estilos, de sistemas y de circunstancias, ¿dónde se halla en Byron la magnífica descripcion del ejército sitiador que respira fuego y la del lúbrico banquete donde todo estaba impregnado de aromas y de lascivia? En sentir del que tiene fé, son bastantes los ratones para destruir los arcos de Sennacherib; para el que no la tiene, los imperios caen porque ha de renovarse la historia, porque hay para los imperios dias y noches, como para la naturaleza la luz y las tinieblas.

No, para el que no tiene fé, siquiera perezca luchando por un pueblo que no conoce, siquiera delire por los restos de la antigüedad y maldiga á Lor Elgin con los acentos de la antigua *pithia*, es más temible el

ejército sitiador que las pasiones que cercan y rinden y aherrojan el alma; para el poeta católico no es Ciro, es el vicio quien mina los tronos; no es la ley de la historia, sino ley de la Providencia la que les señala término. *Dominus mortificat et vivificat, deducit ad inferos et reducit.* Examinando lo íntimo de su alma encuentra á Dios y dice: *Si ascendero in cœlum, hic es, si descendero in infernum ades.* Y contempla los muros y las guardas de la embriagada ciudad y exclama: *Nisi dominus custodierit civitaten, frustra vigilat qui custodit eam.* Todo esto lo sabia Carpio; Byron olvidaba todo esto. Ciro no se mueve en la obra de Carpio; Dios le ha de conducir por la diestra á ser Rey y á ser conquistador, y la mano está ocupada todavía en trazar la fatídica leyenda. El *Ciro* de Byron lo es todo, poco y tal vez nada la profanacion del festin; ¿qué más daban los vasos del templo de Jerusalem que el cráneo que otra vez cantó Byron, queriendo beber en él como sus rudos progenitores germánicos, como el lombardo Albuino? Y no se crea que el misticismo de Carpio no le deja conocer los atractivos y señuelos del placer; los describe como quien los conoce, pero los trata como quien los desprecia. Y cuando introduce al profeta en el festin, ¿no lo hace de otra suerte que Byron? La prudencia humana, que habla por boca de la divina sabiduría, cede su puesto en Byron á la prediccion puramente

humana, que podria sacarse del tesoro de la experiencia. Carpio era de la familia de Elías, que veia al Señor no siempre entre el fuego ni entre la conmocion siempre; Byron era de otra familia, de la de los profetas de Baal, que dudaban de la asistencia divina para conseguir la lluvia, y creian lograrla, ó fingian creerlo, con grandes alaridos.

Un soneto ha dedicado Carpio á Napoleon; América debe al capitan del siglo XIX ménos males y ménos bienes que Europa; más adviértase que dicho soneto envuelve la misma idea, desarrolla el mismo argumento que el *Cinco de Mayo* de Manzoni. Este, sin embargo, le canta en una forma nueva, y en nueva rima, despliega un gran lienzo histórico; se refiere á las grandezas del pasado, se detiene al caer la tarde en referir los pensamientos que asaltan al conquistador caido; figúrasele ver al águila registrando desde su alto nido los huesos de las víctimas amontonadas en la llanura; Carpio usa la más clásica de las formas poéticas, el soneto; la ménos propia para el análisis, la mejor para la síntesis; y si al preparar la composicion de Baltasar tenía indisputables ventajas sobre Byron, aquí las tiene indisputables Manzoni sobre el poeta mexicano. Sin embargo, desprendámonos de la preocupacion con que todos leemos el *Cinco de Mayo*, que empezamos á saborear desde la infancia, y dígase si en unas cuantas pince-

ladas no logró encerrar todas las bellezas del poeta ilaliano. Bástanle á Carpio dos versos para pintar la grandeza, y si dedica más á la ruina del conquistador, es porque las letras, en quien merece manejarlas, en poder del génio, son siempre cortesanas de la desgracia. Razon tenía el crítico citado por Arroniz al decir que los sonetos de Carpio forman una galería de inestimables cuadros históricos. Y en verdad que mejor destino, iniciado por nuestros poetas castellanos, no podia desear el soneto, harto ya de cantar amores y hastiado de ternezas con Petrarca y hasta con Herrera, que tanto puede un génio como el primero, formando escuela, más por imitacion que por convencimiento en sus imitadores.

Despidámonos de los cantores históricos. La poesía histórica por excelencia es la épica, y el mejor sitio donde puede reposar es bajo la almohada de Alejandro el de Macedonia. Si acaso los poetas americanos quieren cultivarla, tomen, como el neo-granadino Arboleya en los tiempos de la reconquista, asuntos parecidos á las luchas de los Titanes; España no ha emprendido ese trabajo; obra suya fué; pero aún espera que peninsulares ó americanos la presenten con toda su grandeza, obra de Homero que ántes hasta siete pátrias se disputaban y hoy no puede reivindicar ninguna.

Pasemos á la escuela veneciana del arte poética,

pues tal nombre merece la de los Flores, Cuencas y Altamiranos. *Ut pictura poesis*, parece que hay cuadros que cantan, y la verdad es que hay poesías que pintan. Privilegio fué de la ciudad de las lagunas de oscuro aspecto y de más tenebrosa historia, esa mágia del color que sus obras pictóricas presentan, y de nuestra raza emplear esos mismos tintes expresando los más delicados matices del sentimiento. Cuenta el buen Nierembeg que, pensando un asceta en las delicias de la eterna vida, creyó, como algunos modernos racionalistas—que por algo los artistas de la Edad Media esculpian algun diablo en las sillerías de los coros—que una existencia de perpétua felicidad y que mirase sólo á un bien, debiera ser algun tanto monótona, y que Dios, para desengañarle, llevó al monje á la huerta, donde estuvo larguísimo tiempo arrobado con el trinar de un pajarillo, que sobre frondosa copa de árbol anidaba, y que, vuelto del éxtasis, halló destruido el monasterio, á cuyos nuevos y desconocidos habitadores hubo de referir cómo un bien y el deleite del bien, áun no cambiando, llenan de perdurable contento las almas. Espíritus sencillos, almas ingénuas, ojos que no ven luz sin vivísimos colores, orífices y joyeros de la palabra Altamirano, Flores y Cuenca, parece que tuvieron delante de sí para ofrecer á la poesía como á gentil Margarita el estuche de alhajas que se ofreció á su

amante por el doctor Fausto. Ante la feliz naturaleza de América pudieron cultivar ese género descriptivo que ha inmortalizado á Delille y á Thompson y que cautiva nuestra admiracion para el cantor de las Geórgicas. La mañana no luce más sobre la mal despierta tierra que como le pareció á Cuenca, pintando y no cantando. Es imposible reunir más imágenes en ménos líneas, ni pasar del lánguido amanecer al dia que llama al trabajo con más tiernos sentimientos que los del poeta, cuando tambien la vida y el calor y el peso del dia quieren que ejercite sus fuerzas. Si entramos en un bosque con Altamirano, ¡qué deliciosa es allí la permanencia y qué triste la salida! Hablar de amor como Altamirano y Flores, reservado está sin duda á los que, dejando los trillados caminos de la imitacion, que á pocos pasos ya no presentan flores sobre los tallos, sacan de lo íntimo del corazon las notas que parecen salir del arpa. Ah ¡que no se puede amar así, donde la naturaleza se halla tan desfigurada, y si así podemos decirlo, tan pervertida como en Europa! No así amaban Propercio ni Ovidio, cuyos acordes en el festin de Baltasar quizá no hubieran desentonado; ni así amaba Petrarca, ni los conceptistas italianos, ni todos los que tal desgracia sientan donde la civilizacion haya tocado en los últimos límites del refinamiento y de lo que mal se llama cultura. Amar y

expresar el amor como lo permite aquel perdido estado social, é interesar al mismo tiempo el corazon más gastado, propio es de grandes maestros, á quienes preciso es perdonar por lo que vale el color alguna ligera incorreccion en lo que se refiere al dibujo. Demos tambien al sentimiento cristiano una parte, y no se lo lleve todo la naciente civilizacion, y digamos á los que amaron como Marina, la compañera de Cortés, que reconozcan algun elemento de la antigua cultura, siquiera en el sentimiento religioso que debieron, como su gallarda compatriota, á la influencia de los descubridores.

Pero aún debe aparecer en escena la poesía filosófica: despues de los campos de batalla y de los festines, despues del bosque sombrío y de la extensísima llanura, bueno es que aparezca el anatómico anfiteatro. (1) Venga un poeta naturalista y realista, manejando á la par la lira y el escalpelo, y dándonos con ellos á conocer lo que vale tanto como Ercilla, cuando dejaba la espada por la pluma. La poesía cantó siempre la vida y tambien canta la inmortalidad; pero ante la muerte casi siempre enmudece. No así el bardo mexicano, en quien algo pitagórico y algo espiritista se descubre. ¿Se extasía ante la materia ó ante el espíritu, parécenle una misma cosa?

(1) Nos referimos á la preciosa composicion de Acuña.= *Ante un cadáver.*

Si canta la materia, ¿no parece que han tocado sus lábios el áscua que abrasó los de Isaías, para demostrarnos, contra lo mismo que se proponía, que si la materia no se destruye, que si pasa como el Dante de círculo en círculo, jamás se hace espíritu, jamás infinita, nunca poesía, nunca inteligencia, virtud, grandeza semi-divina, poco menor, como dice el Rey Profeta, que la misma naturaleza de los ángeles? Enhorabuena que lo primero suceda, demuéstralo la ciencia; pero el mismo génio del poeta nos prueba que la materia por nada deja de serlo, y que jamás puede producir tan grandes creaciones. Materialista es quien piensa que la materia no perece, y materialista en muchas vidas quien lo es como el poeta citado, á diferencia de otros que sólo son materialistas en una. Pero espiritualista es á pesar suyo el que presta al último átomo desprendido de la materia, á ese rezagado hijo de la podredumbre del sepulcro, esas alas de insecto con que susurra al oido del objeto de su amor, esas palabras de otro mundo y esos largos y tristes ósculos con que viene á favorecerle durante el sueño. ¿Quién hace á esa materia serlo y no serlo, y quién dió al poeta ideas tan sublimes, palabras tan bellas en medio de la hediondez del anfiteatro? Confiéselo ó no, debe aquellas y estas el materialista cantor á la influencia de aquella religion que repite las palabras de Job y las hace suyas: *Putredini dixi:*

mater mea es, et frater et soror mea vermibus. La belleza que es de Dios, es por donacion suya del espíritu donde quiera que la veamos; la verdad es de Dios y no de la ciencia, (1) y espiritualista es el pensamiento del doctor mexicano, como lo es la idea del alma, que en su primitivo orígen quiere decir mariposa de brillantes colores, céfiro de suave aliento, y es porque nuestras lenguas humanas, formadas como nosotros mismos de barro, manifiestan lo que son en su letra y lo que quieren y deben ser solo en el momento que esta letra siente sobre sí el ósculo amoroso del espíritu (2). El poeta mexicano no quiso ver la misteriosa Psiche que le requebraba, no la vió y apartó de los ojos la luz conque se le aparecia, ¿y quién sabe si perdió su amor, como la heroina de la fábula lo perdió por lo contrario, esto es, por querer ver á su galan, el fabuloso Cupido?

Nos falta espacio, y de seguro no contamos con fuerzas para juzgar las restantes joyas literarias engarzadas en su coleccion por nuestro cariñoso amigo el Sr. Peza (3), honrámonos y mucho con dejar estampado en este libro nuestro humilde nombre; americanos como somos de ascendencia y de corazon, y

(1) Veritas autem ubicumque est Domini hostri est. (S. Agustin. De doct. Christ. II, 14.)
(2) «NATO A FORMAR L'ANGÉLICA FARFALLA» — DANTE.
(3) Aprovechamos esta ocasion para ofrecer á la prensa mexicana, á *La Nacion*, de Buenos-Aires, y á nuestro amigo el Dr. Lopez de Morelle, el testimiento de gratitud que debemos á su honroso recuerdo de nuestras obras.

amantes de aquella tierra tanto como de la nuestra, damos un parabien á la de Moctezuma y Nezahualcoyotl por contar entre sus hijos á los poetas con esta publicacion laureados y al que tan dignamente los introduce como el Sr. Peza en esta reunion de familia que forman los escritores españoles, en América ó en la Península nacidos; y por si no logramos visitar alguna vez ese nuevo continente, que es el Canaan de nuestros deseos, contentámonos al ménos con haberlos expresado dos veces, y ámbas refiriéndonos á cosas mexicanas, dando á conocer á los españoles joyas de aquella tierra del oro y de la plata que todavía se presenta con el rubor de la vírgen ante las aras de esta anciana y desgraciada madre España, ofreciéndole las primicias de su literatura, con blanco velo de hermosa desposada, y más hermosa con las nativas galas de su país que las naciones europeas que arrastran oro y seda y cuentan larga genealogía de antecesores y que no van como la Eva de Milton y de Flores á cantar los primeros amores y las cuitas de su feliz juventud, sino como la Reina de Sabá, á proponer enigmas á Salomon, lleno de ciencia y de corrupcion, en áureo trono que sus predecesores ocuparon durante larga série de siglos.

Dr. Antonio Balbin de Unquera.

Madrid. 6 de Marzo de 1879.

Altamirano (Ignacio Manuel)

FLOR DEL ALBA

Las montañas del Oriente
La luna traspuso ya,
El gran lucero del alba
Mírase apenas brillar
Al traves de los nacientes
Rayos de luz matinal;
Bajo su manto de niebla
Gime soñoliento el mar,
Y el céfiro en las praderas
Tibio despertando va.
De la sonrosada aurora
Con la dulce claridad,
Todo se anima y se mueve,
Todo se siente agitar:
El águila allá en las rocas
Con fiereza y majestad
Erguida ve el horizonte
Por donde el sol nacerá;
Mientras que el tigre gallardo
Y el receloso jaguar

Se alejan buscando asilo
Del bosque en la oscuridad.
Los alciones en bandadas
Rasgando los aires van,
Y el *madrugador* comienza
Las aves á despertar:
Aquí salta en las caobas
El pomposo *cardenal*,
Y alegres los guacamayos
Aparecen más allá.
El *aní* canta en los mangles,
En el ébano el *turpial*,
El *centzontli* entre las ceibas,
La alondra en el arrayan,
En los maizales el tordo
Y el mirlo en el arrozal.
Desde su trono la orquídea
Vierte de aroma un raudal,
Con su guirnalda de nieve
Se corona el guayacan,
Abre el algodon sus rosas,
El ilamo su azahar,
Mientras que lluvia de aljófar
Se ostenta en el cafetal,
Y el nelumbio en los remansos
Se inclina el agua á besar.
Allá en la cabaña humilde
Turban del sueño la paz
En que el labriego reposa,
Los gallos con su cantar;
El anciano á la familia
Despierta con tierno afan,

Y la campana del *Barrio*
Invita al cristiano á orar.
Entónces, niña hechicera,
De la choza en el umbral
Asoma, que *Flor del alba*
La gente ha dado en llamar.
El candor del cielo tiñe
Su semblante virginal,
Y la luz de la modestia
Resplandece en su mirar.
Alta, gallarda y apenas
Quince abriles contará,
De azabache es su cabello,
Sus labios bermejos, más
Que las flores del granado
La púrpura y el coral;
Si sonrien, blancas perlas
Menudas hacen brillar.
Ya sale airosa, llevando
El cántaro en el *yagual*,
Sobre la erguida cabeza
Que apenas mueve al andar;
Cruza el sendero de mirtos
Y cabe un cañaveral,
Donde hay una cruz antigua,
Bajo el techo de un palmar,
Plantada sobre las peñas
Musgosas de un manantial,
Arrodillada la niña
Humilde se pone á orar,
Al arroyuelo mezclando
Sus lágrimas de piedad.

Luego sube á la colina
Desde donde se vé el mar,
Y allí con mirada inquieta,
Buscando afanosa está
Una barca entre las brumas
Que ahuyenta ledo el terral;
Los campesinos alegres
Que á los maizales se van,
Al verla así, la bendicen,
Y la arrojan al pasar
Maravillas olorosas
De las cercas del *bajial*,
Que es la bella *Flor del alba*,
La dulce y buena deidad
Que adoran los corazones
De aquel humilde lugar.

1864.

LA SALIDA DEL SOL

Ya brotan del sol naciente
Los primeros resplandores,
Dorando las altas cimas
De los encumbrados montes.
Las neblinas de los valles
Hácia las alturas corren,
Y de las rocas se cuelgan
Ó en las cañadas se esconden.
En áscuas de oro convierten
Del astro-rey los fulgores,
Del mar que duerme tranquilo
Las mansas ondas salobres.
Sus hilos tiende el rocío
De diamantes tembladores,
En la alfombra de los prados
Y en el manto de los bosques.
Sobre la verde ladera
Que esmaltan gallardas flores,
Elevan su frente altiva
Los enhiestos girasoles,

Y las caléndulas rojas
Vierten al pié sus olores.
Las amarillas retamas
Visten las colinas, donde
Se ocultan pardas y alegres
Las chozas de los pastores.
Purpúrea el agua del rio
Lame de esmeralda el borde,
Que con sus hojas encubren
Los plátanos cimbradores;
Mientras que allá en la montaña,
Flotando en la peña enorme,
La cascada se reviste
Del íris con los colores.
El ganado en las llanuras
Trisca alegre, salta y corre;
Cantan las aves, y zumban
Mil insectos bullidores
Que el rayo del sol anima,
Que pronto mata la noche.
En tanto el sol se levanta
Sobre el lejano horizonte,
Bajo la bóveda limpia
De un cielo sereno... Entonces
Sus fatigosas tareas
Suspenden los labradores,
Y un santo respeto embarga
Sus sencillos corazones.
En el valle, en la floresta,
En el mar, en todo el orbe
Se escuchan himnos sagrados,
Misteriosas oraciones;

Porque el mundo en esta hora
Es altar inmenso, en donde
La gratitud de los séres
Su tierno holocausto pone;
Y Dios, que todos los dias
Ofrenda tan santa acoge,
La enciende del Sol que nace
Con los puros resplandores.

1863.

LOS NARANJOS

Perdiéronse las neblinas
En los picos de la sierra,
Y el sol derrama en la tierra
Su torrente abrasador.
Y se derriten las perlas
Del argentado rocío,
En las adelfas del rio
Y en los naranjos en flor.

Del *mamey* el duro tronco
Picotea el *carpintero*,
Y en el frondoso *manguero*
Canta su amor èl *turpial;*
Y buscan miel las abejas
En las piñas olorosas,
Y pueblan las mariposas
El florido cafetal.

Deja el baño, amada mia,
Sal de la onda bullidora;
Desde que alumbró la aurora
Jugueteas loca allí.
¿Acaso el genio que habita
De ese rio en los cristales,
Te brinda delicias tales
Que lo prefieres á mí?

¡Ingrata! ¿por qué riendo
Te apartas de la ribera?
Ven pronto, que ya te espera
Palpitando el corazon.
¿No ves que todo se agita,
Todo despierta y floréce?
¿No ves que todo enardece
Mi deseo y mi pasion?

En los verdes tamarindos
Se requiebran las palomas,
Y en el nardo los aromas
A beber las brisas van.
¿Tu corazon, por ventura,
Esa sed de amor no siente,
Que así se muestra inclemente
A mi dulce y tierno afan?

¡Ah no! perdona, bien mio;
Cedes al fin á mi ruego,
Y de la pasion el fuego
Miro en tus ojos lucir.
Ven, que tu amor, vírgen bella,

Néctar es para mi alma;
Sin él, que mi pena calma
¿Cómo pudiera vivir?

Ven y estréchame, no apartes
Ya tus brazos de mi cuello,
No ocultes el rostro bello,
Tímida huyendo de mí.
Oprímanse nuestros labios
En un beso eterno, ardiente,
Y trascurran dulcemente
Lentas las horas así.

.....

En los verdes tamarindos
Enmudecen las palomas;
En los nardos no hay aromas
Para los ambientes ya.
Tú languideces; tus ojos
Ha cerrado la fatiga,
Y tu seno, dulce amiga,
Extremeciéndose está.

En la ribera del rio
Todo se agosta y desmaya;
Las adelfas de la playa
Se adormecen de calor.
Voy el reposo á brindarte
De trébol en esta alfombra,
A la perfumada sombra
De los naranjos en flor.

1854.

LAS ABEJAS

Ya que del cármen en la sombra amiga
Fuego vertiendo el caluroso estío,
A buscar un refugio nos obliga
Cabe el remanso del sereno rio;
Ven, pobre amigo, ven, y descansando
De la ribera sobre el musgo blando,
Oirás del labio mio
Palabras de amistad, consoladoras,
Que calmarán la bárbara tristeza
Con que insensato en tu despecho lloras.

¡Lamentas de los duelos la crudeza,
Tú, cuyos quietos y dorados dias
Aún alumbra risueña la esperanza;
Tú, cuya confianza,
Inocentes placeres y alegrías,
Jamás han enturbiado
Las desgracias impías
Con su terrible aliento emponzoñado!

Tú joven, tú feliz, tú á quien halaga
Con sus preciosos dones la fortuna,
Tú á quien el mundo seductor embriaga
Sus flores ofreciendo una por una;
Tú á quien la juventud, hermosa maga,
Dulcemente convida
A disfrutar la dicha tentadora
Que en sus ardientes frutos atesora
El árbol misterioso de la vida!

Tú no debes llorar; deja que el llanto
Del débil viejo la mejilla abrase
Y que la espina del tenaz quebranto
Su congojado corazon traspase.

Tú, jóven, ¡á gozar! la sangre hirviente
Sientes bullir aún; la vida es bella,
Y en sus campos el sol resplandeciente
A tus ojos destella.

¿Por qué te afliges? dí, ¿por qué inclinabas
Callando tristemente,
La dolorida frente?
¿A la pérfida acaso recordabas?
Inexperto doncel, ¿de qué te quejas?
¿Porqué llorando de la vil te alejas?
¿Qué ventura has perdido?
¿Qué tesoro escondido
En ese corazon perjuro dejas?
¿Por qué cuando en un dia,
Primera vez miraste
De esa traidora la belleza impía,

El terrible fulgor no vislumbraste
De la maldad que en su mirada ardía?

Ni amor, ni virtud santa
Abriga esa mujer; vicio temprano,
Como á las gentes que en la corte habitan,
Ya corrompió su corazon liviano;
Si amor á buscar fuiste
Entre el pérfido mundo cortesano,
Por eso ahora ¡ay triste!
Lloras el tiempo que perdiste en vano.
¡Amor allí no existe!
Allí cual frescas, perfumadas rosas,
Al corazon se ofrecen las hermosas.
¡Ay de quien su perfume
Aspira incauto, y de confianza lleno
Pronto en la duda y tedio se consume
Al negro influjo del mortal veneno.

¡Amor no existe allí!..... La dulce niña
Cuando asoma el pudor por vez primera
En su frente de ángel, y su pecho
Sincero amando, palpitar debiera,
De infame corrupcion con el ejemplo
No al sentimiento puro le consagra,
Porque del oro le convierte en templo.
¿Qué dicha, qué placeres
Esperas tú encontrar de esas mujeres
En el vendido seno
A los ardores del cariño ajeno,
Cuando su impura llama,
Si nace, solamente

Al soplo vil del interés se inflama?
Huye la corte, amigo, y la ventura
Ven á buscar aquí, do la inocencia
Te ofrecerá en la flor de la hermosura
Un tierno cáliz de sabrosa esencia.
Libando su dulzura
Cambiará tu existencia;
Del tédio sanarás que te aniquila,
Y la virtud amando, suavemente
Tu vida pasará cual la corriente
De ese arroyo tranquila.

¿Ves discurrir zumbando entre las flores
De este cármen umbroso y escondido,
Afanosas buscando las abejas
El néctar delicioso, apetecido?
Mira cuál van dejando desdeñosas
De su brillo á pesar y su hermosura
Las flores venenosas.
Ellas buscan quizá las más humildes,
Las que ocultas tal vez en la espesura
De las agrestes breñas
Apenas se distinguen, ó en la oscura
Grieta se esconden de las rudas peñas;
Ellas no creen que al ostentarse ufanas
Aquellas que parecen
Con mayor altivez y más colores,
Sean tambien las que ofrecen
Los nectarios mejores.

Tú imita ese modelo,
Pobre insecto, es verdad, pero dotado

Por el próvido cielo
De un instinto sagaz y delicado;
Y en el jardin del mundo,
Si el néctar de la dicha libar quieres
Para endulzar las penas de la vida,
Deja la flor pomposa, envanecida
Que á la virtud en su soberbia insulta;
Busca á la que se oculta
Viviendo entre las sombras recogida.

Una infame y perjura cortesana
Tu corazon sedujo; tú la amaste,
Y alimentando tu pasion insana
Tu puro corazon envenenaste.
Olvídala, y que presto,
Ya despertando de tu error funesto,
Puedas hallar la miel de los amores
De esta montaña en las sencillas flores.

Mirta, la dulce Mirta, la que alegra
Nuestras montañas y risueños prados,
La que garbosa con diadema negra
De cabellos rizados
Su tersa frente candorosa ciñe,
Que el alba pura con sus lampos tiñe.
La de los grandes y rasgados ojos,
La de los frescos labios purpurinos
Que rien, mostrando deslumbrantes perlas,
La de turgentes hombros y divinos
Que la Vénus de Gnido envidiaria,
Mírala, ¿no enloquece tu alma, jóven,
Como hace tiempo enloqueció la mia?

¿La faz de tu perjura es comparable,
Y su pálida tez marchita y fria
Do la salud y la color simula
Comprado afeite, con la faz rosada
De esta vírgen del bosque,
Do la sangre purísima circula
Con el calor y el aire de los campos,
Y con la gran esencia
Que en su redor esparce la inocencia?
Dime, ¿á apagar su fuego esa mirada
Con el ansioso labio no provoca?
¿Quién al verla sonriendo no querría
Libar la miel de su encendida boca?
¿Quién no deseara con delirio ciego
Estrecharla en sus brazos un instante?
¿Dónde buscar de amor el sacro fuego
Sino en su seno blanco y palpitante?
¿Y dónde hallar la dicha que asegura
Su fé constante y pura?

Estas flores, amigo, ansioso busca,
Abeja del amor, y no te cuida
De los torpes placeres
Que te ofrece la córte corrompida,
Si el néctar de la dicha libar quieres
Para endulzar las penas de la vida.

1854.

LAS AMAPOLAS

Uror. — TÍBULO.

El sol en medio del cielo
Derramando fuego está;
Las praderas de la costa
Se comienzan á abrasar,
Y se respira en las ramblas
El aliento de un volcán.

Los arrayanes se inclinan,
Y en el sombrío manglar
Las tórtolas fatigadas
Han enmudecido ya;
Ni la más ligera brisa
Viene en el bosque á jugar.

Todo reposa en la tierra,
Todo callándose va,
Y solo de cuando en cuando
Ronco, imponente y fugaz,
Se oye el lejano bramido
De los tumbos de la mar.

A las orillas del rio,
Entre el verde carrizal,
Asoma una bella jóven
De linda y morena faz;
Siguiéndola va un mancebo
Que con delirante afan
Ciñe su ligero talle,
Y así le comienza á hablar:

—«Ten piedad, hermosa mia,
Del ardor que me devora,
Y que está avivando impía
Con su llama abrasadora
Esta luz de Mediodía.

Todo suspira sediento,
Todo lánguido desmaya,
Todo gime soñoliento:
El rio, el ave y el viento
Sobre la desierta playa.

Duermen las tiernas mimosas
En los bordes del torrente;
Mústias se tuercen las rosas,
Inclinando perezosas
Su rojo cáliz turgente.

Piden sombra á los mangueros
Los floripondios tostados;
Tibios están los senderos
En los bosques perfumados
De mirtos y limoneros.

Y las blancas amapolas
De calor desvanecidas,
Humedecen sus corolas
En las cristalinas olas
De las aguas adormidas.

Todo invitarnos parece,
Yo me abraso de deseos;
Mi corazon se extremece,
Y ese sol de Junio acrece
Mis febriles devaneos.

Arde la tierra, bien mio;
En busca de sombra vamos
Al fondo del bosque umbrío,
Y un paraíso finjamos
En los bordes de ese rio.

Aquí en retiro encantado,
Al pié de los platanares
Por el remanso bañado,
Un lecho te he preparado
De eneldos y de azahares.

Suelta ya la trenza oscura
Sobre la espalda morena;
Muestra la esbelta cintura,
Y que forme la onda pura
Nuestra amorosa cadena.

Late el corazon sediento;
Confundamos nuestras almas

En un beso, en un aliento...
Mientras se juntan las palmas
A las caricias del viento.

Mientras que las amapolas,
De calor desvanecidas,
Humedecen sus corolas
En las cristalinas olas
De las aguas adormidas.» —

Así dice amante el jóven,
Y con lánguido mirar
Responde la bella niña
Sonriendo.... y nada mas.

Entre las palmas se pierden;
Y del dia al declinar,
Salen del espeso bosque,
A tiempo que empiezan ya
Las aves á despertarse
Y en los mangles á cantar.

Todo en la tranquila tarde
Tornando á la vida va;
Y entre los alegres ruidos,
Del Sud al soplo fugaz,
Se oye la voz armoniosa
De los tumbos de la mar.

Junio 1858.

Acuña (Manuel)

NOCTURNO[1]

Á ROSARIO

I

Pues bien, yo necesito
Decirte que te adoro,
Decirte que te quiero
Con todo el corazon,
Que es mucho lo que sufro
Y mucho lo que lloro,
Que ya no puedo tanto,
Y al grito en que te imploro,
Te imploro y te hablo en nombre
De mi última ilusion.

(1) Esta composicion, hermosísima aunque incorrecta, fué, sino la última, una de las últimas que escribió este poeta ántes de su desgraciada muerte, acaecida á los veintisiete años de su edad y cuando las más lisonjeras esperanzas le reservaban un porvenir de gloria.

II

Yo quiero que tu sepas
Que ya hace muchos dias
Estoy enfermo y pálido,
De tanto no dormir;
Que ya se han muerto todas
Las esperanzas mias;
Que están mis noches negras,
Tan negras y sombrías,
Que ya no sé ni en dónde
Se alzaba el porvenir.

III

De noche, cuando pongo
Mis sienes en la almohada
Y hácia otros mundos quiero
Mi espíritu volver,
Camino mucho, mucho,
Y al fin de la jornada,
Las formas de mi madre
Se pierden en la nada,
Y tú de nuevo vuelves
En mi alma á aparecer.

IV

Comprendo que tus besos
Jamás han de ser mios,
Comprendo que en tus ojos

No me he de ver jamás,
Y te amo y en mis locos
Y ardientes desvarios,
Bendigo tus desdenes,
Adoro tus desvios
Y en vez de amarte ménos
Te quiero mucho más.

V

A veces pienso en darte
Mi eterna despedida,
Borrarte en mis recuerdos
Y hundirte en mi pasion;
Mas si es en vano todo
Y el alma no te olvida,
¿Qué quieres tú que yo haga
pedazo de mi vida?
¿Qué quieres tú que yo haga
con este corazon?

VI

Y luégo que ya estaba
Concluido tu santuario,
Tu lámpara encendida,
Tu velo en el altar,
Chispeando las antorchas,
Humeando el incensario,
El sol de la mañana

Detrás del campanario,
Y abierta allá á lo léjos
La puerta del hogar.

VII

¡Qué hermoso hubiera sido
Vivir bajo aquel techo,
Los dos unidos siempre
Y amándonos los dos;
Tú siempre enamorada,
Yo siempre satisfecho;
Los dos una sola alma,
Los dos un solo pecho,
Y en medio de nosotros
Mi madre como un dios.

VIII

¡Figúrate qué hermosas,
Las horas de esa vida!
¡Qué dulce y bello el viaje
Por una tierra así!
Y yo soñaba en eso,
Mi santa prometida,
Y al delirar en eso
Con la alma extremecida,
Pensaba yo en ser bueno
Por tí, no más por tí.

IX

¡Bien sabe Dios que ese era
Mi más hermoso sueño,
Mi afan y mi esperanza,
Mi dicha y mi placer;
Bien sabe Dios que en nada
Cifraba yo mi empeño,
Sino en amarte mucho
Bajo el hogar risueño
Que me envolvió en sus besos
Cuando me vió nacer.

X

Esa era mi esperanza.....
Mas ya que á sus fulgores
Se opone el hondo abismo
Que existe entre los dos,
¡Adios, por la vez última,
Amor de mis amores,
La luz de mis tinieblas,
La esencia de mis flores,
Mi lira de poeta,
Mi juventud, adios!

1873.

ANTE UN CADÁVER

¡Y bien! Aquí estás ya... sobre la plancha
Donde el gran horizonte de la ciencia
La extension de sus límites ensancha.
Aquí donde la rígida experiencia
Viene á dictar las leyes superiores
Á que está sometida la existencia.
Aquí donde derrama sus fulgores
Ese astro á cuya luz desaparece
La distincion de esclavos y señores.
Aquí donde la fábula enmudece
Y la voz de los hechos se levanta
Y la supersticion se desvanece.
Aquí donde la ciencia se adelanta
Á leer la solucion de ese problema
Que sólo al enunciarle nos espanta.
Ella que tiene la razon por lema
Y que en tus lábios escuchar ansía
La augusta voz de la verdad suprema.
Aquí estás ya... tras de la lucha impía
En que romper al cabo conseguiste
La cárcel que al dolor te retenía.

La luz de tus pupilas ya no existe;
Tu máquina vital descansa inerte
Y á cumplir con su objeto se resiste.
¡Miseria y nada más! dirán al verte
Los que creen que el imperio de la vida
Acaba en donde empieza el de la muerte.
Y suponiendo tu mision cumplida
Se acercarán á tí, y en su mirada
Te mandarán la eterna despedida.
Pero no!... tu mision no está acabada,
Que ni es la nada el punto en que nacemos
Ni el punto en que morimos es la nada.
Círculo es la existencia, y mal hacemos
Cuando al querer medirla le asignamos
La cuna y el sepulcro por extremos.
La madre es sólo el molde en que tomamos
Nuestra forma, la forma pasajera
Con que la ingrata vida atravesamos.
Pero ni es esa forma la primera
Que nuestro sér reviste, ni tampoco
Será su última forma cuando muera.
Tú, sin aliento ya, dentro de poco
Volverás á la tierra y á su seno
Que es de la vida universal el foco.
Y allí, á la vida, en apariencia, ajeno,
El poder de la lluvia y del verano
Fecundará de gérmenes tu cieno.
Y al ascender de la raiz al grano,
Irás del vegetal á ser testigo
En el laboratorio soberano;
Tal vez para volver cambiado en trigo
Al triste hogar, donde la triste esposa,

Sin encontrar un pan, sueña contigo.
En tanto que las grietas de tu fosa
Verán alzarse de su fondo abierto
La larva convertida en mariposa,
Que en los ensayos de su vuelo incierto,
Irá al lecho infeliz de tus amores
Á llevarle tus ósculos de muerto.
Y en medio de esos cambios interiores,
Tu cráneo, lleno de una nueva vida,
En vez de pensamientos dará flores.
En cuyo cáliz brillará escondida
La lágrima, tal vez, con que tu amada
Acompañó el adios de tu partida.
La tumba es el final de la jornada,
Porque en la tumba es donde queda muerta
La llama en nuestro espíritu encerrada.
Pero en esa mansion á cuya puerta
Se extingue nuestro aliento, hay otro aliento
Que de nuevo á la vida nos despierta.
Allí acaban la fuerza y el talento,
Allí acaban los goces y los males,
Y allí acaban la fe y el sentimiento.
Allí acaban los lazos terrenales,
Y mezclados el sabio y el idiota,
Se hunden en la region de los iguales.
Pero allí donde el ánimo se agota
Y perece la máquina, allí mismo
El sér que muere es otro sér que brota.
El poderoso y fecundante abismo
Del antiguo organismo se apodera,
Y forma y hace de él otro organismo.
Le abandona á la historia justiciera

Un nombre, sin cuidarse, indiferente,
De que ese nombre se eternice ó muera.
Él recoge la masa únicamente,
Y cambiando las formas y el objeto,
Se encarga de que viva eternamente.
La tumba sólo guarda un esqueleto,
Mas la vida en su bóveda mortuoria
Prosigue alimentándose en secreto.
Que al fin de esta existencia transitoria
Á la que tanto nuestro afan se adhiere,
La materia, inmortal como la gloria,
Cambia de formas, pero nunca muere.

1872.

ENTÓNCES Y HOY

Este era el cuadro que al romper la noche
Sus velos de crespon,
Alumbró atravesando las ventanas
La tíbia luz del sol:
Un techo que acababa de entreabrirse
Para que entrara Dios;
Una lámpara pálida y humeante
Brillando en un rincon;
Y entre las almas de los dos esposos,
Como un lazo de amor,
Una cuna de mimbres con un niño
Recien nacido..... *yo!*
Posadas sobre la áspera cornisa,
Todas de dos en dos,
Las golondrinas junto al pardo nido
Lanzaban su cancion,
En tanto que á la puerta de sus jaulas
Temblando de dolor,

Mezclaban la torcaza y los *sinsontes*
Sus trinos y su voz.
La madreselva alzando entre las rejas
Su tallo trepador,
Enlazaba sus ramas y sus hojas
En grata confusion,
Formando un cortinaje en el que habia
Por cada hoja una flor,
En cada flor una gotita de agua
Y en cada gota un sol,
Reflejo del dulcísimo de entónces
Y del doliente de hoy!
Mi madre la que vive todavía
Puesto que vivo yo,
Me arrullaba en sus brazos suspirando
De dicha y de emocion;
Miéntras mi padre en el sencillo exceso
De su infinito amor,
Me daba las caricias que más tarde
La ausencia me robó
Y que á la tumba en donde duerme ahora
A pagarle aun no voy!..
Forma querida del amante ensueño
Que embriagaba á los dos,
Yo era en aquel hogar y en aquel dia
De encanto y bendicion,
Para mi cuna blanca, un inocente;
Para el mundo, un dolor,
Y para aquellos corazones buenos
Un tercer corazon!..
De aquellas horas bendecidas, hace
Veintitres años hoy...

Y de aquella mañana á esta mañana,
De aquel sol á este sol,
Mi hogar se ha retirado de mis ojos,
Se ha hundido mi ilusion ,
Y la que tiene al cielo entre sus brazos,
La madre de mi amor,
Ni viene á despertarme en las mañanas
Ni está donde yo estoy!
Y en vano trato de que mi arpa rota
Module una cancion,
Y en vano de que el llanto y sus sollozos
Dejen de ahogar mi voz...
Que solo y frente á todos los recuerdos
De aquel tiempo que huyó,
Mi alma es como un santuario en cuyas ruinas
Sin lámpara y sin dios,
Evoco á la esperanza, y la esperanza
Penetra en su interior
Como en el fondo de un sepulcro antiguo
Las miradas del sol...

Bajo el cielo que extiende la existencia,
De la cuna al panteon,
En cada corazon palpita un mundo,
Y en cada amor un sol...
Bajo el cielo nublado de mi vida
Donde esta luz murió,
¿Qué hará este mundo de los sueños mios?
¿Qué hará mi corazon?

1869.

Altaro (Anselmo)

FRAGMENTOS

Eres como hermosura,
La brillantez del oro más pulido;
Y como forma, la mujer más pura
Que el cincel del artista haya esculpido

Te miran y te quieren
Porque es tu altiva majestad, señora,
La esclavitud que en el amor prefieren
Los que miran tu faz deslumbradora.

Han de ofrecerte altares
É incienso te darán puestos de hinojos,
Te ofrecerán cruzar los anchos mares
Y mostrar otro mundo ante tus ojos.

Te darán oro y perlas
Y un cielo azul que tu camino alfombre,
Infinito de amor para tenerlas,
Y un corazon que sin cesar te nombre.

Te amarán tal vez mucho!....
Pero sumisos á tu ley de amores,
Como obedezco yo cuando te escucho
Y como yo te quiero en tus dolores.....

Ninguno ha de quererte
Con un culto que en mi alma es duradero,
Como te miro yo ¿quién podrá verte?
¿Quién sabrá amarte como yo te quiero?

***

Tus lágrimas ardientes resbalaban
Por tu semblante pálido y sombrío,
Y al llegar á tus lábios vacilaban
Como en la abierta flor tiembla el rocío.

¡Llorabas, como llora en la amargura
Aquel que pierde su tranquila calma:
Como aquel que en la noche más oscura
Ve entre las sombras reflejarse el alma!...

Llorabas como el triste caminante
En un desierto lóbrego y eterno,
Con el llanto de una alma delirante
Que en vez de un cielo se encontró un infierno!

Como tú llora el infeliz, me dije;
Y así tambien los párias en la vida,
Los que oyen una voz que les exige
Marchar por una senda oscurecida.

Quise pensar, y el pensamiento frio
Llegó hasta tu alma y contempló un desierto...
Surcábalo tu llanto como un rio,
Bogando en él tu corazon ya muerto.

Como la adelfa roja siempre es triste,
Y es amarga la esencia de su broche,
Así en el fondo de tu vida existe
La soledad envuelta con la noche!.....

De allí han nacido del amor las flores,
Y de aquel manantial de amargo llanto,
Brotaron á la luz dulces amores,
Latió tu pecho al escuchar mi canto.

El beso fué la union de nuestras almas,
Y en el desierto inmenso en que nos vimos,
Son nuestras esperanzas como palmas
Á cuya sombra con amor vivimos.

Argandar (Alejandro)

MELANCOLÍA

No corren ya las aguas cristalinas
En donde estuvo mi florida estancia;
Tampoco brotan del jazmin las flores
Porque el invierno marchitó la planta.

Ni el rojo lirio ni la flor rastrera,
Ornan el prado ni la negra tapia:
Y ya no salta el cabritillo alegre,
Cual otro tiempo con afan saltaba.

Todo está triste, solitario, umbrío,
Ni el ruiseñor ni la paloma cantan;
De aquella parra tan frondosa, un dia,
Los troncos secos en la hoguera se hallan.

¿Recuerdas tú la pobrecilla choza?
¡Palacio régio cuando en ella estabas!
Aquélla choza convirtióse en ruinas
Y anida el cuervo entre sus grietas pardas.

¿Por qué no vienes á alegrar el huerto,
Y á darle flor á la marchita rama?
Ven, vida mia; que si tú no vienes,
Como la choza quedará mi alma.

Contempla el cielo ceniciento y triste
Donde la noche tenderá su cauda;
Poco ántes tuvo un astro refulgente
Que el orbe entero con su luz llenaba.

Así llenabas con tu amor mi vida;
Con ese amor que me robó la calma;
Nublóse el cielo de la dicha mia
Y en mar de dudas naufragó mi barca.

¿Por qué es la vida del amor tan corta,
Y sin amor la vida es tan amarga?
Tras el rudo combate de este mundo
¿Tan sólo en el sepulcro se descansa?
.....

Bianchi (Alberto G.)

TUS OJOS

De la noche se acercan sutiles,
Impalpables las pálidas sombras,
Pero al verlas emanan tus ojos
La luz de la aurora.

Y la noche callada y oscura
Que los tristes recuerdos evoca,
En un dia de gratos fulgores
Tus ojos le tornan.

EL BOTON DE ROSA

Ya marchito, sus colores,
No ha de volver á lucir,
Por ley triste han de morir
Marchitas todas las flores.

Flor que conmigo vivió
Justo es que muerta la guarde...
Por ella besé una tarde
La mano que me la dió.

Yo la ví sobre su pecho
Ricas galas ostentar,
Y hoy muerta ¿podré dejar
Sus despojos, satisfecho?

Emblema de una ilusion
Que guardaba el alma inquieta
Ya no podrás del poeta
Despertar la inspiracion.

Por tí ayer soñé despierto
Lo que hoy mi mente no alcanza;
Naciste cual mi esperanza,
Como mi esperanza has muerto.

A veces te quiero ver
Gozoso é indiferente
Juzgando que nada siente
El alma en su padecer.

Y siempre brota un suspiro
Eco de secreto daño
Y en medio del desengaño
Más la quiero y más te miro.

Emblema de una ilusion,
Que con la ventura pierdo:
Representas el recuerdo
Más puro del corazon.

Paz (Gustavo Adolfo)

EL FARO

¿Qué importa que en el cielo
Crucen densos girones?
¿Qué importa que la niebla se levante,
Presagio de funestos aquilones,
Y la estrella polar al navegante
Le oculte con su sombra,
Si entre el ropaje de la noche umbría,
En un peñasco, sobre enhiesta torre,
Se descubre una luz que alumbra y guía
Al que el oscuro ponto audaz recorre?

Si tras fúnebre velo
Se ocultan las estrellas
Al que vaga perdido
En la extension de las salobres ondas,

La luz que el hombre de piedad movido
Sobre desiertas rocas ha encendido,
Los escollos señala,
Y en los extensos mares
La ruta indica de los patrios lares.

La caridad sublime
Que en el mar y en la tierra
Las lágrimas enjuga del que vaga
Sobre el inmenso abismo abandonado,
Ese limpio fanal ha colocado
Del Océano en las vastas soledades,
Para que al verlo el ánimo se aliente
Del que al eco de roncas tempestades,
Falto ya de valor el pecho siente;
Y tanto anima su fulgor divino,
Que el náufrago doliente que lo mira
En el negro horizonte rutilando,
Fija la vista en él, sigue luchando
Contra el revuelto mar, hasta que espira.

¡Oh faro salvador! que te levantas
Sobre gigantes rocas de granito,
Y á quien saluda el triste moribundo
Con su postrero grito;
¿Qué voces más grandiosas
Y de tu gloria dignas,
Que el himno que te eleva
La gratitud de madres y de esposas?.....
¡Bendito tu fulgor que se confunde
En las hermosas noches en que el viento
Soble el tranquilo mar susurra ténue,

Con los astros sin cuento
Que brillan en el limpio firmamento,
Y que mira y saluda el peregrino,
Lo mismo en la tormenta
Que en la feliz bonanza,
Cual símbolo inmortal de la esperanza!

Ni el huracan terrible,
Ni el rayo atronador que retumbando
Cruza fugaz, el horizonte oscuro
Con repentina luz iluminando;
Ni del mar irritado la fiereza,
Nada abatirte puede,
Nada sobrepujar á tu firmeza.
Por eso, faro, al verte resistiendo
A los golpes del Noto y de las olas;
Miéntras tu luz brillante
Entre las sombras de la noche ardiendo
Ilumina radiante
Los ámbitos del piélago espantoso,
¡El mortal que te encuentra en su camino,
A resistir aprende valeroso,
Con voluntad de bronce á su destino!

1871.

ELEGÍA

Humilde huerto mio,
Testigo de mis dichas y mis penas;
Al llegar el invierno adusto y frio,
Cayeron, ¡ay! marchitas
Tus hojas y tus blancas azucenas;
Y no cual ántes, con mi plectro humilde,
Contemplando la nieve que te cubre,
Podré cantar mi gloria y mis amores
Mientras viene de nuevo
La estacion de las aves y las flores.

¿Cómo esperar cantando
Tu follaje, tus rosas, tus matices,
Y el sonoro murmurio de tus fuentes,
Si del otoño en el postrero dia
Con las últimas luces de la tarde
Huyó tambien la luz de mi alegría?.....

Sin aliento, sin fé, sin esperanza,
Mientras de hojas y flores te reviste
Al llegar otra vez la primavera,
Indiferente y triste
Veré romperse el yelo
Que aprisiona las linfas del riachuelo.
Y cuando de tus aves,
De la brisa fugaz entre los giros
Vuelva á escuchar el melodioso canto,
Prorumpirá mi llanto.....
Tus auras poblaré con mis suspiros.

Cuenca (Agustin F.)

A PILAR BELABAL

A una reina del arte hoy celebramos;
En nota lastimera,
Su blanco seno de mujer dió al viento
La última nota de postrer aliento...
Murió, y en esa hora,
Una serena claridad de luna
El rostro de la artista parecia;
Rostro que por la muerte lastimado
Tres coronas tenía;
Las miro todavía,
Su divino fulgor no se ha apagado...
Cual bosquejo romántico de un sueño
Se extiende ante mis ojos
De sombras melancólicas bañado,
Mortuorio paño en que la artista yace...
Que triste en sus pupilas sin mirada

De los cirios la flámula agitada
Sus resplandores fúnebres deshace!
¡Qué triste sobre el rostro soberano
La difunta color que á llorar mueve!
Color que fuera en pétalos de nieve
Matiz bermejo de clavel lozano...
Y el cadáver inmóvil... siempre inmóvil!
Mudo... implacable... Majestad caida
Del trono de la vida,
Sombra impasible que el dolor provoca
Y un torrente de lágrimas arranca;
Sombra que tiene un esplendor delante,
La gloria, y cuya atmósfera radiante
Trasciende aromas de una rosa blanca.

Tres coronas tenía
Su frente victoriosa; ¿acaso nunca
Una corona la hermosura ha sido?
¿No es otra el arte que el talento abona?
Si en perpétuo combate se ha vencido
¿No es la muerte en presencia del olvido
La irradiacion de la mejor corona?
Las tres sobre el cadáver palpitaron:
¿A qué llorar sobre el despojo inerte,
Si en la escarlata de su boca ondea
Risa en que fugitiva centellea
La vanidad de su gloriosa suerte?

Cobarde amor á pasajera forma
Es el amor que en el sepulcro gime
De un inmortal, y sin cesar suspira...
¿Cuándo el cobarde llanto fué sublime?

¡Rasgue su manto de crespon la lira!
Su círculo de fuego
Temblante y funerario
Esconda el cirio en la tiniebla densa,
Y de la gloria el esplendor palpite
Y alce el incienso su espiral inmensa...

La túnica flotante al sol tendida,
Y sobre el lino de la blanca vesta
La negra cabellera descogida;
Del arte el cetro de oro
Resplandeciendo en la robusta mano;
Y en polvo de diamante que chispea,
Marcado el sello del triunfal coturno:
En épico ademán, trágica musa
Fué la divina artista, hija del genio,
A luchar y vencer predestinada,
La frente irguió de láuros coronada
Sobre el dosel del español proscenio.
Si amaba, sonreia
Por un sueño invisible acariciada;
Y un sol de amor en su pupila ardia,
Si su pecho á otro pecho respondia
Con su palpitacion acelerada.
Amando, entre sus lábios
Fingió su acento con volubles giros
Querella de románticos agravios,
Música de tristísimos suspiros.
Brillaba como un cielo
Su frente enamorada... en negra nube
La tempestad de repentino celo
El íris del amor tornaba fiera,

Y el rostro ántes alegre, entónces era
Triste calvario de espantoso duelo.
Triste calvario cuando altivo enojo,
Ennegreciendo el porvenir oscuro,
No la inspiraba el vengador antojo
De herir de muerte al corazon perjuro.
Mas si del celo el frenesí insaciable
Daba calor al pensamiento impío,
Su ademan vengador era implacable,
Y era un infierno su mirar sombrío...

Adúltera, sintiendo
Crecer de su pasion la llama viva,
Ya presa del terror, era en la escena
Tronchada sensitiva;
Ya sorprendida en su pasion impura,
Y ya ante la expiacion arrodillada,
Era un dardo su grito de amargura,
Era una estrella errante su mirada;
Los pliegues de la blanca vestidura
El aire descogia,
Bañado en llanto su semblante bello,
Y de los negros bucles del cabello
La rosa nacarada desprendia...

Ya adúltera llorosa,
Ya mártir del pasado
Y en nombre del amor al bien despierto
Su corazon por el dolor llagado,
Madre amorosa junto al hijo muerto,
Ingrata madre frente al hijo amante;
Riendo, ó suspirando;

Ébria de vida, ó triste agonizante,
Fué intérprete inspirada
Del drama excelso que soñó el poeta,
Y al fuego esplendoroso de sus dones
El genésico sol de las pasiones
Brilló sobre su artística paleta.

¡Oh! triste soñadora;
En tu sepulcro pálida y sombría,
En el altar del génio
Trasfigurada ahora!
La edad presente de tu gloria somos;
Este incienso, estas palmas, estas flores
Son primicias triunfales;
Aguarda á que la gloria soberana
Que es la posteridad, te dé mañana
Coronas inmortales.

Queda en paz en tu lecho funerario,
Y miéntras canta el porvenir tu nombre
Y es clámide de triunfo tu sudario,
Junto al ciprés de tu sepulcro amigo,
Como una melancólica violeta
Este humilde cantar quede contigo.

CÁRMEN

Era blanca, y su blancura
En negro traje envolvía,
Y á mis ojos parecia
Alborada en noche oscura.

Rubia cabellera undosa
Coronaba su donaire
Y suelta al flotar, el aire
Era un aliento de rosa.

Sobre el azul de sus ojos
Brillaba húmedo reflejo,
Y ese azul era el espejo
De mis amantes antojos

De su boca eran agravios
Sus lábios angelicales
A los más rojos corales
De los más hermosos labios;

Color que á besar convida
Era su color, y presos
Túvolos en red de besos
La pasion en mí nacida.

Era blanca, como que era
El alba de mis amores,
Primera flor de las flores
De mi hermosa primavera.

Oí el canoro aleteo
De sus fugitivas alas,
Iba entre virgíneas galas
Dando vida á mi deseo.

Suspiré, de amor rendido,
Ella suspiró tambien,
Sonó un beso, fueron cien,
Fueron más, que no lo olvido.

¡Cómo trascendiendo aromas
Soplaba el ambiente manso,
Y en la agua azul del remanso
Se bañaban las palomas!

¡Cómo estaban de rocío
Las caléndulas cuajadas
En las fértiles quebradas
Del musgoso lomerío!

¡Qué sol aquel sol naciente
Envuelto en undosos túles,

Y que entre montes azules
Orlaba de oro su frente!

¡Y qué espléndido aquel sol
De la luna perseguido,
Que al morirse está tendido
En un lecho de arrebol!

Sobre las rotas almenas
¡Qué pardas las golondrinas!
¡Qué abejas tan peregrinas
En las blancas azucenas!

Al mecerse ¡qué elegante
La palmera en el espacio!
Era palma de topacio
Bajo un cielo de diamante.

Cada pájaro en la enhiesta
Arboleda era una lira,
Era un chal de Cachemira
Sobre el valle la floresta.

La onda al mar rodaba ufana
Y al rodar copiaba la onda
Claro cielo, oscura fronda,
Mirlo alegre y flor galana.

Todo entónces bajo el velo
De fantásticos antojos,
Que amor tiende entre los ojos
Del alma y la luz del cielo.

¿Y despues? Ya puesto el sol
¿Su arrebol no dora el monte?
Ella es en el horizonte
De mi vida ese arrebol....

LA MAÑANA

Tiende el sol cuando amanece,
Gasas de oro en la esmeralda
De los campos, la humedece
Con sus perlas, y parece
Cada campo una guirnalda.

Caen sus nacientes fulgores
Sobre el templo solitario,
Y es floron de resplandores
La vidriera de colores
Del esbelto campanario.

Del monte incendia el selvoso
Laberinto de retamas,
Y se alza el monte boscoso
Como se alzára un coloso
Con un turbante de llamas.

Matiza el cristal del río,
Y lleva el río en sus ondas
Copiando un pinar sombrío,
Ramajes en que el rocío
Se envuelve en doradas blondas.

De carmin tiñe al rosal,
De oro tiñe al girasol,
Y es la escarcha matinal
Una hamaca de cristal
Bajo un velo de arrebol.

Sobre la cumbre riscosa,
En los témpanos de hielo
Pinta ráfagas de rosa,
Y hace de la mariposa
Un íris que cruza el cielo.

Ábrense cuando desata
A la fuente, cuyo rastro
Es una estela de plata,
Junto á adelfas de escarlata
Floripondios de alabastro.

Presta al rizado plumaje
De los pájaros colores,
Da colores al encaje
De las nubes y al paisaje
Perlas, pájaros y flores.

Todo es luz, aves, aromas,
Fuego el sol, llanto el rocío,

Flores el juncar, las pomas
Roja grana, las palomas
Blanca nieve, espuma el rio.

La oscura selva rumores,
El torrente centelleos
De divinos esplendores,
La alameda ruiseñores,
Los ruiseñores gorjeos.

Toda la naturaleza
Cuando el sol la da calor,
Palpitaciones, grandeza,
Es mujer cuya belleza
Entra á un tálamo de amor,

Lasciva al placer arroja
Del pudor los blancos velos...
Cesa su febril congoja,
Y cuando ella se sonroja
Ya tienen bajo los cielos:

Los arroyos más cristales
Y los cardos más espinas,
Más flores los florestales,
Más espigas los trigales,
El torreon más golondrinas!....

NIEVE DE ESTIO

CONTESTACION À UNA CARTA DE MUJER

Á JUAN DE DIOS PEZA

Copia fiel de tu belleza
Pediste ayer al espejo,
Que es el más puro reflejo
De la más noble franqueza;
Y siento de mi tristeza
Crecer los fieros enojos
Porque para ver tus rojos
Lábios y tu blanca frente,
No hay cristal más trasparente
Que las niñas de mis ojos.

La luz, de copiarte ufana,
Dió al espejo sus destellos,
Y entre tus negros cabellos
Colgando viste una cana;
Fué entónces marfil la grana

Que el rostro á besarte mueve,
Y trémula, fiera, aleve
Trozaste el cabello cano,
Que era un cisne de verano
Envuelto en plumas de nieve.

Presa de terribles luchas,
Como agravio á tus hechizos
Viste despues en tus rizos
Otra cana y otras muchas,
Y triste en silencio escuchas
Cómo la razon proclama
Que es el pensamiento llama
Que cuando más se enrojece
Más el cabello emblanquece
Con el fuego que derrama.

Fijos en el claro espejo
Tus más claros todavía
Ojos que causan al dia
Rubores con su reflejo,
Las blancas hebras del viejo
Cabello en su edad lozana
Arrancaste, y la galana
Luz de tu mirada al verlas
Fué luz que disuelta en perlas
Bajó á besar cada cana.

Un rizo blanco me envías,
De tus letras adoradas
Envuelto en las desmayadas
Misteriosas melodías,

Y en tus congojas sombrías
Pienso al ver tus canas bellas;
De unas y otras te querellas,
Unas son la noche oscura
Que nubla tu frente pura,
Las otras son sus estrellas.

Con ódio á torpes amaños
Y venciendo tu altivez,
Me has mostrado la vejez
Que agobia á tus veintiun años;
Y sin temer desengaños,
Sin temer fieros desdenes
Déjasme besar tu sienes;
Vano fuera tu temor
Cuando sé que son de amor
Todas las canas que tienes.

Cuando en tí regocijado
Forma mis dulces antojos
Llevar el alma en los ojos
Para verte enamorado:
Cuando en mi pecho ha formado
Tu alma su caliente nido
Y tiene allí por sentido
Ruiseñor que la corteja
El amor que en mí se queja
Receloso del olvido.

Cuando al verte sólo veo
Que eres claridad del dia,
Romántica fantasía

De espiritual devaneo;
Llama de febril deseo;
Ave en el árbol, que el rio
Copia en su cristal bravío
Querellándose de amor,
Madreselva cuya flor
Por galan tiene al rocío.

Noche de las estrelladas
Noches en que los rosales
Forman los lechos nupciales
De los silfos y las hadas;
Raudal que en despedazadas
Hebras de cristal undoso
Errante baja, impetuoso
De los empinados riscos
Y entre los verdes lentiscos
Va rodando rumoroso.

Queden tus negros cabellos
Ciñendo tu faz morena,
Y el negro ángel de la pena
Quede aprisionado entre ellos;
El rizo de los más bellos
Que fueron nieve de estío,
Guardo yo en el pecho mio
Viendo tus congojas grandes;
Hay siempre nieve en los Andes
Y espuma en el mar bravío.

Bencomo (Diego)

¡SOLEDAD!

Imposible olvidar quien ha sentido
Lleno de amor el infinito en su alma;
Pues si lloramos nuestro bien perdido,
Sólo bajo el sudario está la calma,
Sólo bajo el ciprés está el olvido.

C. A. Salaverry.

Partiste al fin, mi amada,
Partiste y me dejaste
Tristísimos recuerdos,
Recuerdos de tu amor:
Del mundo y sus placeres
Mentidos te alejaste,
Y al cielo regresaste,
Cubriendo en tu partida
De luto el corazon.

Tú vives en mi mente
Con todos tus encantos,
Aún miro en mis ensueños
Tu risa angelical;
Y ahogando mis gemidos
Modulo tiernos cantos,
Que en himnos sacrosantos
Por tí, vibrando suben,
Al trono de Jehová.

Aquí, dentro del pecho,
Tu nombre bendecido
La parca destructora
Grabó con un buril,
Por eso nunca puede
Caber eterno olvido
En pecho que está herido,
En pecho que constante
Latiendo está por tí.

Las alas impalpables
De tu alma, vírgen pura,
Acaso en este instante
Mi sien rozando están;
Pues siento como que álguien,
Gimiendo en su amargura,
Con lánguida ternura
Se allega á mis oidos
Tu nombre á murmurar

Los séres que en el mundo
Profesan con anhelo

Del noble sentimiento
La angusta religion,
Llorando viven siempre,
Llorando sin consuelo,
Y al fin de tanto duelo
Recojen como fruto
La espina del dolor.

Aquí dentro el cerebro
Siento algo como espejo
Que brilla y que retrata
Tu rostro encantador.....
Y canto mis pesares,
Y canto ¡ay! y me quejo,
Y en cada estrofa dejo
La sangre que destila
Mi herido corazon.

.....

La alegre primavera
Devuelve al mústio prado
Las flores que el invierno
Robóle sin piedad,
Empero, las que aleve
La muerte me ha robado,
Que en mi alma he cultivado,
Murieron para siempre....
No volverán jamás.

875.

Cosmes (Francisco)

EL POETA

¡Oh! Dejadlo pasar! No necesita
De vuestra vida el mentiroso halago:
La multitud su corazon agita
Como los vientos el cristal del lago.

Allá va entre la turba solitario
Sin encontrar á su dolor abrigo,
¡Él, que en su mente como en un santuario,
Un cielo lleva sin cesar consigo!

Hijo de Dios, la potestad que crea
En vez le dió de vanidosos nombres;
Que Dios formó al poeta de la idea,
Miéntras de barro modeló á los hombres.

El mundo, contemplándole altanero,
Le denomina con desprecio *loco*...
¡Cuando al soñar, el universo entero
Para ocupar su pensamiento es poco!

Y él necesita compasion: su alma
Al soplo sólo del dolor se abate,
Como se inclina la gallarda palma
Cuando el *simun* ardiente la combate.

Su corazon, cual tierna sensitiva,
Marchito está por el menor tormento;
Cada impresion su padecer aviva,
Y es una espina cada pensamiento.

Mas tambien ¡admirad! cuando se elevan
Del suelo vuestras moles colosales,
Cuando el esfuerzo y la paciencia llevan
Hasta el cielo á los míseros mortales:

Cuando, presa de penas y amargura,
De la impotencia os debatis debajo,
Y gastais por llegar hasta la altura
Mares de llanto y siglos de trabajo.

Él, por el mundo sin piedad proscrito,
No cual vosotros el afan emplea:
Para lanzarse audaz al infinito,
¡Le basta solo concebir la idea!

EN EL CUARTO CENTENARIO DE MIGUEL ÁNGEL

Vástago de esa raza de inmortales
Que el cielo osaron escalar un dia,
Hacinando en sus ódios colosales
Ossa y Pelion para la lucha impía;
En la existencia humana aparecíste
Cuando el mundo cristiano agonizaba:
La antorcha de la fé se iba apagando;
El peso abrumador del fanatismo,
Cual campana neumática la ahogaba;
La conciencia dormia:
En las siniestras llamas del abismo
La Iglesia sus hogueras encendía,
Y el hombre presintiendo un cataclismo
No pensaba, no más se extremecia.

Llegaste; mas ¿de dónde? ¿Pudo acaso
Algun mortal, decir en qué otro mundo
Imprimiste la huella de tu paso?
No era el país donde su altiva frente
Alza en un cielo de turquí el Parnaso;
El tibio rayo de la luz de Oriente

Que el verde acanto de Corinto dora,
Jamás en su fulgor resplandeciente
Alumbró tu cabeza pensadora:
Ni el mar de Jonia que gentil murmura
Y con nombres poéticos resuena,
Te vió pasar sobre su linfa pura
A extasiarte sediento de hermosura
En la belleza plástica de Elena.

Si de un mundo viniste,
Fué de un mundo poblado por titanes,
Allí, donde frenéticos excitan
Siniestros ódios vengativos manes,
Donde el suplicio y el terror habitan,
Y entre ruinas, maldicion y estrago,
De Dios las iras sin piedad se agitan.

Tú eras de esa pléyade sublime
Que de improviso apareció en un cielo
Cubierto de tinieblas y de muerte,
Á arrebatar en su gigante vuelo
La humanidad inerte:
Inmigracion de génios soberanos,
Que, á fin de merecer desde su altura
Subir á darte el título de hermanos,
Tuvieron que anunciarse á la existencia:
Colon, de un mundo descorriendo el velo,
Lutero, abriendo un cielo á la conciencia.

Al mundo ya venías
Doblegado del génio bajo el peso;
El recuerdo de inmensas agonías

Aún quedaba en tu semblante impreso:
Tú mismo en tu poder te extremecias,
Cuando al cumplir las órdenes fatales,
Consultando tu fuerza, te sentias
Nuncio de las venganzas celestiales.

Nunca á tu vuelo conoció barrera
Tu inspiracion gigante:
Tus alas de condor iban unidas
Á la fuerza de Atlante.
Nuestro pequeño y miserable suelo
Parecer ha debido muy mezquino
Á tu aliento fecundo:
¡Necesitabas para lienzo un cielo,
Y por materia que esculpir, un mundo!

¿Dónde sacaste fuerzas, dónde aliento?
¿Cómo parar el ímpetu violento
Conseguiste del tiempo, que en un dia
Sin ayuda, acabaste creaciones
Que el trabajo de tres generaciones
Para iniciar, apenas bastaria?
De los siglos la cuna y el sepulcro
Abarcó tu pincel. ¿Quién no se siente
Henchido el pecho de terror, mirando
La suerte, en la Sixtina, de esta raza
Que el campo de la vida va cruzando
¡Ay! gigantesca al paso que impotente?
La vil materia con tus manos tocas,
Y, en el fuego encendidas de tu idea,
Sublime Anfion, haces hablar las rocas;
Todo el mundo abarcaste con tus brazos;

En obras en que el génio centellea
Al mármol tu calor comunicaste...
¡Y al mismo tiempo, con pujante brío,
De *San Pedro* la cúpula lanzaste,
Cual globo de granito en el vacío!

Llevabas en tu pecho el anatema
Del nostálgico mal del infinito;
Tus obras eran la expresion suprema
Del angustioso grito
Del génio en la prision. Necesitabas
Otro idioma, otras formas, otros hombres,
Otro Dios que tu mente interpretara:
Como Moisés, en medio del desierto,
Hablarle y contemplarle cara á cara!
Tu alma estaba sedienta de lo inmenso:
Te importaba muy poco
Que el mundo adorador ó indiferente
Palmas te diera ó te llamara loco;
Para el mundo tenías
El arma del desprecio omnipotente.
Y admirado, temido, incomprensible,
Sin inclinarte nunca bajo el yugo,
Ibas, como el poeta del *Infierno*
¡Grande como lo eterno!
¡Solo como el verdugo!

Y así cumpliste tu mision sombría,
Pobre, sin amistad y sin amores...
¿Sin amores? Oh no! Dos deshojaron
Sobre tu mústia frente algunas flores:
Puros y grandes como tú brotaron...

Mas ¡ah! la dulce Libertad moría
Por más que entre la niebla del combate
Tu mano á protejerla se extendía:
Y cuando, de tu lecho se alejaba,
Llanto vertiendo el ángel de la gloria,
Huérfano de tu altivo pensamiento
¡Ay! te faltaba en tu postrer aliento
El beso del amor de tu *victoria!*

Cuatro siglos pasaron
Desde el dia glorioso
En que marcaste el mundo con tu huella,
Y del arte en el cielo, todavía
Tu nombre augusto sin rival destella.
El hombre todavía se extremece
Delante de tus obras inmortales,
Á medida que el tiempo ráudo vuela,
Tu titánica forma, crece, crece!..

Nosotros tus sectarios, los que vimos
El infinito abrirse ante lo excelso
De tus apocalípticas creaciones;
Los que tu nombre al escuchar, sentimos
De entusiasmo latir los corazones;
Reunidos hoy á tributar venimos
En el templo del arte, el santo culto
De admiracion y de respeto al génio.
Benigno acoje nuestra ofrenda humilde
Desde el cielo inmortal de tu grandeza.
¡Sosténnos en la lucha! Errantes vamos
En un mundo de ódio y de impureza.
En esta vida, como tú, miramos

Sumergirse nuestra alma en la amargura,
Y desmayar nuestro tenaz empeño...
¡A nosotros tambien *es grato el sueño*
Mientras el mal y la vergüenza dura!

1875

Carpio (Manuel)

CENA DE BALTASAR

Era la noche, y la redonda luna,
Desde la inmensa bóveda del cielo,
Alumbraba los sáuces del Eufrates
Y á la gran Babilonia en sus festines,
Fortalezas, alcázares, jardines
Y los templos magníficos de Belo.
El intrépido ejército de Ciro
Está sobre las armas impaciente
Por tomar la ciudad; la infantería
Se conmueve y agita sordamente,
Cual negra tempestad que allá á lo léjos
Brama y rebrama en la montaña umbría.
Ya se aprestan de Persia los ginetes,
Sus fuertes armaduras centellean,
Y encima de los cóncavos almetes
Altos plumajes con el aire ondean.

Ya se escucha el crugir de los broqueles
De la trompeta el bélico sonido,
Y el bufar de los férvidos corceles,
Y la grita de jóvenes bizarros,
Y del sonante látigo el chasquido,
Y el rodar de las ruedas de los carros.
Ya los caballos con su blanca espuma
Humedecen sus pechos espaciosos;
Al ruido de las armas se recrean,
Y el duro suelo escarban y golpean,
Y están inquietos por salvar los fosos.
Sus cascos hollarán en Babilonia
Las estátuas de dioses incensados,
Hollarán á los nobles y soldados,
Y yelmos y viseras y corazas,
Y en gran tropel levantarán el polvo
De las soberbias y desiertas plazas.
Del palacio en los patios á cuchillo
Con su rey morirán tantos vasallos,
Que en esta noche la caliente sangre
A los frenos dará de los caballos.

Miéntras que Ciro con ardor se aprest
A dar por fin el formidable asalto,
La ciudad, cual ramera deshonesta,
Entrégase al placer sin sobresalto,
Y á regocijos que el honor detesta.
Se embriaga el padre y á la par la espo
El libertino y el anciano triste,
El agorero y la doncella hermosa.
Entre bailes y cantos de alegría,
Resuena la algazara de las gentes

Que por las calles van como dementes
Entre la confusion y gritería.
Tambien de Baltasar el gran palacio
Se agita alegre con festin ruidoso:
El rey y sus mujeres y magnates,
Todos ocupan un salon fastoso
Que tiene vista al cristalino Eufrates.

El soberbio salon es un portento;
Las paredes de estuco, están doradas,
Y forman el grandioso pavimiento
Variadas losas de lucientes jaspes
Cubiertos con asiáticas alfombras
De los remotos climas del Hydaspes.
Cien columnas blanquísimas de mármol
Sostienen la magnífica techumbre;
Lámparas de oro de labores bellas
Todo lo animan con su viva lumbre:
Ocupan las estátuas de los dioses
Hermosos y brillantes pedestales,
Y arden enfrente en pebeteros ricos
Esquisitos aromas orientales.
Entre las nubes de flotante incienso
Que perfuma la sala reluciente,
Se ostenta el rey entre el cortejo inmenso
Con régia pompa y con augusta calma,
Como entre humildes y modestas flores
Descuella al viento la soberbia palma.
Cenaban recostados en tapices
Tejidos por doncellas babilonias,
Tapices de las grandes ceremonias
En tiempos más tranquilos y felices.

La turba de los grandes insensata
Hace alarde de pérsicos brocados,
Túnicas blancas de sonante seda
Y magníficos mantos de escarlata:
En los cándidos piés llevan calzados
Con blancas perlas y luciente plata,
Y ciñen sus cabellos perfumados
Ínfulas que les bajan por los lados.
A la derecha están las concubinas
Y mujeres del rey, blancas y bellas,
Con túnicas de seda, recamadas
De flores y de espléndidas estrellas.
Mantos de un bello azul como los cielos
Más brillantez les dan y más decoro;
Airosas llevan trasparentes velos,
Ricos joyeles y sandalias de oro:
Para más cautivar á los donceles,
Sin atender al femenil recato,
En las cáligas llevan por ornato
Diamantes y ruidosos cascabeles.
Adornaron, en fin, estas bellezas,
Sus blancas manos y sus blancos cuellos
Con esmeraldas y zafiros bellos,
Y con mitras asirias las cabezas.
El ropaje del rey vale un tesoro,
Lleva en los hombros un soberbio manto
De púrpura sidonia, y de amaranto
Bordadas flores y granadas de oro.
Ajusta su cintura roja zona
Esmaltada de hermosa pedrería.
Y en la alba frente espléndida corona
Que por la última vez allí lucía.

Rica brillaba la purpúrea tinta
En sus coturnos altos y elegantes,
Bordados con asiáticos diamantes,
Y ancho puñal obsérvase en la cinta.
¡Ay! que en medio de lágrimas y duelos,
Esta noche los bárbaros soldados
Hollarán con sus piés ensangrentados
Corona y mantos, ínfulas y velos.
Reina la calma en el salon hermoso,
Sírvense en el festin ricos manjares
Hechos venir de tierras muy lejanas,
Y de las islas y remotos mares.
Mas por instantes crece la alegría,
El vino hierve en copas anchurosas;
Beben los cortesanos á porfia,
Bebe el monarca y beben sus esposas,
Y empieza le confusa vocería.
Los grandes vasos de licor ardiente
De concubina en concubina pasan:
A veces ruedan sin pudor los ojos,
Ojos que en fuego criminal se abrasan;
Juegan las risas en los lábios rojos,
Se tornan las mejillas más hermosas,
Hierve la sangre en las ardientes venas.
¡Ay de esas gentes frívolas y obscenas!

Entónces los escénicos cantores,
Al compás de la cítara sonora,
Entonaron con voz encantadora
Coros dignos de aquéllos impostores.

CORO

¿Quién volvió de la tumba temida
A decir lo que está más allá?
Disfrutemos por hoy de la vida,
¿Quién el sol de mañana verá?

CORO DE HOMBRES

Gloria, ¡oh rey! á los dioses sublimes
Que te dieron el trono caldeo!
Tus cadenas arrastra el hebreo,
El asirio y el árabe audaz.
Cuando escuchan tu nombre glorioso,
Se extremecen las grandes naciones,
Y al moverse tus fuertes legiones,
Se conturba del mundo la faz.

CORO DE MUJERES

Te prodiga el Oriente sus perlas,
Y la seda, y marfil y diamantes;
Embajadas de pueblos distantes
Te presentan el oro de Ofir.
Las doncellas hermosas del Ásia
Te perfuman con suaves olores,
Y á tus plantas esparcen las flores
Que en tu obsequio derrama el Abril.

CORO DE HOMBRES

Sobre miles de muertos y heridos
Pase, ¡oh rey! tu volante carroza,
Y con ella quebranta y destroza
Al que osare irritar tu furor.
Y seguido de bravos guerreros
Domarás con tus grandes falanges
Desde el mar de Occidente hasta el Ganges,
Desde el Persa al Escita feroz.

CORO DE MUJERES

¡Qué veloces trascurren los años!
Pasan ¡ay! como nube en el viento,
Como el pájaro pasa violento,
Como pasan las olas del mar.
Goza, pues, de abundantes delicias,
Grato vino tus penas ahuyente:
Ciñe presto de rosas tu frente,
Que así deben en pompa ostentar.

CORO

¿Quién volvió de la tumba temida
A decir lo que está mas allá?
Disfrutemos por hoy de la vida,
¿Quién el sol de mañana verá?

—«Que traigan, dijo el rey, los bellos vasos
De plata y oro, de valor inmenso,

Que en el templo sirvieron de Solima;
Aquí tambien recibirán incienso,
Y en nuestras manos superior estima.»—
El sacrílego rey los vasos toma
Llenos del vino hirviente de Judea,
Haciéndolos girar entre las gentes,
Y en los semblantes la impiedad asoma
En medio de risadas insolentes.
Tocan los vasos manos desdeñosas,
Manos impuras, para el mal resueltas,
Bocas de concubinas desenvueltas,
Bocas falaces y á la par hermosas.
Alzóse Baltasar, y sus magnates
Alzáronse tambien y sus esposas,
Y elevando las copas venerandas,
Hicieron libaciones excecrandas
A los dioses asirios y á las diosas.

Densas nubes cubrieron entretanto
El espacioso cielo, y ya traspuesta
La luna en Occidente, negra noche
Cubrió la tierra con su oscuro manto.
Tres veces el relámpago te alumbra,
Orgullosa ciudad de los impuros,
Y estalla el rayo fúlgido tres veces,
Y tres al estallido te extremeces
Con palacios, con torres y con muros.
A esta sazon los dedos de una mano
Escriben misteriosos caractéres
En la pared de aquel salon profano
¡Ay del rey, de los grandes y mujeres!
Como el viajero en bárbaro desierto

Cuando ya va á pisar una serpiente,
Al ver sus ojos como llama ardiente,
Grita, dá un paso atrás y queda yerto:
El rey así, con femenil quebranto.
Al mirar la estupenda maravilla,
Temblaba todo atónito de espanto
Y se daba rodilla con rodilla.
Horrible palidez cubre su rostro,
Cubre el sudor su delicado cuello,
El manto de los hombros abandona,
Con el terror se eriza su cabello,
Y rueda por el suelo su corona.
Los aúlicos y grandes espantados
Van y vienen y vagan aturdidos;
En el vasto salon dan alaridos,
Y arrastran en la alfombra los brocados.
Cual las tímidas aves en bandadas
Huyen á refugiarse en la arboleda
Cuando del huracan van azotadas,
Así las concubinas angustiadas
Descuidando sus túnicas de seda,
Huyen despavoridas y llorosas,
Y abrazan á los dioses y á las diosas.
Ya alzan las manos lánguidas al cielo,
Ya trémulas se postran sollozando,
Ó bien estampan con afecto blando
Sus delicados lábios en el suelo.

Al mandato del rey entra en la sala
El anciano Daniel, grave profeta,
De blanca barba y de cabello blanco,
Y con un cinto su sayal sujeta.

—« Tú que eres un varon prudente y sábio
Y el hondo abismo ves de lo futuro;
Por los dioses, esplíqueme tu lábio
Los caractéres que presenta el muro.
Saldrás de la humildad de tu retiro,
Y libre quedarás del cautiverio;
Yo te daré un collar de oro luciente,
Te vestiré de púrpura de Tiro,
Y príncipe serás en el imperio. » —
Echando entónces fuego de sus ojos,
El severo Daniel, de enojo lleno,
Responde á Baltasar con voz de trueno:
—« Delante de tus dioses impotentes
Doblas ¡ay! la sacrílega rodilla:
La sangre de tus víctimas humea
En los altares donde el oro brilla
Y en los templos de Bel tu incienso ondea
Y para colmo de impiedad y orgullo,
Con esta corte sin pudor y obscena
Has profanado los sagrados vasos
En esta horrible y execranda cena.
Mas oye, ¡oh Baltasar! las profecías
Que oculta esa escritura formidable:
De tu reino Jehová contó los dias,
Y término le puso inevitable.
Pesó tu corazon en su balanza
Y al encontrarlo de virtud vacío,
Tronó su indignacion, como en estío
Truena la nube cuando el rayo lanza.
Babilonia y tu imperio floreciente
Serán presa de manos extranjeras,
Y mañana entre sangre y entre hogu

Dando alaridos vagará tu gente:
¡Ay ciudad infeliz de las rameras!
Derrotadas tus bárbaras legiones
En medio del furor de los combates,
Se llevarán las olas del Eufrates
Hombres, caballos, armas y morriones.
Espada contra el pueblo y los tiranos,
Espada contra magos y hechiceras,
Fuego voraz contra tus dioses vanos,
Contra templos y torres y trincheras.
¡Ay ciudad infeliz de las rameras!
Luto se vestirán tus concubinas,
Luto tambien tus sátrapas cautivos,
Y llorarán tus príncipes altivos
De Babilonia en las soberbias ruinas.
De esta sala y palacio tan brillantes
Quedarán los escombros y cimientos,
Y en sus despedazados pavimentos
Se arrastrarán las víboras errantes.
Aquí, entre espinas y entre musgos pardos,
Cantará triste el pájaro nocturno,
Y rugirán los tigres y leopardos;
Y crecerán los solitarios cardos
Donde apoyas tu espléndido coturno.» —

Dijo Daniel, y el príncipe altanero
Le cumplió la magnífica promesa;
Mas esa misma noche le atraviesa
El régio pecho vengador acero.
Acabaron del rey las alegrías:
En sangre está su túnica empapada,
Túnica rica que su madre amada

Bordó contenta en venturosos dias.
Cayó el monarca, y levantarse quiere
Buscando ansioso al hijo más querido
Y al verlo prisionero, da un gemido,
Se le saltan las lágrimas, y muere.

BONAPARTE

Sentado Bonaparte en una altura
En la orilla del mar de Santa Elena,
Al triste rayo de la luna llena
Meditaba en su inmensa desventura.

Recordaba entre sí con amargura
Las turbulencias de' sangriento Sena,
El Tabor, las Pirámides y Jena,
Y de César-Augusta la bravura.

—«Ved, esclamó, las palmas de Marengo,
»Los campos de Austerlitz de sangre rojos
»Donde las rusas águilas contengo.

»De la Europa me siento en los despojos;
»Más de tanto triunfar ¿qué premio tengo?
»Las lágrimas que ruedan de mis ojos.»

Caballero (Manuel)

LA PLEGARIA DE UNA VIRGEN

I

Ayer en el silencio de la noche
Solemne, majestuoso,
Al pálido fulgor de la alta luna
Enfrente á tu ventana estuve solo.

¡Qué tropel de fantasmas sonrosados
Mi cerebro ardoroso
Volar sentia en direccion del cielo
De mis suspiros impelido al soplo!

Del cristal de tu alcoba, desprendido
Un rayo tembloroso,
Que estabas allí tú me revelaba.....
¿Pensando en que te quiero?... yo lo ignoro!

¡Qué tristes confidencias, vida mia,
Hice con mis sollozos
De la luz de tu alcoba al mensajero
Que compasivo me besaba el rostro!...

¿Te tradujo mis quejas?... no lo supe;
Pero escuché de pronto,
Rasgando de la atmósfera el silencio,
Que tu piano gemia melancólico.

Plegaria de una vírgen, elevaba
Sollozante, medroso,
Su rezo de armonías, levantando
Del mismo Dios el invisible sólio.

Plegaria virginal... ¿Qué suspiraban
Tus acordes armónicos?
¿Qué contabas al cielo con tus notas?
¿Qué hablaba tu lenguaje de sollozos?

¿Por quién rogaba á Dios aquella vírgen
De su alcoba en el fondo?
¿Qué sufrimientos revelaba al cielo?
¿Qué historia de pesares misteriosos?.....
.....

II

Cuando el piano calló, sentí nublados
Por el llanto mis ojos;
Estaba enagenado y hácia el cielo
Vueltos tenía el corazon y el rostro.

De mi éxtasis al fin, ecos divinos
De un canto misterioso
Allá por los espacios se perdian
Del abismo azulado en lo más hondo.

Era tal vez de alados serafines
Un grupo esplendoroso,
Que por el éter hasta Dios llevaba
Tu armónica plegaria de sollozos!.....

.....

¡MIEDO!

Mil veces he intentado
Decirte que te quiero,
Mas la ardorosa confesion, mi vida,
Se ha vuelto de los lábios á mi pecho.

¿Por qué, niña? lo ignoro,
¿Por qué? yo no lo entiendo;
Son blandas tu sonrisa y tu mirada,
Dulce es tu voz, y al escucharla tiemblo.

Ni al verte estoy tranquilo,
Ni al hablarte sereno,
Busco frases de amor y no las hallo,
No se si he de ofenderte y tengo miedo.

Callando, pues, me vivo
Y amándote en silencio,
Sin que jamás en tus dormidos ojos
Sorprenda de pasion algun destello.

Díme si me comprendes,
Si amarte no merezco,
Dí si una imágen en el alma llevas.....
Mas no... no me lo digas... tengo miedo!

Pero si el lábio calla,
Con frases de los cielos
Deja, mi vida, que tus ojos digan
A mis húmedos ojos... *ya os entiendo.*

Deja escapar del alma
Los rítmicos acentos
De esa vaga armonía, cuyas notas
Tienen tan sólo el corazon por eco.

Deja al que va cruzando
Por áspero sendero,
Que si no halla la luz de la ventura,
Tenga la luz de la esperanza al ménos.

Callemos en buen hora
Pues que al hablarte tiemblo,
Mas deja que las almas, uno á uno,
Se cuenten con los ojos sus secretos.

Dejemos que se digan
En ráfagas de fuego
Confidencias que escuche el infinito,
Frases mudas de encanto y de misterio.

Dejemos, si lo quieren,
Que estallen en un beso,

Beso puro que engendren las miradas
Y suba sin rumor hasta los cielos.

Dime así, que me entiendes,
Que sientes lo que siento,
Que es el porvenir de luz y flores
Y que tan bello porvenir es nuestro.

Dí que verme á tus plantas
Es de tu vida el sueño,
Dime así cuanto quieras... cuanto quieras...
De que me hables así... no tengo miedo.

Colina (Rafael B. de la)

LA ROSA

LA SEÑORA DOÑA ROSA MARIN DE ROMERO VARGAS

I

Allá del mundo en la remota infancia,
Más blanca que la pálida azucena,
Modesta y sin fragancia,
Nació la rosa de hermosura llena.
Envidiosas las flores la veian
Ostentar de sus hojas la blancura,
Y entre risas y lágrimas decian:
—«¿De qué sirve á la rosa su hermosura,
Si el cielo le negó vivos colores
Y á la brisa no halaga con olores?»—

Entre tanto la rosa
En su humildad callaba,
Y bella y pudorosa
A los besos del céfiro temblaba.

II

Dulce como el suspiro
Del aura tibia y pura,
Que en delicioso giro
Amor va murmurando en la espesura,
Más bella que el Edem en donde mora
Más pura que el cristal del arroyuelo,
La primera mujer encantadora
Abre sus ojos á la luz del cielo.
Y su intensa mirada,
Su mirada de fuego y de ternura,
Se fija enamorada
De la rosa modesta en la hermosura:
—«¡Cuán bella es esa flor de casto bro
Si en mis blondos cabellos la prendiera
Brillára en ellos como en negra noche
Brilló la luna por la vez primera.»—
Dice, y gentil cual la gacela hermosa
Que el bosque cruza con ligera planta
Eva la bella hácia la casta rosa
En alas del deseo se adelanta
Y va á tocarla, cuando aguda espina
Hiere su mano, y nacarada gota
De sangre ardiente brota
Que cae sobre la flor alabastrina!.....

Tembló la blanca rosa enamorada,
Sus pétalos de nácar se cubrieron,
Y su esencia aromada
Los céfiros bebieron.
Desde entónces la rosa entre las flores
Muestra en sus hojas el color de Oriente,
Y al asomar el sol su roja frente
Aspira de la rosa los olores.

Córdoba (Tirso Rafael)

PORVENIR

Á MI AMIGO EL SEÑOR DON IGNACIO ROMERO VARGAS

Canoros ruiseñores
Que, suspirando al declinar el dia,
Decís vuestros amores
En deleitosos trinos seductores
Que encanto dan á la floresta umbría!
Yo sé que al dulce acento
Con que soleis contar vuestras querellas,
Sus alas pliega el viento,
Recoge vuestras notas, y violento
Va luego al valle á regalar con ellas.
Yo sé que la azucena
Que las verdes campiñas engalana

Y de fragancia llena,
Al oir vuestra tierna cantilena
Abre su cáliz y os saluda ufana;
En tanto que la rosa
Enamorada tiembla, y encendida
Muestra su faz preciosa,
Porque vé á la azucena pudorosa
Con vuestro alegre canto suspendida.
Yo sé que el claro rio
Sus ondas encadena al escucharos,
Y que el ardiente estío
Ve á sus ninfas con grato desvarío
En la florida márgen esperaros.
Yo sé que la paloma
Que oculta vive en el peñasco hueco
De la apartada loma,
Cesando de gemir, vuestra voz toma
De su perdido amante por el eco.
Y sé que el firmamento
Ese inmenso tapiz bordado en oro
Y diamantes sin cuento,
Suspende el misterioso movimiento
Al escuchar vuestro cantar sonoro.
Que enmudecen los mares
Los ímpetus domando de su ira:
Las selvas seculares
Callan tambien, si el gozo ó los pesares
Cantais al son de la sagrada lira.
¡Ah, salve, hijos de Apolo,
De la creacion egrégios soberanos,
A cuya voz tan sólo
Se alza un eco del uno al otro polo

Que no se alza á la voz de los tiranos!
Vuestras nobles conquistas
Envidia el pecho con afan profundo:
Que por do quiera listas
Las coronas están que á los artistas
En premio da la admiracion del mundo!
Con paso majestuoso
Las edades cruzais, é indeficiente
Del caos espantoso
Las sombras quita el rayo luminoso
Que vá brotando vuestra altiva frente.
Cuando anunciais la idea
Que ha de alumbrar los vastos horizontes,
Cuando exclamais *¡Luz sea!*
¿Qué importa que el excéptico no os crea,
Si el radioso fulgor dora los montes?
Así el génio atrevido
En el mundo oriental tendió su vuelo
De gloria circuido;
Y sus artes y ciencias no ha podido
Cubrir aún el funerario velo.
Que de entre el polvo oscuro
Que audaz el tiempo rápido amontona,
Se lanza al éter puro
Un acento inmortal firme y seguro
Que ensalza al génio y su poder pregona.
Así el osado griego
Del númen sacro en el ardor se inflama,
Y el mundo siente luego
De aquel divino, inextinguible fuego
Por sus venas correr la activa llama.
Del Orbe la señora

Alza al génio tambien brillante sólio,
Y en sus colinas mora
La deidad que más puros atesora
Los láuros del soberbio Capitolio.
No de sangre teñidos
Esos láuros están, ni los regaron
En los pueblos vencidos
Las lágrimas que rostros afligidos
Como lavas candentes abrasaron.
Ni son el triste emblema
De la nefanda esclavitud que al mundo
Da lúgubre anatema,
Sino del génio la inmortal diadema,
Del libre génio como el sol fecundo.
En su incansable vuelo
Y de esa luz radiante circundado,
A nuestro hermoso suelo
Llega por fin, y se deshace el velo
Que tiene oculto al porvenir soñado.
Así la niebla oscura
Tiende su manto en la empinada sierra,
Y llena de tristura
Los silenciosos bosques do natura
Su régia pompa y majestad encierra.
Mas sale el rey del dia
Y rompiendo las gasas, de improviso,
La ansiada luz envía
Que devuelve su agreste poesía,
Su esplendor á aquel bello paraiso.
¡Cuál brillan las cascadas
Que en blancos copos bajan rumorosas!
Bajo estas enramadas,

¡Con qué trinos de amor son saludadas
Las brisas, y las fuentes, y las rosas!
Yo allá vagué perdido
Cual avecilla errante que deshecho
Halla su dulce nido,
Y piedad á las selvas he pedido
En el dolor que desgarraba el pecho.
Y acaso me escuchaban
Y de mi fiero mal se condolian
Pues las hojas temblaban,
Y aun parecióme oir que suspiraban
Y mis tristes acentos repetian.
De mi existir las horas
Iban así con lentitud pasando,
Cuando puras, sonoras,
Un dia vuestras voces seductoras
A mi albergue llevó céfiro blando.
—¡*Atrás quedad*— dijeron —
Los viejos horizontes... — Y al instante
En mis venas cayeron
Gotas de fuego que temblar me hicieron
Y responder al númen: ¡Adelante!
¡Adelante, poetas,
Y vosotros, ardientes corazones,
Generosos atletas
De esa gloriosa lid á que sujetas
Del génio están las nobles ambiciones!
Que el arte regenere
Con su dichosa y mágica influencia
A la patria, que quiere
La gloria conquistar que nunca muere
Y el destino que da la inteligencia.

¿Por qué, al pasado fijos,
Habrán de rechazarse nuestras manos
Con rencores prolijos?
¿Del arte acaso los amantes hijos
Se llamaron do quiera sino hermanos?
Atrás la sombra quede
Y en ella envuelta la terrible historia:
Ya el fiero Marte cede
Su campo al dios que conducirnos puede
En sus alas al templo de la gloria.
Dejad que yo bendiga
La dulce paz que frutos tan opimos
A México prodiga,
Y á cuya sombra protectora, amiga,
El porvenir á saludar venimos.
Los rayos de esa aurora
Se miran en risueña lontananza...
¡Deidad encantadora,
Salve á tu luz que vívida colora
El cielo del amor y la esperanza!

Cuellar (José T. de)

A CERVANTES

Nació al albor de la primer mañana
De una region de luz desconocida,
De do la vida de los mundos mana,
Espíritu inmortal, del mundo egida,
Nuncio de gloria de la estirpe humana.

Ángel, tendiendo las potentes alas,
Se lanza en los espacios insondables,
Surca mares de gasas trasparentes
Y piélagos de sombras impalpables,
Do ruedan en miriadas los nacientes
Globos, que al *fiat* fecundo
Del Hacedor, brotando de la nada,
Ser y vida reciben, y ya pueblan
Vasta extension, un mundo y otro mundo.

Las alas bate aún; y donde quiera
Que la mirada fúlgida dirige,
Polvo de estrellas en el éter cunde,
Que un lampo solo de la luz eterna
Dora y matiza, y su camino rige
Y la vida á torrentes
En las etéreas bóvedas difunde,
Así el génio bajó sobre la tierra
Á cumplir su mision de paz y gloria,
Y su trono erigió sobre las ráudas
Edades que pasando,
Van á sus piés en deleznable escoria
Su fasto y triunfos, míseras, tornando.

Vió los pueblos nacer, vió las naciones
En formidable lucha ensangrentando
Sus nítidos blasones,
Miró la vanidad alzar los templos
De fugitivas glorias,
Á la ambicion palacios esplendentes
De fausto y pompa ejemplos,
Y vió despues el viento del olvido
Barrer tan sólo escorias,
Y á solitario capitel de piedra
Muda abrazarse trepadora yedra.

Todo rodó á sus piés cual polvo vano:
Razas, pueblos y edades,
Y templos, monumentos y ciudades;
Todo el tiempo lo trunca
Mas los triunfos legítimos del génio,
Por mandato de Dios, no mueren nunca.

No mueren, no; regístralos la historia
Mostrando sin cesar á la memoria
Un más allá esplendente,
Una vida mejor á la que aspira
El alma entre el engaño y la mentira
De esta rápida vida transitoria.

Mas ¡ay! no siempre el mundo
Al génio poderoso
Justo homenaje rinde;
Torpe la envidia arrójale profundo
Sarcasmo venenoso;
Víles pasiones á sus pies se arrastran,
Copa de hiel le ofrecen,
Y en vez de comprenderle le escarnecen.

Así, más tarde, la justicia muestra
Inexorable al mundo,
En su pasmo profundo,
Sobre su rico pedestal, el llanto
Del mutilado ilustre de Lepanto.

Así, más tarde, la conciencia humana
Convoca al borde de dorada tumba
A pósteros que lloren,
Y en desagravio del pasado imploren
De otras generaciones la asistencia,
Al grito llamador de la conciencia.
Así nosotros hoy, tras dos centurias
Y más, venimos á llorar á un hombre
De esclarecido y de eternal renombre;
Y en medio á la intuicion de lo infinito,

Conocemos que alivia
El peso abrumador que nos oprime
Algo consolador, grande y sublime;
Algo que nos eleva
Del lodazal de míseras pasiones,
Y á contemplar nos lleva
Del mundo en la remota lontananza
Una vida de gloria y de esperanza.
Porque el génio redime
Al que del mundo para siempre es ido,
Del peso de la muerte y del olvido.

No acabar, extinguiendo
Con un soplo fugaz lo que el espíritu
Está en la vida sin cesar buscando:
No vivir vegetando
Para yacer despues siempre muriendo,
Es el triunfo mayor de nuestro anhelo,
Es conquistar desde la tierra el cielo...

¡Cervantes inmortal, mártir sublime!
De España los dolores,
Y de émulos bastardos los rencores
Despertaron en tu alma la amargura:
Pediste pan dentro el hogar vacío,
Y sólo el hambre ¡ay Dios, llamó á tu puer
Cuando el alma tenías,
Para dar gloria á España
De par en par abierta!..

No hubiste pan, y altares merecías,
Lloraste y hoy te llora el mundo entero;

La risa con que tú te extremecías
Resuena en nuestros dias
Como un eco de gloria placentero.
Hondos fueron tus males
Viviendo en el olvido,
Y al escribir con lágrimas de sangre
Tu Quijote inmortal, legaste al mundo
En tu dolor profundo,
Tu época retratada
En tu tremenda y ronca carcajada.
Es que el génio inmortal que al mundo vino
Tocado tu alma había,
Y en medio á los vaivenes del destino,
Tú, soldado, ya pobre, ya doliente,
Brillaba ya sobre tu noble frente
Láuro eternal que el mundo envidiaría.

Tu tránsito acabó: y en tu postrera
Terrible noche, de vivir cansado,
Y solo y triste, *¡adios!* dijiste al mundo
En brazos de tu pobre compañera,
Transida el alma de dolor profundo,

Y acaso ya sabias,
Cuando llegar sentías
Brisa de eternidad, que á los oidos
Del moribundo zumba,
Que aunque la indiferencia y el olvido
Perdieran hasta el rastro de tu tumba.
El admirable libro que escribías
Iba á robar sus sombras á la muerte,
Iba á rasgar los velos del olvido,

Y leyéndolo el mundo en nuestros dias
De muy distinta suerte,
De su loco entusiasmo en los excesos
Iba á entonar sentidas gemonías
Por no tener ni el polvo de tus huesos.
Tu tránsito pasó sobre la tierra,
Pasó del tiempo la doliente saña,
El dolo, el llanto y el dolor que aterra,
Para luégo nacer gloria de España,
Para luégo vivir con las edades
La vida de los siglos en la historia,
La vida de los génios en la altura,
Para sentir honrada tu memoria
Cuanto fué desdeñada tu amargura.
El triunfo es tuyo, á tu mansion de gloria
Llegue el himno elevado en tus altares;
Y en tu descanso augusto,
De la posteridad que te comprende
Oigas el fallo justo,
Pues supiste ¡oh ingénio sin segundo!
Con sólo un libro cautivar al mundo.

Covarrubias (Juan Diaz)[1]

FRAGMENTOS

.....
.....

¡Ay del triste que vió desvanecerse
La ilusion que soñaba su esperanza,
Quiso tocarla y la miró perderse
En las brumas de oscura lontananza!

Triste de aquel que su brillante gloria
Juguete vió del fugitivo viento,
Y contempla un martirio en su memoria
Y un torcedor su mismo pensamiento.

1) Cuando Juan Diaz Covarrubias iba á recibir el título de Doctor en Medicina, fué fusilado con otros jóvenes liberales el 11 de Abril de 1859 en la villa de Yacubaya (México) por haber prestado sus auxilios á los defensores de sus ideas. Por tan triste muerte, se le da el nombre de Mártir.

Triste de aquel que vive en el pasado
Mirando en su pesar desvanecida
La ilusion del amor, manto gastado
Que engalana la mómia de la vida.

Triste de aquel que en su marchito seno
Sintió llevar el cáncer de la duda,
Bebiendo gota á gota ese veneno
Que le dejó la realidad desnuda.

Era su vida flor que se mecía
Al suave arrullo de la brisa ufana;
De esa que fuera tan brillante un dia
Ni hojas siquiera quedarán mañana....

Mas oye corazon, basta de llanto,
Guarda la hiel de tu dolor profundo,
Que la queja letal de tu quebranto,
Ni la comprende ni la escucha el mundo.

¿No sabes que las quejas que se lanzan
En medio de la noche silenciosa,
Nunca otro seno á conmover alcanzan
Y se pierden en la aura vagarosa?

Lo sabes, corazon; forja otra historia
Sin las gratas venturas que he sentido:
Yo no quiero esperanzas, ni memoria,
Yo no quiero recuerdos, ¡quiero olvido!

Dominguez (Ricardo)

CAMBIOS

Todo cambia en el mundo, ayer estaba
Ese lirio en boton,
Esas nubes que vagan en ocaso
En la cuna del sol.
Esas tiernas, inquietas golondrinas,
En las olas del mar,
Tu pensamiento en el recuerdo mio,
(Porque al fin nos supimos adorar.)

Y ahora, niña, ahora, el blanco lirio
Deshojándose está;
Las nubes del oriente en el ocaso,
La golondrina en mi desierto hogar.
Tu pensamiento en la brillante idea
De otra nueva pasion;
Tú alegre y satisfecha y venturosa,
¡Y aislado y triste', y sin consuelo yo!

Á ELLA

—

Por más que sueñes que soy felice,
Por más que tu alma pura y hermosa
Se afane en verme bajo ese prisma,
Tengo unas penas que me devoran,
Lloro si canto, lloro si rio,
Y vivo triste, como la tórtola,
Porque es mi vida negra y sombría,
Negra, muy negra, triste y odiosa,
Como los tédios
Que me acongojan,
Como la tumba,
Como la sombra.

Tú en cambio, niña, vives contenta,
Siempre tranquila, siempre dichosa,
Como en la cuna jugando el niño,
Como en los campos las mariposas,

Como en el cielo la blanca estrella,
Como en las nubes la inquieta alondra,
¿Por qué tu vida no es cual la mia?
¿Por qué es alegre, rica y hermosa,
Como la dicha,
Como la aurora,
Como el aplauso,
Como la gloria?

Echaiz (Jesus)

GALILEO

En un rincon de su prision oscura,
Callado el génio, de dolor suspira,
Ante un fantasma que delante mira,
De torva faz y negra vestidura.

Es el inquisidor que grita: —¡Abjura!
Renuncia de tu herética mentira,
Di que la tierra está....— La tierra gira,
Le contestaba el sábio con dulzura.

Airada planta hiere el pavimento,
Y por oscuro callejon torcido
Asoman el verdugo y el tormento.

Al punto triunfa la ignorancia aleve
Y exclama el sábio triste y abatido:
— Y sin embargo, siento que se mueve.

Espino (Rosa) [1]

EL ALBA

(EN LA SIERRA)

Ya amanece, el horizonte
Dibuja tendida faja,
Orla del manto nocturno,
Diadema de la alborada.
En Oriente las estrellas
Palidecen y se apagan,
Y sopla el viento más frio
Anunciando la mañana.
Entre la sombra que cubre
Las espesas enramadas,
Trinan los *madrugadores*,
Y sus aromas exhalan

(1) Este nombre es el pseudónimo de un distinguidísimo literato mexicano, que figura tambien en otro lugar de este libro.
Dicho escritor ha conquistado inmarcesibles láuros como poeta, militar, jurisconsulto y periodista festivo.

El *oyamel* y el *ocote*,
Los cedros y las lianas.
En los *ranchos* silenciosos
Alegres los gallos cantan,
Que ya ilumina el paisaje
Incierta la luz del alba.
Ya sube desde los prados
El tañer de la campana,
Y el valido de la oveja
Y el mugido de las vacas.
Cruzan de tordos parleros
Negras revueltas parvadas,
Que descienden de los bosques
Sobre la fresca labranza.
Divísanse los senderos
Que suben por la montaña,
Relucientes y sembrados
De pura y brillante escarcha.
De azul se tiñen los cielos,
Las nubecillas de grana,
Ostentando la llanura
Sus alfombras de esmeralda.
Los vapores de la noche
Huyen como nube blanca,
Hasta posarse en las crestas
O morir entre las ramas.
Despiden los *jacalitos*
Columnas de humo azuladas,
Y el canto de los *rancheros*
Que al trabajo se preparan,
Se mezcla confusamente
Con ese rumor que se alza

Cuando despues de la aurora
Vivífico el sol derrama
Sobre el mundo que despierta
Su luz esplendente y clara.

EL MEDIO DIA

(EN LA COSTA)

Radiante el sol meridiano
Lanza torrentes de fuego,
Y sus ondas luminosas
Aduermen el manso viento.
De aquella calma profunda
Sólo interrumpe el silencio
El ronco mar que sus aguas
Azota estruendoso y fiero,
De los apartados morros
Contra los peñascos negros
Que ya se cubren de espuma
Y ya aparecen enhiestos.
Ni un barco sobre las olas,
Ni una nube sobre el cielo:
Parece el cielo un abismo,
Parece el mar un desierto.
Lánguidas cuelgan las hojas
Del altivo cocotero,
Lánguidas flotan las palmas
Del *cayaco* gigantesco;

Fuego circula en el aire
Y el azul del firmamento,
Como de flotantes llamas
Envuelve rojizo velo;
Sobre las ondas del rio
Se inclina el mangle soberbio,
Y buscando grata sombra
Calla el *zanate* parlero.
Al abrigo de la yerba
Los esmaltados insectos
Enmudecen, respetando
El silencioso misterio.
Duerme la verdosa iguana
Sobre un tronco de árbol seco,
Duerme el caiman perezoso
A la orilla del estero.
Los loros y guacamayas
Se agrupan bajo los cedros,
Inmóviles mientras sopla
El terral húmedo y fresco.
Huye el *guaco* á la cañada
Y el tigre con paso incierto
Sigue el rumor del arroyo
Que sale á buscar sediento.
.....
Terrible es aquella calma,
Pavoroso aquel silencio
Que sólo el mar interrumpe
Con su monótono extruendo.

LA TARDE

(EN EL VALLE DE MÉXICO)

Está moribundo el dia
Y el sol poniente colora
Las nieves del *Ixtasihuatl*
Con los tintes de la rosa.
En un cielo de turquesa
Ligeros crespones flotan,
Nubes de púrpura y grana
Que oro mienten con sus orlas.
Sobre los tendidos lagos
Las brisas murmuradoras
Van recogiendo el perfume
De las frescas amapolas.
Del mirto y del *cempazochil*,
De las clavellinas rojas,
Del *cacomite* atigrado,
De la azucena olorosa.
En grato vaiven se agitan
Los *tulares*, si les toca
El aliento de la tarde

Que va impregnado de aromas.
Las flores en las *chinampas*
Inclinan ya sus corolas
Y el girasol languidece
De la tarde con la sombra.
Forman alegre concierto
Los gorriones, en las hojas
De fresnos y *capulines*
En cuyas ramas se posan.
El vuelo tienden las garzas
Buscando la selva umbrosa,
Y al abrigo de las trojes
Retíranse las palomas.
Se oye el rumor á lo léjos
De las reses mugidoras
Que llegan á los establos
Ó á los potreros retornan.
Por el lago trasparente
Cruzan pesadas canoas
Ó *chalupas*, que ligeras
Mueven apenas las olas.
Sembrado se mira el valle
De haciendas, pueblos y chozas,
Y en medio de ese conjunto,
México, que se corona
Con cien torres que reflejan
Esa luz que, seductora,
Las nieblas del *Ixtasihuatl*
Tiñen de carmin y rosa.

LA NOCHE

(EN LA MONTAÑA)

La noche envuelve la tierra
Con sus negros pabellones,
Y en el espacio infinito
Brillan miriadas de soles.
Espléndida se levanta
La luna en el horizonte,
Y vaporosos celajes
Sus blancas luces recogen.
No es la imágen de la muerte
Dentro las selvas la noche,
Que se alzan por todas partes
Dulces y extraños rumores.
El eco de los torrentes
Viene de lejano bosque.
Mientras al brillar la luna
Cantan, sin saberse en dónde,
Pájaros desconocidos,
Desconocidas canciones.
Se oye crugir la maleza

Y luego el pesado roce
De los tigres que en la loma
Cruzan *pujando* feroces.
Ahuyan en las cabañas
Los lobos y los *coyotes*
Y brillan entre la yerba
Mil insectos zumbadores,
Que como estrellas perdidas,
Fosforescentes, velóces,
Tan pronto surcan la tierra
Como en las hojas se esconden
De los árboles soberbios
En que cantan sus amores
Los gilgueros en las tardes
Y en la aurora los *sinsontes*.
Una ráfaga de viento
Llega rápida y se oye
Crugir el añoso tronco,
Y sordo luego, recorre
Aquel rumor misterioso
La vírgen selva, y entónces
Se interrumpen de repente
Todos los otros rumores,
Porque el ángel de las sombras
Cruzando va por el bosque.

UN RECUERDO

Es un recuerdo dulce pero triste
De mi temprana edad;
Mi madre me llevaba de la mano
Por la orilla del mar.

Alzábanse las sombras de la tarde
Como pardo cendal,
Y á gritar comenzaba en la cañada
El huaco pertinaz.

Cantaban las tropiales en el bosque
Con dulce suavidad,
Los penachos del mangle caballero
Agitaba el terral,

Y de la balsa entre los verdes musgos
Se adormecia el caiman,
Y bajaban los peces á sus nidos
De concha y de coral.

Zumbaban los insectos en el bosque
En su contínuo afan,
Y en medio á los rumores, dominando
Los tumbos de la mar.

Mas de improviso atravesando el viento
Escuchóse fugaz
De las campanas de la aldea vecina
Tañido funeral.

Detúvose mi madre y en silencio
La contemplé rezar,
Y de llanto llenáronse sus ojos
Y se inmutó su faz.

—¿Por qué lloras, mi madre? la decia
Con dulce ingenuidad,
Y ella me contestó dándome un beso:
—Es preciso llorar.

Que con lúgubre toque las campanas
Anunciándome están
Que un hombre, como todos, de esta vida
Pasó á la eternidad.

—¿Y tú te has de morir? la dije entónces,
¿Tu amor me faltará?
Y ella sin contestar no más lloraba
Y yo lloraba más.

Sobre su seno recliné mi rostro
Y ella con dulce afan

Enjugando mis lágrimas decia:
—Vamos, ya está, ya está.

Pocos años despues perdí á mi madre:
No ceso de llorar
Y en sueños la contemplo cada dia;
Del cielo viene ya.

Llega y se acerca hasta tocar mi frente
Su rostro celestial,
Y con acento tierno me repite
—Vamos, ya está, yá está.

LOS DOS ESPÍRITUS

—Adios, adios — al espirar decia
Un amante infeliz; y ella en su duelo,
—Jamás te olvidaré, le repetia,
Pronto nos uniremos en el cielo.—

Murió el amante, y luégo cariñoso
Su espíritu volvió... mas con tristura
Mirando roto el vínculo amoroso
Lanzó un suspiro y se tornó á la altura.

Murió tambien la ingrata, y desolado
Su espíritu buscaba al de su amante...
No le encontró jamás, y atormentado
Su espíritu viajó solo y errante.

¡Ay de aquella alma que al amante muerto
Sepulta entre el olvido más profundo!
Más allá de la vida hay un desierto,
Castigo del olvido en este mundo.

HIDALGO

(FRAGMENTO DE UN CANTO)

.....
.....

Oh! cuántas veces
Cuando la luz del moribundo dia
Bañando el horizonte
Los pálidos celajes encendia,
Y la sombra ligera
Del apartado monte
Iba triste ganando la pradera,
Y el rumor de la tarde se apagaba,
Y sólo entre la yerba se escuchaba
Del insecto perdido
El ténue y melancólico zumbido,
La soledad y la quietud buscando,
Triste y absorto en su pesar profundo,
Atravesando el rústico sendero
Sin recordar al mundo,
Guiaba sus pasos al tranquilo otero.

Ni bastaba á sacarle
Del éxtasis que entónces le embargaba
El saludo de humilde peregrino,
Ni el canto de los rudos labradores,
Ni el respetuoso adios que en su camino
Le daban los pastores,
Ni las últimas notas que suaves
Al despedir al sol lanzan las aves.

Sentado en una peña, ó sobre el tronco
Del árbol derribado,
Apoyada la barba sobre el pecho
Y en piélago insondable de confusos
Y grandes pensamientos, abismado,
Cavando, sin sentirlo,
Con el baston la removida tierra,
Se agrupaban en su alma generosa
Las imágenes fieles de la guerra.
Parecíale oir entre las sombras
El eco de los bélicos clarines,
Y alzarse ante su vista
Por mágicos conjuros evocada,
La sangrienta batalla encarnizada;
Y escuchaba el cargar de los pesados
Y fieros escuadrones,
Y los fuegos cerrados,
Y los gritos de indómitos soldados,
Y fuertes batallones
Cruzando la extension de la llanura
Entre la nube oscura
De humo y polvo que se alza del combate;
El terror infundiendo los cañones

Entre torrentes de rojiza llama
Vomitar con estruendo
Un huracan de bronce, que bramando,
Va el exterminio por do quier sembrando,
Y la confusa y ronca gritería,
Y ayes, maldiciones y gemidos,
Y pesada rodar la artillería,
Y confusos ruidos
En rumor espantoso confundidos.

Más el combate dura y más se empeña;
Abre HIDALGO los ojos con espanto,
Y es que duda si sueña
O si es la realidad; mas el encanto
Disipa de repente
Desde la aldea cercana
El pausado tañir de una campana.
Se deshacen ligeras
Las imágenes todas del combate,
É incierta entre el dolor y la alegría
Aquella alma, por fin, vuelve á la tierra
Meditando si en esa profecía
Que muestra el porvenir en lontananza,
Se encierra el desengaño ó la esperanza.

.....
.....

Fernandez (José)

EN LA MUERTE DEL GENERAL ZARAGOZA

Pálida está la frente
Que con divino rayo
De luz brillante circundó la gloria,
Al alumbrar su espléndida victoria
El quinto sol del memorando Mayo;
Apagada la ardiente
Eléctrica mirada,
Que al enemigo de terror cubriera,
Que cual vivo relámpago luciera
Para anunciar el rayo de su espada.
Está ya el lábio mudo
Que, apenas se movia,
Agitaba terribles batallones,
Jinetes y corceles y cañones,
Y mandaba vencer, y se vencia;
Yerto el brazo nervudo,
Nunca al afan rendido,

Asolacion del galo aventurero,
Y, al envainar el victorioso acero,
Noble sosten y amparo del vencido.
Inmóvil yace, inerte,
Dentro del pecho frio,
El corazon en el valor templado,
De capitan y de último soldado,
Noble modelo de constancia y brío.
¡Duerme ya el hombre fuerte
En eterno letargo,
El hijo que á su patria dar debia
Con su victoria el más glorioso dia,
Con su temprana muerte el más amargo!
Hoy el galo se goza,
De vergüenza desnudo,
Viendo que el rostro nos volvió la suerte,
Viendo que aleve derribó la muerte
Al que vencer su ejército no pudo.
« No existe Zaragoza.
Inerme está la diestra
Que en ócio vergonzoso nos mantiene.
Ya murió el vencedor, ¿quién nos detiene?
¡A combatir, que la victoria es nuestra!»
« Las águilas augustas,
Que ya han tendido el vuelo,
Victoriosas do quiera en la pelea,
En África, y en Asia y en Crimea,
En Magenta, Pallestro y Montebello,
« Agitarán robustas
Sus alas majestuosas,
Y, atravesando ráudas el espacio,
Irán á reposar en el palacio

En que tú, bella México, reposas. »
« Allí, en cercano dia,
De Luis soldados fieles,
De oro, de gloria y de placeros llenos,
Reclinaremos en hermosos senos
Nuestras frentes cubiertas de laureles. »
Así con burla impía
Los invasores claman;
Y, al escuchar su risa mofadora,
Olvido este pesar que me devora,
Y la venganza y el valor me inflaman.
Lloremos, mexicanos,
Mas breve el llanto sea,
Y dejemos el llanto por la espada,
¡Ay! para que de Francia la mirada
Estas acerbas lágrimas no vea.
Juntemos nuestras manos
En la tumba que encierra
Los venerandos restos del guerrero,
Y pronunciando nuestro adios postrero,
Sólo se oigan despues gritos de guerra.
¡Guerra, sí, pátria mia!
¡Guerra por tus montañas,
Guerra por tus inmensas soledades,
Guerra por tus caminos y ciudades,
Guerra en los templos, guerra en las cabañas!
Tiempo sobrará un dia
De llorar al que muera;
El soldado inmortal que tú perdiste
Y con su grande espíritu te asiste,
No quiere llanto ya: triunfos espera.

Flores (Manuel M.)

PASION

Háblame!.. que tu voz, eco del cielo,
Sobre la tierra por do quier me siga...
Con tal de oir tu voz nada me importa
Que el desden en tu lábio me maldiga.
Mírame... Tus miradas me quemaron
Y tengo sed de ese mirar eterno;
Por ver tus ojos, que se abrase mi alma
De esa mirada en el celeste infierno.
Ámame!... Nada soy; pero tu diestra
Sobre mi frente pálida un instante,
Puede hacer del esclavo arrodillado
El hombre rey de corazon gigante.

Tu pasas... y la tierra voluptuosa
Se extremece de amor bajo tus huellas,

Se entibia el aire, se perfuma el prado
Y se inclinan á verte las estrellas.
Quisiera ser la sombra de la noche
Para verte dormir sola y tranquila,
Y luégo ser la aurora, y despertarte
Con un beso de luz en la pupila.
Soy tuyo, me posees; un solo átomo
No hay en mi sér que para tí no sea;
Dentro mi corazon eres latido
Y dentro mi cerebro eres idea.

¡Oh! por mirar tu frente pensativa
Y pálido de amores tu semblante,
Por sentir el aliento de tu boca
Mi árido lábio acariciar jadeante;
Por estrechar tus manos virginales
Sobre mi corazon, yo de rodillas;
Y devorar con mis tremantes besos
Lágrimas de pasion en tus mejillas;
Yo te diera... no sé... no tengo nada;
(El poeta es mendigo de la tierra)
¡Toda la sangre que en mis venas arde!
¡Todo lo grande que mi mente encierra!

Mas no soy para tí. Si entre tus brazos
La suerte loca me arrojára un dia,
Al terrible contacto de tus lábios,
Tal vez mi corazon se rompería!
Nunca será... Para mi negra vida
La inmensa dicha del amor no existe...
Sólo nací para llevar en mi alma
Todo lo que hay de tempestuoso y triste.

Y quisiera morir... ¡Pero en tus brazos,
Con la embriaguez de la pasion más loca,
Y la luz de mi vida se apagára
Al soplo de los besos de tu boca.

AUSENCIA

¡Quién me diera tomar tus manos blancas
Para apretarme el corazon con ellas,
Y beber con tus lágrimas preciosas
La casta luz de tus pupilas bellas!

¡Quién me diera sentir sobre mi pecho
Reclinada tu espléndida cabeza,
Recogiendo en el alma tus suspiros,
Tus suspiros de amor y de tristeza!

¡Quién me diera posar un solo instante
Mi cariñoso lábio en tus cabellos,
Y así pudiera mi alma enamorada
Besar tu frente resbalando en ellos!

¡Quién me diera robar un solo rayo
De aquella luz de tu mirar en calma,
Para tener al separarnos luégo
Con qué alumbrar la soledad del alma!

Oh! quién me diera ser tu misma sombra,
El mismo ambiente que tu rostro baña,
Y por besar tus ojos celestiales
La lágrima que tiembla en tu pestaña!

Y ser un corazon todo alegría,
Nido de luz y de divinas flores
En que durmiese tu alma de paloma
El sueño virginal de sus amores!

Mas nada soy... Y solo, en mi tristeza,
Tengo ceñido el corazon de abrojos...
¿Cuándo esta noche de la negra ausencia
Disipará la aurora de tus ojos?

UN BESO NADA MAS

Bésame con el beso de tu boca,
Cariñosa mitad del alma mia;
Un solo beso el corazon invoca,
Que la dicha de dos... me mataria.

¡Un beso nada más!.. Ya su perfume
En mi alma derramándose, la embriaga,
Y mi alma por tu beso se consume
Y por mis lábios impaciente vaga.

¡Júntese con la tuya!.. Ya no puedo
Léjos tenerla de tus lábios rojos...
¡Pronto!.. ¡dáme tus lábios!.. ¡tengo miedo
De ver tan cerca tus divinos ojos!

Hay un cielo, mujer, en tus abrazos;
Siento de dicha el corazon opreso...
¡Oh! sosténme en la vida de tus brazos
Para que no me mates con tu beso!

ADORACION

Como al ara de Dios llega el creyente,
Trémulo el lábio al exhalar el ruego,
Turbado el corazon, baja la frente,
Así mujer á tu presencia llego.

¡No de mí apartes tus divinos ojos!
Pálida está mi frente de dolores;
¿Para qué castigar con tus enojos
Al que es tan infeliz con tus amores?

Soy un esclavo que á tus piés se humilla
Y suplicante tu piedad reclama,
Que con las manos juntas se arrodilla
Para decir con miedo... que te ama!

¡Te ama! Y el alma que el amor bendice,
Tiembla al sentirle como débil hoja.
¡Te ama! y el corazon cuando lo dice
En yo no sé qué lágrimas se moja.

¡Perdóname este amor! A mí ha venido
Como la luz á la pupila abierta,
Como viene la música al oido,
Como la vida á la esperanza muerta.

Fué una chispa de tu alma desprendida
En el beso de luz de tu mirada,
Que al abrasar mi corazon en vida
Dejó mi alma á la tuya desposada.

Y este amor es el aire que respiro,
Ilusion imposible que atesoro,
Inefable palabra que suspiro
Y dulcísima lágrima que lloro.

Es el ángel espléndido y risueño
Que con sus alas en mi frente toca,
Y que deja — ¡perdóname, es un sueño! -
El beso de los cielos en mi boca.

Mujer, mujer... mi corazon de fuego
De amor no sabe la palabra santa,
Pero palpita en el supremo ruego
Que vengo á sollozar ante tu planta.

¿No sabes que por sólo las delicias
De oir el canto que tu voz encierra,
Cambiara yo, dichoso, las caricias
De todas las mujeres de la tierra?

¿Que por seguir tu sombra, mi María,
Sellando el lábio á la importuna queja,

De lágrimas y besos cubriría
La leve huella que tu planta deja?

¿Que por oir en cariñoso acento
Mi pobre nombre entre tus lábios rojos,
Para escucharte detendré mi aliento
Para mirarte me pondré de hinojos?

¿Que por sentir en mi dichosa frente
Tu dulce lábio con pasion impreso,
Te diera yo, con mi vivir presente,
Toda mi eternidad.... por solo un beso?

. . . . . .

Pero si tanto amor, delirio tanto,
Tanta ternura ante mis piés traida,
Empapada con gotas de mi llanto,
Formada con la esencia de mi vida;

Si este grito de amor, íntimo, ardiente,
No llega á tí.... si mi pasion es loca,
Perdona los delirios de mi mente,
Perdona las palabras de mi boca.

Y ya no más mi ruego sollozante
Irá á turbar tu indiferente calma.....
Pero mi amor hasta el postrer instante
Te daré con las lágrimas del alma.

MI SUEÑO

Anoche tuve un sueño. Al pié de negra palma
Estaba yo sentado. La sombra me envolvía.
La soledad inmensa entristecia mi alma
Un ruiseñor cantaba.... Mi corazon oia:

— «Yo canto cuando abren,
Jazmines de la noche,
Las pálidas estrellas
Su luminoso broche:
A la hora en que se llaman
Los séres que se aman.
Yo soy entre la sombra
Heraldo del amor.» —

Despues meció el follaje de la siniestra palma
Del viento de la selva la ráfaga sombría;

Algo como un suspiro tristísimo del alma
Alzóse sollozante.... Mi corazon oia:

— «Yo soy el alma errante
Que en las tinieblas giro,
Por recojer del hombre
El tétrico suspiro.
Yo bebo en las corolas
Las lágrimas que á solas
En hondo desamparo
Derrama el corazon.» —

La noche era muy negra.. Las hojas de la palma
De súbito temblaron... Y vi que descendia
Algo como la sombra del ángel de mi alma;
Hablaba en las tinieblas.... mi corazon oia:

— «Hombre de los dolores,
Yo traigo desde el cielo
Palabras inefables
De paz y de consuelo.
Herido de tristeza
Inclinas la cabeza,
¿Acaso no conoces
La vida del amor?»...

— Qué tú eres la Esperanza?
— «Yo doy las ilusiones.»
— ¿Eres amor acaso? ¿La dicha ya perdida?
— « Soy luz en la que encienden su fé los corazones,
»Y rosa que perfuma la copa de la vida.
»Quizá del cielo traje la voz de los amores,

»Y me enseñó la dicha los himnos del placer.
»Encanto la existencia, ahuyento los dolores
»Y soy alma del alma..... me llamo la Mujer.» —

Y de la oscura noche iluminóse el velo,
Gimió de amor el bosque, la palma retembló,
Y la vision divina perdiéndose en el cielo
Con sus ardientes besos mi frente acarició.

Á MEDIA NOCHE

Ne frappe-t-on pas á ma porte?
.....
Dieu puíssant! tant mon corps frissonne.
Qui vient? qui m' apelle? — Personne.

A. DE MUSSET.

Era la noche; y en mi estancia lóbrega
Crecía la oscuridad,
Chisporroteaba pálida mi lámpara
Agonizando ya,
Y derramaban sus reflejos lívidos
Siniestra claridad.
Afuera el viento mis ventanas, áspero,
Hacia rechinar;
Azotaba cayendo con estrépito
La lluvia mi cristal,
Y al rasgar con su espada de relámpago
El caos la tempestad,
Inmenso grito de dolor y cólera
Del cielo herido ya,
Ronco rodaba por el ancha bóveda

El trueno funeral,
Y temblaba la tierra y más horrísono
Bramaba el huracan.

Yo estaba solo y en mi estancia lóbrega
Crecía la oscuridad.
Al fulgor instantáneo del relámpago
En rápido zig-zag,
Figuras mil en los oscuros ángulos
Parecian asomar,
Y por el muro en escuadron fantástico,
En enjambre fugaz,
Sombras, bosquejos y perfiles rápidos
De contorno infernal,
Caras terribles y á la par ridículas
Miraba yo pasar.

Sonaron doce campanadas lúgubres
Y la última al vibrar,
En silencio y de súbito mi lámpara
Apagóse...
—¿Quién vá?...
¿Quién á estas horas á mi puerta, tímido,
Así puede llamar?
Nadie... Es el viento que empujó colérico
Las puertas al pasar.
Mas ¿quién se queja?... Qué lamento tétrico
Es ese, funeral?
Parece que del seno de algun féretro
Ha venido ese ay...
Nadie.... Es el viento que en sus alas rápidas
Trajo un eco.... No más.

No llueve yá. Desenfrenada y prófuga
La tormenta allá vá.
Y entre los rotos nubarrones lóbregos
La luna al asomar,
Tiene yo no sé qué de cadavérico,
De torvo y espectral;
Como de un muerto la pupila hórrida
Su disco... Mas ¿quién vá?
He visto la cortina de aquel ángulo
A alguno levantar...
Oigo un paso ligero, suave, rápido...
¿Quién es?.... quién llega?.... ¡Ah!...

Inmóvil, negro, pavoroso, fúnebre,
Sentado en un sitial,
Un bulto informe, junto á mí, fatídico,
Está en la oscuridad.
Quiero gritar... mas mi garganta anúdase
Y no puedo gritar,
Tiembla mi carne, y llénase mi espíritu
De pánico mortal....

La sombra, negra en la tiniebla, fúnebre
En el sitial está;
Nada de humano, sin figura, tétrica,
Sin cortorno ni faz,
Sin ojos... pero yo siento fatídica
Su mirada espectral
Helada y pavorosa hasta la médula
De mis huesos entrar...
Quién eres? — digo, con la lengua trémula —
¿Quién eres, por piedad?...

Y se cambia la sombra en una lívida
Y vaga claridad.
Es una forma de mujer angélica
Pero difunta ya
Y veo un rostro de vírgen... ya muy pálido
Tras un velo nupcial;
Y la conozco... y mis miradas ávidas
Devorándola están;
Cuando los muertos y cerrados párpados
Comenzó á levantar...
Un soplo helado pasa por mi espíritu
Y ya no supe más...

.....
.....
.....
.....

El blanco rayo de la aurora fúlgido
Me encontró al despertar
Arrodillado, y con la frente pálida
Caida en el sitial.
Y murmurando con los lábios trémulos
El nombre celestial
De aquella mártir de mi amor, dulcísima,
Que ha tanto tiempo ¡ay!
A la sombra del sáuce melancólica
Durmiendo el sueño de la muerte está.

Gallardo (Aurelio Luis)

TEXCOCO

Junto de un lago que su nombre lleva,
De márgenes de esbeltos carrizales,
Esa ciudad se eleva
Cual dormida paloma entre rosales.

¡Oh ciudad! de tu gloria y poderío,
De tu grandeza y esplendor sagrado,
Sólo eres turbio rio,
Fábula ó tradicion de lo pasado!

Tus caciques conservan tus anales,
Grandes tesoros guardas en tu seno,
Y riegan tus canales
Las sementeras de tu valle ameno.

Las ondas de tu lago arrulladoras
Del bello mar, hermano del Chapala,

Rizadas y sonoras
Alzan plumajes de luciente gala.

Tus jardines esmaltan sus orillas,
Las verdes alamedas de tus valles.
¡Gentil Señora, brillas,
Con tus templos, tus plazas y tus calles!

Favorita del Sol, bañarte puedes
Cuando la luna salga entre las ondas,
Y si á su amor accedes,
¡Quizá entre flores tu belleza escondas!

Algunos de tus grandes monumentos
Desmoronados por el polvo ruedan,
Y sólo cual portentos
Los panteones de tus reyes quedan.

Ya no tremola altiva en los espacios
La púrpura imperial de tus pendones,
Cayeron tus palacios...
Medra el musgo en sus viejos torreones.

De un pueblo heróico vasto mausoleo,
Estás en pié, magnífica Texcoco,
Expléndido museo
De corta fama y de valer no poco.

El rey Nezahualcoyolt ensayaba
En tu vergel sus cantos de poeta,
Y su lira sonaba
Como el arpa inmortal del rey profeta.

Magnánimo y valiente como sábio,
Rey poderoso como fuerte y bueno,
Cantó su noble lábio
Al dios del íris, como al dios del trueno.

Que él en medio de infanda idolatría
Con fé de mártir y razon pagana,
A un sér reconocía
Luz, alma y gloria de la estirpe humana.

Así en la Grecia, Sócrates severo
Al contemplar altísimas verdades,
Ante el Dios verdadero
Posternó á las olímpicas deidades...

¡Bella ciudad! paloma que tus alas
Extiendes sobre aljófares y espumas,
En tu belleza igualas
Al cielo en esplendor, al cisne en plumas.

Si el sol con luces de oro te salpica
Tu magnífico lago al recogerlas,
Pareces concha rica
Ostentando el Oriente de tus perlas.

¡Mientras que el sol septentrional te alumbra
Reberverando espléndido en tus linfas,
Mi cántico te encumbra
¡Tumba de reyes y mansion de ninfas!

Garza (Juan B.)

CITA

De este pensil al abrigo
Solos estamos los dos,
No tenemos más testigo
Que las estrellas y Dios.

Si de la noche la calma
Te ha negado su beleño,
Amor es sueño del alma,
Ven, niña, y tendrás un sueño.

Ven; mi pasion necesita
Para calmar sus desvelos,
Tener contigo una cita
Bajo el azul de los cielos.

Abandona el blanco lecho,
Y verás que dulce suena,
Cuánto habla de amor el pecho
En una noche serena.

Cada sollozo que brota
Del alma el laud bendito,
Será para tí una nota
Vibrando en el infinito.

Si quieres quede secreto
El amor de nuestras almas,
No será, niña, indiscreto
El tronco de estas dos palmas.

Ven; aquí de mi tristeza
Te hablaré, y de mis delirios,
Miéntras posas tu cabeza
Entre violetas y lirios.

Asi tendré la fortuna,
El goce nunca sentido,
De ver un rayo de luna
Sobre tu frente dormido.

No vaya á causarte agravios,
Ni mucho ménos enojos,
El escuchar de mis lábios
Lo que te han dicho mis ojos.

Ya es justo que el corazon
De hablar de su amor acabe,

Pues tan inmensa pasion
Dentro del pecho no cabe.

A platicar te convido
Bajo esta verde enramada,
Lo que platica en su nido
La tórtola enamorada.

Y el arrullo de tu acento
Me extremecerá de amor,
Como un suspiro del viento
Hace temblar á la flor.

Se pierden en lotananza
Poco á poco las estrellas,
Y siento que mi esperanza
Se va alejando con ellas.

.....

Sobre la montaña, el dia
Esparce ya su fulgor.....
¡Oh! ¡que lenta es la agonía
Del que se muere de amor!

Gomez Pergara (Joaquin)

MIS MONTAÑAS

Léjos estoy de mi pátria,
De mi pátria tan querida,
Y de mi abatida frente
La palidez enfermiza,
No vienen á refrescar
Sus embalsamadas brisas.
Montañas americanas,
¡Hermosas montañas mias!
En dónde canta el zentzontle
Y do el huitlacoche anida;
En cuyas ágrias pendientes,
De eterno verdor ceñidas,
El índio cuelga su choza
Cual nido de golondrinas;
En donde el hogar del pobre
Con alegre fuego brilla,

Que alimenta el liquidámbar
Con su aromosa resina,
Y del cedro y linaloe
Las maderas exquisitas.
¿Dónde están vuestros rumores
Y aquella dulce armonía
De las frondas apiñadas
Que el süave viento agita?
¿Dónde el salvaje mugido
Que los ecos repetian
Del espumoso torrente,
Que por gargantas sombrías,
Rodando de roca en roca,
Airado se precipita?
¡Ah! Si yo viera aquel valle
De espléndida perspectiva,
Con sus lagos trasparentes
En que los cielos se miran;
Con sus azules canales,
Con sus chinampas floridas,
Y su cerco de montañas
Que los pinares erizan;
Si yo viera un solo instante
Las siempre nevadas cimas
Del alto Popocatepetl
Y del gigante Ixtacihuatl,
¡Ay, como gozára mi alma!
¡Ay, cuánta fuera mi dicha!
Pero estoy léjos, muy léjos,
De aquella tierra bendita
Dónde las flores no mueren
Ni el helado cierzo silba;

Do el árbol no se despoja,
Y entre sus frondas abriga
Enjambres de colibríes
Que al volar rápidos brillan
Cual primorosa cascada
De luciente pedrería.
Allá es más azul el cielo,
Allá más hermosa brilla
La luna, y el sol ardiente
Benigno calor envia;
Allí al cansado viajero
Frescura y descanso brindan
El platanar rumoroso
Y las fuentes cristalinas;
Allí se meció mi cuna,
Allí mi madre querida
Me alimentaba á su seno
Y en sus brazos me adormía;
Allí pasé de mi infancia
Aquellas horas benditas
En que el alma no conoce
Los pesares de la vida;
Y allí de mis tiernos padres
Las veneradas cenizas
Duermen, bajo los rosales
Que sus rosas no marchitan.
¡Oásis del Nuevo Mundo!
¡Adorada pátria mia!
Quiera Dios que vuelva á verte,
Y que al acabar mi vida,
Exhale mi último aliento
Entre tus fragantes brisas,

Bajo tu estrellado cielo,
Y escuchando la armonía
De tus pájaros cantores
Que en tus arboledas trinan.
¡Montañas americanas!...
¡Hermosas montañas mias!...

Gutierrez Nájera (Manuel)

ACUÉRDATE DE MI

Pronto voy á perderte;
La hora del martirio se aproxima;
Ya se acerca mi muerte
Y del sepulcro mírase la sima.

Cortados están ya los azahares
Que deben coronar tu cabellera;
¡Ya preludia la iglesia sus cantares,
Y el tálamo te espera!

El velo de la vírgen desposada
Ceñirá presto tu gentil cabeza.....
Hay en tu pecho luces de alborada
Y en mi espíritu sombras de tristeza.

Allí el hogar te llama,
Allí te espera el anhelante esposo;
Los cirios centellean;
Del órgano el acento majestoso
Ya retiembla en la cúpula sagrada,
Y del cielo en la bóveda azulada
Los astros del hogar relampaguean.

Traspasa esos umbrales, vida mia,
Ciñe á tu frente la gentil corona,
Que aunque causas de mi alma la agonía
Es mi espíritu grande y.... ¡te perdona!
El trasparente velo
Que por tus hombros sonrosados baja,
Será muralla que me oculte el cielo
Y será de mi espíritu mortaja;
Mas ¿qué importa mi espíritu y mi vida?
¿Qué importa mi afanar y mi delirio?
¡Dame el puñal sangriento del suicida
Y prepara la hoguera del martirio!
Traspasa, sí, las puertas del santuario
Para tu amor abierto;
No te asombre ese toque funerario,
Que lloran las campanas por un muerto!

Mas oye: si mi frente no se abate
Del rayo del dolor al golpe rudo,
Si mi alma sólo muere en el combate
Y al llamamiento del deber acudo;
Si el puñal acerado del suicida
De mi mano convulsa la fé arranca,
Si aún para sufrir me queda vida

Y el llanto en mis pupilas aun se estanca,
Escúchame, mi bien: cuando á tu frente
Ciñas triunfante la nupcial corona,
Recuerda al triste trovador doliente
Que sufre, que te adora, ¡y te perdona!
Y piensa, si del templo traspasaste
El umbral, de la cruz en la presencia,
Que al entrar á ese templo destrozaste
Mi esperanza, mi amor y mi creencia!

Y si escuchas del órgano sonoro
La vibracion solemne y majestosa,
Que retumba en las bóvedas del coro
Y rueda por la nave misteriosa;
Piensa que allí solloza la elegía
De un corazon por el dolor transido;
Piensa que cada nota es un gemido
Que mi espíritu exhala en su agonía.

Cuando postrado al pié de los altares,
Y de rubor cubierto tu semblante,
Estreches en tu mano torneada
La sacrílega mano de tu amante;
Convierte, sí, tu célica mirada
Al ángulo de lóbrega capilla,
Y si ves como imágen evocada
Una sombra en el muro reclinada
Al fulgor de la lámpara amarilla;
Y si escuchas el rápido latido
De un corazon que de amargura estalla,
Y si llevan los vientos á tu oido
El sofocado y lúgubre alarido

De un sér que lucha en infernal batalla;
Piensa que tú engendraste su tormento,
Que conocer le hiciste la venganza,
Y apagando la luz del sentimiento,
Marchitando su noble pensamiento
En sepulcro trocaste su esperanza.
Recuerda que mi vida envenenaste,
Que en el abismo del dolor me hundiste
Y á perpétuo llorar me condenaste,
Y á maldecir del cielo me enseñaste,
Y mi alma en los infiernos sumergiste!

Hijar y Haro (Juan B.)

EN LA PLAYA DEL MAR

A MI DISTINGUIDO AMIGO RAMON MIRAVETE

¡ Junto á la negra tempestad del alma
Qué son las tempestades de ese mar!
AURELIO L. GALLARDO.

¡Silencio y soledad!.. ¡No hay un testigo
De mi acerbo sufrir!.. ¡Proscrito voy!
¡Oh, ven á consolarme, cielo amigo,
Que el bardo ausente de la pátria soy!

En el misterio de la noche bella
Que convida en su sombra á meditar
Vengo á decirte adios, pálida estrella,
Ahora que duerme sosegado el mar.

(1) El doctor D. Juan B. Hijar y Haro, reside en Madrid desde ce cinco años, desempeñando el cargo de primer secretario de la Le-zion de México en España.

En su inmenso cristal, límpido y terso
Miro á tu luz dormir la creacion:
Un templo es de tristeza el universo
Y el silencio del mundo una oracion.

El ala de la brisa pasajera
Del cielo corta el estrellado tul,
Y las ondas que bañan la ribera
Conchas arrojan de su seno azul.

De vez en cuando la marina foca
Presagia con su aullar la tempestad:
Abre el abismo su tremenda boca
Y en su seno se ve la eternidad.

No corta el horizonte ni una vela
Ni un faro en la extension se ve lucir:
Es la noche callada que revela
El misterio sin luz del porvenir.

Ni un ave, ni una sombra, ni un celaje
Colores dan al mágico pincel,
Ni miente en su espejismo el oleaje
De la vida el fantástico bajel.

Del piélago profundo en las arenas
Se agita el mar con lenta convulsion:
Le pesan de su sueño las cadenas;
Le falta el arrullar del aquilon.

Tendido y solitario, en lo infinito,
Es del mundo la losa sepulcral:

Su destino de muerte lleva escrito
En la frente el gigante universal.

Poco á poco las olas se levantan
Y rasgan de las sombras el capuz...
¡Las sirenas del mar, por qué no cantan
De la borrasca á la siniestra luz!

A sus grutas de conchas y corales
Huyen, tal vez, transidas de pavor,
Miéntras que yo entre rocas y arenales
Vago con mis recuerdos de dolor.

La costa se extremece, el viento brama;
El abismo retumba por do quier,
Y con penachos de verdosa llama
Los peñascos del mar se ven arder.

Desde el turbado, fondo las corrientes
Se levantan luchando con fragor,
Como crinadas y ásperas serpientes
Que enjendra, en las tinieblas, el pavor.

El cielo se oscurece y quedo á solas
Viendo las trombas en el ponto hervir,
Y levantarse cordilleras de olas
Del huracan al bárbaro rugir.

Zumba el áustro, y en ráfagas violentas
Entre las nubes y el abismo va...
¡Debajo de esa losa de tormentas
Cuántas tumbas, oh Diös, cuántas habrá!

Hiende el rayo la atmósfera sombría
Y en piélago sin fin se va á perder...
Envuelto estoy del orbe en la agonía
Y voy con cuanto existe á perecer.

¡Mas nada importa! Cumpliré mi suerte
En medio del naufragio universal:
Aquí tranquilo me hallará la muerte...
¡Hoy ó mañana para mí es igual!

Luchad, luchad furiosos elementos,
Que hermoso el mundo me parece así:
Tinieblas y relámpagos violentos,
Siempre al proscrito encontrareis aquí.

Cuando inflame en la rápida centella
Sus alas, tempestuoso, el aquilon,
Rompe las nubes, tú, cándida estrella,
Y escucha, allá en los cielos, mi oracion.

Más... todo torna á recobrar la calma;
Torna la blanda brisa á suspirar...
¡Junto á la negra tempestad del alma
Qué son las tempestades de ese mar!

RECUERDOS DEL HOGAR

Sobre mi hogar la muerte
Bate sus negras alas,
Y las lechuzas con siniestro augurio
En el vecino campanario graznan.

ANTONIO LUIS CARRION.

Pues lo quereis amiga, y el recuerdo
Es una flor que el corazon perfuma,
Escuchad una historia, aunque se pierda
De las viajeras olas en la espuma.

Tal vez así con mis suspiros vaya
Mecida en los escollos de los mares,
Feliz buscando la remota playa
Donde canté, con arpa entristecida,
Eterno adios á mis benditos lares,

.....

Yo era feliz; mas bárbara la suerte,
Con descarnada faz, llamó á mi puerta:

—¿Quién sois? le pregunté: — «Yo soy la muer
Respondióme al oido;
Y al volver hácia atrás la vista incierta,
Dejó en mis brazos á mi madre muerta.

Las flores se secaron en el huerto;
Los árboles perdieron su verdura;
De las pintadas aves
Enmudeció el concierto;
Y entre las ondas de la fuente pura
Corriendo ví, con lágrimas de sangre,
Gota á gota la hiel de mi amargura...

La ermita, el cocotero, el lago, el soto,
El árbol de la siesta, en el verano,
La roca del pastor, el puente roto,
La paloma que cruza por el llano,
Con profunda y mortal melancolía,
Todo «adios» me decía.

¡Qué horrible soledad la de ese mundo
De inanimados séres!...
¡Qué silencio tan hondo!
Al marcar el reloj cada segundo
Se hunde un siglo de llanto y de placeres
Allá en la eternidad sin luz ni fondo.

¡Cuán triste estaba el valle!
¡Cuán triste la alameda!
La solitaria calle
De palmas y cipreces... la sauceda
¡Cuán triste, oh Dios, cuán triste
Para el que sólo queda!

Bajé de una colina:
Visité su aposento
A la luz mortecina
De lámpara medrosa;
Me arrodillé un momento;
Besé su crucifijo,
Y dije con dolor: — Madre amorosa,
¿Quién regará de lágrimas tu losa
Si te deja en la tumba
Para siempre ¡gran Dios! tu propio hijo? —

De mi mansion querida
Cerré la puerta, que al Oriente daba,
Y llorando besé la cerradura,
¡Ay! porque allí dejaba
De cuanto amé en la vida
La piadosa y bendita sepultura...
Así apuré la copa del tormento
Y me alejé vagando á la ventura
En mi tordo ligero como el viento.

De innúmeras montañas
Dejé detrás las cumbres peñascosas
Al son del viento, que en flexibles cañas,
Añosas ceibas, y gigantes cedros
Desgarraba sus álas tempestuosas.
Llegué á la playa de los hondos mares
Y dije adios á mis paternos lares!

Un soberbio vapor, *El Siglo de Oro*,
Alzado sobre el mar como un palacio,
En el tranquilo puerto me esperaba,

Y haciendo rumbo en el marino espacio
A hender la inmensidad me convidaba.

Miré la costa, la empinada sierra,
Y el pátrio suelo, en lágrimas fecundo,
Porque los restos de mi madre encierra,
Porque dejaba, con dolor profundo,
Bajo el yerto sudario de la tierra
Su corazon tan grande como el mundo.

¡Hijo del infortunio y los pesares,
Al són de flautas de oro,
Adios, en triste y concertado coro,
Canté en el arpa á mis benditos lares!

El mar me recibió: sobre su espalda
De montañas hirvientes,
Tendió mi nave su vistosa falda
De ondas, espumas, conchas y corrientes.

En su lecho de abismos y de rocas
El gigante Pacífico dormía;
En las tinieblas de sus negras bocas
La eternidad tremenda se veía,
Y de su seno sin medida ni horas
Una tabla no más me dividia.

Allí pasé mis solitarias noches
Mecido en brazos de la instable suerte;
Y bogando y bogando, en mi abandono
Ni amé la vida ni llamé á la muerte...
¡Y atravesé los mares
Cantando adios á mis ausentes lares!

Era una madrugada;
La bruma entre oro y púrpura lucía
Como ilusion en sueño acariciada;
Y en el marino espejo,
Que en perlas y diamantes se partia,
La luz multiplicada
En cada ola retrataba un dia.

De gaviotas blanquísimas el cielo
Brillante se pobló como se puebla
La memoria de almas,
Que en cariñoso vuelo
Nos siguen en la sombra de la niebla.

—«¡Tierra!» gritaron todos, y al instante
Tronó el cañon que saludaba el puerto;
Y el espléndido sol, en el Levante,
Alumbró de concierto
La ciudad, las montañas y el desierto.

Tremoló el pabellon de las estrellas, (1)
Entre cien banderolas,
Que empavesaron con belleza suma
Al gigante vapor entre las olas,
Sobre los campos de nevada espuma...
¡Allá dejé los procelosos mares,
Y dije adios á mis ausentes lares!

(1) El Pabellon americano.

¡DESCANSA EN PAZ!

Una tumba, un recuerdo, algunas flores
Y un nombre... ¡el más querido!
Es lo que resta al huérfano en la tierra
Mientras baja á la tierra del olvido.
El mundo, la grandeza, la alegria...
¡Palabras sin sentido,
Borradas ya de la memoria mia:
Borradas para siempre,
Porque la flor de un sueño de esperanza
Que la muerte nos trunca
Dicen que no retoña nunca... nunca!

Yo lo sé por mi mal: hubo una hora
En que la luz en que encendí mi vida
Quise mirar, como se vé la aurora,
Y estaba ya extinguida.

Quise volverle su amorosa llama,
Con el beso arrancado á mi martirio,

Y herido el corazon, partido en trizas,
Aprendí en mi delirio
Que el soplo de la vida no se vuelve
A un monton de cenizas...
¡Mi padre ya no existe:
Es la única verdad... verdad muy triste!

Mi dicha, mi consuelo,
El bien que más amaba
Me dijo amante, al remontarse al cielo,
Que tranquilo en el cielo me esperaba.

Yo recuerdo aquel rostro, aquella frente
Que en áticos perfiles de alabastro
Reflejaba la luz indeficiente
Del sol del pensamiento como un astro.

Y aquel aire sereno
Que en las amargas pruebas del destino
Ostentaba ¡tan bueno!
Aunque fuera de espinas su camino:
¡Ay, siento el corazon al recordarlo
De amor y orgullo y bendiciones lleno!

El alto ejemplo de mi padre doma
La oscura inmensidad de mi tormento,
Cuando recuerdo que era
En el tranquilo hogar una paloma
Y en el peligro un águila en el viento.

Nunca llamó á su puerta el desgraciado
Sin que hallara en su mesa el pan bendito,

Que siempre dió su techo al desterrado
La paz, la libertad y la esperanza
Que busca en todas partes el proscrito.

Por eso al emprender su eterno vuelo
Ni una sombra anubló su frente pura:
Al abrirse á sus piés la sepultura
Abrió á sus ojos la esperanza el cielo:
¡Miró á sus hijos, se entregó á la suerte
Y se durmió en los brazos de la muerte!

Desde entónces ¡Dios mio,
Cuánto lloro por él, cuánto he llorado:
Si tuviera de lágrimas un rio
Ya se hubiera agotado:
Como el mundo sin él sigue vacío
Sigo hasta el fin en lágrimas bañado!

Quiero olvidarle á veces ¡qué demencia,
Cuando siento, en mi sér, su sér impreso!
¡Si esta que arrastro lánguida existencia
Nació de entre sus brazos en un beso!

Si pudiera olvidarle ¿qué seria
De la dicha que siento al recordarle?
¡Luchando entre recuerdos moriria
Sin poder olvidarle!

¡Ay! el pesar que al corazon embarga
Es saber, por mi mal, que ya no existe.
¡Dolorosa verdad, verdad amarga,
Más triste que la muerte, sí, más triste!

Yo ví espirar en angustioso dia
A mi amorosa madre,
Despues á la hija mia:
No le bastó á la suerte... ¡suerte impía!
Y me robó á mi padre!...

Desde entónces errante y sin consuelo
Exclamo, á solas, con dolor profundo:
¿Qué resta al corazon en tanto duelo?
¡Tres tumbas en el mundo!
¡Tres almas en el cielo!

Á UN LUCERO

Á MI INSPIRADO AMIGO MANUEL M. FLORI

¡Atrás, atrás magníficos salones,
Música, baile, cantos del festin;
Irritado huracan de las pasiones,
Dejadme solo delirar sin fin!

Dejadme delirar: busco el misterio,
El bosque, el templo, el solitario mar,
La calma del sepulcro, el cementerio,
La lámpara que alumbra en el altar.

¡Allá léjos de mí... quedad aparte
Sueños de amor y mundanal placer!
Génios del siglo espléndido en el arte
¿Dónde la dicha está de nuestro sér?

¿Dónde el secreto encanto del deseo
Que hace la gloria humana presentir?
¿Es un mundo que engendra el devaneo
Y que trasforma en humo el porvenir?

Vuelvan á mí los cándidos hechizos
De mis hermosas noches de ilusion,
Cuando de Laura en los sedosos rizos
Volaba enamorado el corazon.

Volvedme; pero... ¡qué!... ¡Bastardo empeño!
¿Quién vuelve la inocencia y la virtud?...
¡Sueño es la dicha, la esperanza sueño,
Sólo es verdad eterna el atahud!

Allí los aires con aplauso atruenan
Tal vez soñando la ventura hallar;
Allá las arpas de la fiesta suenan,
Aquí bramando se revuelca el mar

Suenan las arpas ¡ay! miéntras rebosa
En mi sediento lábio amarga hiel:
¡Música de tristeza dolorosa...
Para pintar tristezas no hay pincel!

Allí entre palmas, flores y banderas
Ostentan cien fanales su esplendor:
Allá en el campo azul de las esferas
Queda en silencio el astro de mi amor

Cuántas noches de Laura entre los brazos
Su luz tranquila resbalando ví,

Entre los dulces inocentes lazos
Que para siempre, por mi mal, rompí...

¡Oh, tú, blanco lucero de la aurora,
Tú que miras mi amargo padecer,
Ven y con sombras pálidas colora
El recuerdo infeliz de esa mujer!

Es verdad que la amaba: en desvario,
La dí como un pagano adoracion;
Siempre para el'a tuvo el lábio mio
Palabras de ternura y bendicion;

Mas vino á mí la realidad traidora
Y al viento dí, sin compasion, la fé...
¡Cuánto la dicha, oh Dios, cuánto se llora,
Cuánto se llora cuando ya se fué!

Si he de vivir así, muriendo sólo,
Si á Laura dije para siempre adios,
¡Porqué insensato la existencia inmolo
De un quimérico bien corriendo en pos!

En profundo abandono y desencanto
Siento mi vida lánguida correr:
El alma triste sumergida en llanto
Deja sus alas con dolor caer.

Pero hasta aquí: no quiero ya memorias
Que alegre el pecho torne á palpitar
El mundo es un serrallo y nuevas glorias
En cada seno volveré á encontrar.

Venid las que sabeis mentir amores,
Ceñid mi frente mústia de laurel;
Fácil asi resbalará entre flores
De la existencia el rápido bajel.

Dejad que hiera al viento conmovido
El eco ardiente de viril cancion:
Yo busco en vuestros brazos el olvido
De mi mortal verdugo, el corazon.

¡Qué importa el fallo del destino adverso,
Ni qué del mundo hipócrita el desden!
Al través de una copa, el universo
Es un templo de gloria, es un eden.

Dejadme, por piedad, en dulces lazos,
En vuestro seno férvido morir:
Quiero espirar rendido en vuestros brazos...
Dios es amor... la muerte el porvenir!

.....

Vino, caricias, cantos y placeres
Hasta agotar la última ilusion:
Música, baile, angélicas mujeres,
Adios quedad... murió mi corazon!

Si la tierra es un mar, triste lucero,
Donde navega el alma combatida,
Resbalar la barca de mi vida
Alumbrarás mi rumbo en ese mar;
Alumbrarás en mi camino incierto
Fúnebres rompientes del bajío

Y al tragarse las olas mi navío
Tú mi postrera luz tambien serás.

Venid recuerdos de mi edad primera,
De infantiles delirios y alegrias;
Aire de aquellos venturosos dias
Último beso del materno adios...
Pero ¡qué son, que son esos recuerdos!
¡Humo fugaz de la extinguida gloria!
El presente es la tumba de una historia
Que creimos eterna en la ilusion.

Blando concierto de sentidas flautas
Régios salones, mágicos espejos,
Quedad del alma para siempre léjos,
Que á mí me lleva á la ventura el mar.
Primaveral mañana de mi vida;
Aurora de mi sér, siempre risueña...
¡Cuán triste es despertar cuando se sueña
Del Paraiso en el feliz umbral.

Soñé un momento y me sentí dichoso,
Abrí los ojos y lloré despierto...
¡Por qué si llevo el corazon ya muerto
Despierto en el erial de la razon!
Partióse la vision de los encantos,
Y emblanqueció su sombra mi cabeza..
¡Ay, en mis horas de mortal tristeza
A tí me vuelvo, Omnipotente Dios.

Ituarte (Ricardo)

IUERTE DEL SEÑOR DON CLEMENTE SANZ

De mi olvidada cítara
¿Por qué se exhala un canto,
Y entre cipreses fúnebres
La voz triste levanto,
Y siento ardientes lágrimas
Mi faz mústia surcar?

Mi vista en vano túrbida
Te busca en hondo anhelo,
Cual busca el puerto el náufrago
En sofocante duelo,
Entre las olas móviles
Del encrespado mar.

Cuando entre gualda y púrpura
El sol muere tranquilo,
Vengo con paso trémulo
A tu postrer asilo,
Y dá rienda mi espíritu
A su íntimo pesar.

Sí, vengo al asilo único
Do el sueño no es un sueño,
Y en ademan terrífico
Con torvo adusto ceño,
Mira el dolor impávido
A la virtud llorar.

Entónces ¡ay! paréceme
Cuando mi voz te nombra,
Que de tu huesa, súbito
Levántase tu sombra,
Y tu palabra mágica
Pienso en torno escuchar.

Mi pecho entónces férvido
Suspira, goza, gime,
Por contemplarte, ávido;
Mas siento que se oprime
Al ver que es sueño efímero
Tan dulce delirar.

Si á esfera más vivífica
De Dios la mano augusta
Alzó tu inmortal ánima,
¿Por qué á mi pecho asusta

Tu ausencia, si benéfica
La muerte es al mortal?

Sí, que á su saña indómita
Se cambia el sér, no muere,
Que el Dios eterno y máximo
Que nos ama y nos hiere,
Principio dá y no término,
A cuanto existe ya.

Al contemplar el piélago
Inmenso del vácio
Poblado de astros fúlgidos,
El pensamiento mio
Te cree ya en otra próspera
Region de bienestar.

Tal vez allí la acérrima
Envidia vil no existe;
Ni son plantas estériles,
De que el orbe se viste,
La hermosa virtud célica
Y la santa amistad.

Tal vez allí el fatídico
Clamor de la amargura,
Sarcasmo no es que, pérfido,
Jamás el mundo cura,
Ni el bueno será víctima
De la negra maldad.

Sin duda allá en la incógnita
Mansion que feliz huellas,

Tu frente se alza cándida
Ornada con estrellas,
Como la noche lóbrega
Del seno de la mar.

¡Ay! cual las flores tímidas
Que nacen con la aurora,
En cuyos frescos cálices
Sus blancas perlas llora,
Y esencia esparcen lánguidas
Del céfiro al rumor;

Así tus tiernos vástagos,
Amor de tus amores,
Al contemplarte exánime,
Como las bellas flores,
Te dieron en sus lágrimas
La esencia de su amor.

¡Oh, Dios! tu esposa lívida,
Clamando, á tí se lanza,
Cual si quisiera ¡mísera!
Asir de la esperanza
Al ángel que, purísimo,
Tus pasos siempre guió.

¡Mas, ay! en vuelo alígero
Remóntase hasta el cielo,
Y á tu consorte trémula
Deja, presa de duelo,
Entre las garras bárbaras
De tétrico dolor.

¿Do estas? ¿en qué magnífica
Region excelsa moras?
Ya de otra vida plácida,
¿Acaso las auroras
En cielos más espléndidos
Surgir, dichoso, ves?

Y cuando á mi alma el cúmulo
Viene de amarga pena,
Y en llanto acerbo, insólito,
Mústia mi faz se llena,
¿Desciende tu almo espíritu
En torno de mi sér?....

Yo pienso, entre los nítidos
Destellos de los astros
Que brillan melancólicos,
De tu alma ver los rastros
Que surca allá en los piélagos
De la alta inmensidad.

Y pienso, entre los pálidos
Rayos de la callada
Luna, ver que á mí rápido
Desciendes, y tu amada
Voz, como una aura armónica,
Paréceme escuchar.

.....
.....

De jaspe, y oro, y pórfido,
Levanta el hombre insano

Magníficos alcázares;
Más ¡ay! en polvo vano
Los torna el tiempo indómito
Sus alas al mover;

No así su ala terrífica
Destruye la memoria
Del hombre que, magnánimo,
Fundó su eterna gloria,
En derramar solícito
De caridad el bien.

Sí, que á tu yermo túmulo,
De sáuces coronado,
Vertiendo dulces lágrimas,
El pobre abandonado
Llega, por tí, al Dios próvido
De hinojos á implorar.

El pobre, sí, á quién pródiga
Pan le tendió tu mano,
Y el desvalido huérfano,
La vírgen y el anciano,
Que en esta tierra mísera
Hubieron tu piedad.

Levántate: oye plácido
Las santas bendiciones
Que envueltas en mis cánticos
Te dan sus corazones;
Despues.... cierre tus párpados
El ángel de la paz.

Sí, duerme: no los mármoles
Te dan renombre y gloria;
Tus hechos, de los pósteros
Serán en la memoria,
Cual tu recuerdo, férvida
Bendice mi amistad.

1873.

Verdo (Francisco de A.)

MI CULTO

Cuál es mi Dios, me preguntas,
Y cuál la fé que me alienta,
Cuál es el culto de mi alma,
Y cuáles son mis creencias.

¡Mi Dios! sustancia sublime
Que nuestro sér alimenta,
Ocúltase en el sagrario
Del fondo de mi conciencia:
Allí existe, allí tan sólo
Su realidad se presenta
En la realidad que agitan
Su vida, su luz, su esencia:
Allí la fé que nos rige,

Fé que lo cierto demuestra,
Se dilata al santo impulso
De su voluntad excelsa.

Por culto del alma, tengo
La memoria siempre nueva
De la mujer más amada,
De mi madre, que ya es muerta.
¡Mi madre! Cuán amoroso
Mi pecho su voz recuerda,
Voz que formó al hijo un cielo
Y al hombre legó una idea.
¡Perdóname! Era mi madre
Tan cariñosa, tan buena,
Que cuando de Dios te hablo,
Tengo que hablarte de ella.

Hay en mi sér algo triste
Que guardo como creencia,
Y esta es la verdad que nace
Cuando terminan las penas.

A LUZ

¿Por qué tan temprano llegan
Las aves á mi ventana,
Y con su canto pretenden
Quitar el luto á mi estancia?
¿No saben que en esta fecha,
Que es tanto para mí grata,
Estoy solo con mi duelo,
Y solo con mi desgracia?
No advierten que de tinieblas
Circuida tengo el alma,
Pues dí la luz de mis ojos
Por el sol de una mirada?
¿No ven que vivo muriendo?
¿No están palpando mis ánsias?
No saben que ausente de ella
Mi corazon se acobarda?
Entónces, ¿por qué dejaron
El nido que amores guarda,

Y vienen á ver al triste
Que llora cuando ellos cantan?

.....

Dirijan pronto su vuelo
Hácia la tierra lejana,
Donde quedó la que adoro,
Donde está la que me ama.
Y si quieren las caricias
De la que es mi soberana,
Díganla que las envío
Con el recuerdo de mi alma.

Lizarriturri (Manuel)

Á JUAN DIAZ COVARRUBIAS[1]

Cuando por tu saber brillabas tanto
Y te daba sus lauros Poesía,
En negra noche, horrenda tiranía
Secó tus flores y apagó tu canto.

Tu verdugo, mirando con espanto
Tu cuerpo yerto en la tiniebla fria,
Proscrito esconde su cruedad sombría
Mientras aquí te damos culto y llanto.

Cayó sobre tu fosa el cuerpo inerte
Y el nombre augusto recogió la historia
Y el pueblo fué á vengarse de tu muerte.

México rinde culto á tu memoria,
Y eres hoy por tu vida y por tu muerte
Ídolo de la pátria y de la gloria.

(1) Sacrificado por una faccion política el 11 de Abril de 1859. Véase pág. 145.

Monroy (José)

A MI AMIGA
AURORA REVILLA DE ESCOTO
EN LA MUERTE DE SU PADRE

Si cabe algun consuelo en tu amargura,
Si te deja el quebranto
Oir la voz amiga
Que trata de endulzar tu desventura
Y de enjugar tu llanto,
Permite que te diga,
Con la fé, con la luz de mis creencias,
Lo que es de los que mueren la partida,
Lo que es la eterna suerte,
Y cómo los que gozan de la muerte
Se salvan de la muerte de la vida.

ESPERANZA

—

¡Qué triste es mi destino!
Soñar, siempre soñar con la esperanza,
Sin encontrar jamás, en mi camino,
Más que zarzas que barre el torbellino
Y el porvenir que se hunde en lontananza.

Si encuentro por mi senda
A otro errante viajero de la vida,
En vano espero que mi mal comprenda
Y que una mano fraternal me tienda....
Pasa sin escuchar mi despedida.

Si el alma con dulzura
Lágrimas tristes apenada vierte
De mis recuerdos en la tumba oscura,
El olvido rechaza mi ternura
Y desprecia mis lágrimas la muerte.

Cuando levanta al cielo
Mi espíritu la vista y á Dios nombra
En medio del amargo desconsuelo,
Miro que se alza del oscuro suelo
Entre Dios y mi espíritu la sombra.

A veces, fatigado
De tanto combatir, bajo la frente
Porque débil me siento y humillado;
Pero ¡ay! al recordar cuanto he luchado
Me levanto más grande y más creyente.

¿Me vencerá el tormento?
¿Podrá más que mi fé la dura suerte?
Mi esperanza, mi Dios, prestadme aliento
Y que luchando hasta el postrer momento
Sólo me venza el golpe de la muerte.

Mateos (Juan A.)

AL GENERAL DON SANTOS DEGOLLADO (1)

Ave, César, morituri te salutant.

Revienta el huracan, y el mar quebranta
Sus poderosas aguas en la roca,
Y á los cielos soberbio se levanta;
Y en su rugir profundo,
Extremece las márgenes del mundo
Y su gemido al marinero espanta.

La marina extension cruza una vela
En la tormenta por el mar batida;
Audaz piloto que salvarla anhela
Empuñando el timon, surge sereno

(1) Esta composicion fué leida en el panteon de San Fernando, en la inhumacion de los restos de tan ilustre general, muerto en campaña contra los enemigos de la Constitucion.

En el hirviente mar, su frente erguida,
Halla impasible el resplandor del trueno.

Salva la nave, y ve sobre cubierta,
En su agitado anhelo,
El purísimo azul de claro cielo,
Brillante toldo á la extension desierta.

En el último choque turbulento
El ronco mar que la tormenta ensaya,
Le arrebata violento
Y le arroja cadáver en la playa
Entre las ondas que encrespara el viento.

Tal es, ¡oh mártir! la sublime historia
Que tu existencia de heroismo encierra:
Si te negó en la tierra
Sus fugitivas luces la victoria,
En tu lecho de muerte
Perenne brilla el astro de la gloria.

Tu estrella infiel, en el postrer momento
Se mostró compasiva, y por cadalso
Te consagró el soberbio monumento
De mártires sin nombre!
¡Apoteósis brillante en ese osario!
¡Cristo de la Reforma!
¡El monte de las Cruces por calvario!

En sus arcanos, el Señor no quiso
Dar una muerte á tu ambicion oscura,
Y de tu gloria en el feliz delirio,

Puso en tu erguida frente
La sublime aureola del martirio.

¡Valiente capitan! tú no moriste
De la muerte del vulgo; esa sí aterra
El corazon valiente;
Que al escuchar los ecos de la guerra
Un noble arranque en sus latidos siente.

Tú invocabas al rayo de exterminio
Cuando en su choque la fatal metralla,
Sin compasion, heria
La noble juventud que en la batalla
Tus estandartes trágicos seguia.

De libertad la planta bienhechora
Con sangre se regó; de tu destino,
En el revuelto mar, nunca á deshora
En el confin te dibujó una playa;
Sólo con la memoria:
Un patíbulo horrible en Tizayuca,
Un cadalso sangriento en Tacubaya.

¡Silenciosa en la lira
Trémula va mi mano; los crespones
No separeis; el alma se extremece,
El recuerdo velad, que desfallece
La monótona voz de mis canciones.

Venid en derredor de esta tribuna,
Aquí en la intimidad de nuestra pena
Su historia recordemos,

Y delante del cuerpo ensangrentado
En el silencio del dolor lloremos.
¿Dónde la loca vanidad que sueña
Interpretar las páginas oscuras
De ese libro cerrado del destino?
El Hacedor del cielo
Puso entre el porvenir y sus criaturas
Los anchos pliegues de su eterno velo.

Ante el juicio severo de la historia
¿Puede culpable aparecer? ¡mentira!
Esa tormenta que hasta el sol envuelve,
Disiparán la brisas de mañana:
¡Cadáver! hoy te absuelve
El tribunal de la conciencia humana!

Restos ensangrentados, pobre herencia
De tus soldados fieles
Que á tu lado jugaron la existencia
Y partieron contigo sus laureles;
Guardamos tu memoria
Del corazon en la hostia sacrosanta,
Porque tu sombra en medio de nosotros
En las horas de duda se levanta.

¿Dónde esa fé que luce y reverbera
Como el fuego del sol sobre el desierto,
Que conservó en tus manos la bandera
Hasta llegar tranquilo
¡Ay! á la márgen del sepulcro abierto?

La aspiramos nosotros en las auras

Con que Mayo meció nuestro estandarte,
Entre los roncos truenos
Que fueron á la tumba á despertarte.

Deja el sangriento asilo, alza la frente;
¿No ves los timbres de tu gloria ilesos?
¡Eterno Dios, el soplo omnipotente
De la resurrecion, mande á tus huesos!

No dejes, no, tu funeral sudario,
Ni sacudas el polvo de la tumba;
En tu sueño profundo
Se proyecta tu sombra sobre un siglo,
En esa historia espléndida del mundo.

El astro que alumbró tu altiva frente
Refleja un mar de sangre;
Tú no escuchas las voces extranjeras
Que extremecen el monte, la llanura,
Y repiten las altas cordilleras;
A sus ecos de muerte
Se mecen con desden nuestras banderas.

En la lucha sangrienta, de exterminio,
Ante tus restos clamarán los libres,
Con acento terrible, sobrehumano,
Cuando al llamado de la pátria acudan,
Como en el circo el gladiador romano:
Los que van á morir, hoy te saludan.

1862.

Martinez de Castro (Manuel)

DECEPCIONES

Llora, pobre corazon,
La inclemencia de tu suerte;
Llora, al ver que se convierte
El cielo de tu ilusion
En un abismo de muerte.

Llora tu error, pero aprende,
Al cicatrizar tu herida,
Que entre el fango de la vida,
Lo que el alma no comprende,
Pronto... muy pronto se olvida.

Fuiste torpe al esperar,
Forjándote una quimera,
Que quién nunca supo amar,

Ni comprenderte, pudiera
Morir ántes que olvidar.

En tus locos devaneos
Un paraíso forjabas
De amor: más ¿por qué olvidabas,
Corazon, que tus deseos
Sobre el agua dibujabas?

¿No pensaste que en la vida
Se recibe, año tras año,
Por cada ilusion perdida,
Un amargo desengaño
Que abre en el alma una herida?

¿Ignorabas cómo hay flores
Que el alma guarda entre abrojos,
Trocando nuestros amores
En un siglo de dolores
Por un momento de antojos?

¿Por qué tu sueño, que fuera
La causa de tu contento,
Tornóse luego en tormento?
Porque tu ideal sólo era
Sombra de tu pensamiento.

Cuando en nuestro amor, soñando,
Tras sus placeres corremos,
Siempre, corazon, tenemos
Que retroceder, llorando
Un bien que pronto perdemos.

Si nada de esto pensaste
Cuando en el Eden florido
De tus amores soñaste,
Llora tu tiempo perdido,
Llora el bien que no alcanzaste.

Pues no adivinó tu anhelo,
Que en el realismo del mundo,
Un error convierte el cielo
De la dicha, en un profundo
Abismo de desconsuelo.

Llora ese error, pero aprende
Al sentir sangrar tu herida,
Que en el fango de esta vida
Nunca el amor se comprende...
Por eso pronto se olvida.

878.

Ortiz (Francisco de P.)

PÁGINAS SIN NOMBRE

Hay entrámbos un abismo
Imposible de salvar,
Tú eres la luz de la aurora
Y yo soy la oscuridad.

Tú eres la caliente brisa
Que dá la vida al pasar,
Y yo soy el viento helado
Que arrastra á la eternidad.

Tú eres la flor más hermosa
Del ameno florestal,
Y yo el sauz cuyas ramas
Despedazó el huracan:
Tú eres el alma que llega
Y yo el alma que se vá.

II

¿Por qué me lo dijeron, no sabían
Que me iban á matar?
¡Fué esa mujer la vida de mi vida!
¡Cuánto doblez, qué negra falsedad!

¡Inmóvil me quedé cuando lo supe
Y ni pude llorar!...
¡Mientras estaba mi semblante en calma
Bramaba en mi interior la tempestad!

Ortiz (Luis G.)

¡LLORAR!

¡Llorar! siempre llorar; lenta agonía
De la vida en el mar, mar proceloso,
Donde apénas cintila temeroso
Rayo de luz en la tiniebla fria.

Siempre llorar, desde que nace el dia,
Sin paz, sin sueño y sin hallar reposo;
Mas todo lo que llora es muy hermoso,
Porque amar es llorar ¡oh vida mia!

Tú amabas ¿no es verdad? por eso lloras;
Porque al que ama, llorar es un consuelo
De su martirio en las eternas horas.

Ven, la vida es muy triste en este suelo;
Mas la dicha vendrá, porque no ignoras
Que el amor y el dolor tienen su cielo.

PETRARCA[1]

Triste y vagando por region extraña,
De un amor infeliz con los dolores,
Tíber oyó tus cantos seductores,
Tambien el Sena y la potente España.

En tanto, inseparable te acompaña
La imágen de tus púdicos amores;
Laura, dice la brisa entre las flores;
Laura, el arroyo que las vegas baña.

Roma te admira, mientras tú orgulloso
Ciñes el lauro que tu génio alcanza,
Y la muerte te marca el fin dichoso.

El mundo un ¡ay! de sentimiento lanza;
Y tú hallando el lugar de tu reposo,
Das un adios á glorias y esperanza.

(1) Se atribuye á Petrarca el siguiente epitafio, grabado sobre sepulcro:

Inveni requiem: spes et fortuna valete;
Nil mihi vobis cum est: ludite nunc alios.

« Llegué al lugar de mi reposo; adios fortuna y esperanza, nada go ya que ver con vosotras; id ahora á lucir para otros. »

Olaquibel (Manuel)

JESUS

I

Ojos dulces, adormidos,
Rubia cabellera larga,
Y una angélica sonrisa
Que penetraba hasta el alma.
Irradiaba en sus pupilas
No sé qué luz tan extraña,
Como el rayo de la luna
Sobre la onda arrebatada
Rubia y rizada, en el cuello
Caia partida la barba;
Y cual nardo de Gennésar
Eran sus mejillas blancas.
Era Jesús, era el Cristo
Poeta de la montaña,

El que vestía humildemente
Con una túnica parda.

II

Los niños escuchaban sus mágicas palabras,
Querian tocar las manos divinas del Rabí
La turba los aleja y entónces Cristo exclama:
« Dejadlos que se acerquen, que lleguen hasta mí.

« Así como estos niños, así serán los buenos
Y gozarán por siempre de la eternal mansion. »
Las frentes infantiles conservan desde entónces
La marca sacrosanta del beso del Señor.

III

Cruzábanse en las nubes, relámpagos contínuos,
Zumbaba entre las rocas terrible el vendabal,
Torcía el nudoso tronco la corpulenta encina;
Y yo no sé qué voces oíanse sollozar.
En lo alto de los cielos, temblaban las estrellas
A la hora en que debiera el sol mandar su luz;
El Padre de los séres abrió sus brazos tiernos....
Y amando y bendiciendo así murió Jesús.

BIEN SUPREMO

Madre ¿por qué á mis ojos
El mundo entero
Era un campo sin flores,
Triste y desierto.
Y ahora suspiro
Sin envidiar los goces
Del paraiso?

Los paisajes que un tiempo
Me entristecian,
Hoy forman el encanto
Del alma mia;
Mi sueño es dulce
Dulce como la gloria
De los querubes.

—Oh madre ¿por qué cambia
La faz del mundo?
—¡Ay! no delires niña,
Tu afan es humo,

Tan sólo el alma
Se transforma al impulso
De la esperanza.

—¿A través de qué prisma
Veré la tierra,
Que un eden delicioso
Mi vista encuentra?
—Lo sé, mi vida:
A través de otros ojos
La tierra miras.

¡Ay! benditos los sueños
Que forma el alma,
Al recibir los besos
De la esperanza.
Y el bien supremo
Que en los amores puros
Nos manda el cielo.

LA VUELTA DE LAS GOLONDRINAS

ELLA

Las dichas del amor son pasajeras,
Vosotras á los prados dais la vida,
Devolvedme mi amor, aves viajeras,
Devolvedme mi *fé*, mi fé perdida.

LAS AVES

Dejamos la aridez y los abrojos
En las regiones de perpétuo hielo.

ELLA

Me extraviaron á mí los dulces ojos
De un sér á quien llamaba *ángel del cielo*.

LAS AVES

Volvemos á habitar nuestra pradera,
Venimos presagiando la alegría.

ELLA

¡Oh! ¡quién me volverá la primavera,
Las flores y la fé del alma mia!.

PERVINCAS

I

Pervinca, dulce pervinca,
Cuyos pétalos son tiernos,
Y azules como los ojos
De la que idolatro ciego.
Yo ví tu flexible tallo
De aljófar brillante lleno,
Cual pugnaba por besarle
La punta de sus cabellos.
Al fin se inclinó la niña;
Y sale entónces del suelo
Una voz entre suspiros,
Como de virgíneo pecho.

II

Nosotras queriamos, dicen
Las flores, en tu albo seno

Descansar, y extremecidas
Perfumarnos con tu aliento.
Tú sabes que nuestras hojas
Son azules como el cielo,
Y que en la tierra nos llaman
Emblema de los *recuerdos*.
Porque pasa nuestra vida,
En Abril como en invierno,
Sin temer los golpes rudos
De tempestad ó de viento.
Mas ya vemos que tus ojos
Tienen un azul más tierno;
Dicen, inclinan los tallos
Melancólicas al suelo,
Y las áuras que afanosas
Volaron léjos, muy léjos,
Exclamaban: las pervincas
Están muriendo de celos.

Peza (Juan de Dios)

A MI PADRE (1)

Yo tengo en el hogar un soberano,
Único á quien venera el alma mia;
Es su corona de cabello cano,
La honra su ley y la virtud su guia.

En lentas horas de miseria y duelo,
Lleno de firme y varonil constancia,
Guarda la fé con que me habló del cielo
En las horas primeras de mi infancia.

La amarga proscripcion y la tristeza
En su alma abrieron incurable herida;
Es un anciano, y lleva en su cabeza
El polvo del camino de la vida.

(1) Aunque esta composicion ya se ha publicado en Madrid, no he querido omitirla esta vez porque debiendo yo todo cuanto soy á los afanes y á la constancia de mi virtuoso padre, no quedaria satisfecho mi corazon si su nombre no figurara en una obra arreglada por mi.

J. DE D. P.

Ve del mundo las fieras tempestades,
De la suerte las horas desgraciadas,
Y pasa, como Cristo el Tiberiades,
De pié sobre las ondas encrespadas.

Seca su llanto, calla sus dolores,
Y sólo en el deber sus ojos fijos,
Recoge espinas y derrama flores
Sobre la senda que trazó á sus hijos.

Me ha dicho: «á quien es bueno, la amargura
Jamás en llanto sus mejillas moja,
En el mundo la flor de la ventura
Al más lijero soplo se deshoja.

»Haz el bien sin temer el sacrificio,
El hombre ha de luchar sereno y fuerte,
Y halla quien ódia la maldad y el vicio
Un tálamo de rosas en la muerte.

»Si eres pobre, confórmate y sé bueno;
Si eres rico, protege al desgraciado,
Y lo mismo en tu hogar que en el ajeno
Guarda tu honor para vivir honrado.

»Ama la libertad, libre es el hombre
Y su juez más severo es la conciencia;
Tanto como tu honor guarda tu nombre,
Pues mi nombre y mi honor forman tu herencia.»

Este código augusto, en mi alma pudo,
Desde que lo escuché, quedar grabado;

En todas las tormentas fué mi escudo,
De todas las borrascas me ha salvado.

Mi padre tiene en su mirar sereno
Reflejo fiel de su conciencia honrada.
¡Cuánto consejo cariñoso y bueno
Sorprendo en el fulgor de su mirada!

La nobleza del alma es su nobleza;
La gloria del deber forma su gloria;
Es pobre, pero encierra su pobreza
La página más grande de su historia.

Siendo el culto de mi alma su cariño,
La suerte quiso que al honrar su nombre,
Fuera el amor que me inspiró de niño
La más sagrada inspiracion del hombre.

Quiera el cielo que el canto que me inspira
Siempre sus ojos con amor lo vean,
Y de todos los versos de mi lira
Estos los dignos de su nombre sean.

NIEVE DE ESTIO

Como la historia del amor me aparta
De las sombras que empañan mi fortuna,
Yo de esa historia recogí esta carta
Que he leido á los rayos de la luna.

Yo soy una mujer muy caprichosa
Y que me juzgue á tu conciencia dejo;
Para poder saber si estoy hermosa
Recurro á la franqueza de mi espejo.

Hoy, despues que te ví por la mañana,
Al consultar mi espejo alegremente,
Como un hilo de plata ví una cana
Perdida entre los rizos de mi frente.

Abrí para arrancarla mis cabellos
Sintiendo en mi alma dolorosas luchas,
Y cuál fué mi sorpresa, al ver en ellos
Esa cana crecer con otras muchas.

¿Por qué se pone mi cabello cano?
¿Por qué está mi cabeza envejecida?
¿Por qué cubro mis flores tan temprano
Con las primeras nieves de la vida?

No lo sé. Yo soy tuya, yo te adoro,
Con fé sagrada, con el alma entera;
Pero sin esperanza sufro y lloro;
¿Tiene tambien el llanto primavera?

Cada noche soñando un nuevo encanto
Vuelvo á la realidad desesperada;
Soy jóven, es verdad, mas sufro tanto
Que siento ya mi juventud cansada.

Cuando pienso en lo mucho que te quiero
Y llego á imaginar que no me quieres,
Tiemblo de celos y de orgullo muero;
(Perdóname, así somos las mujeres.)

He cortado con mano cuidadosa
Esos cabellos blancos que te envío;
Son las primeras nieves de una rosa
Que imaginabas llena de rocío.

Tu me has dicho: «De todos tus hechizos,
Lo que más me cautiva y enagena,
Es la negra cascada de tus rizos
Cayendo en torno de tu faz morena.»

Y yo, que aprendo todo lo que dices,
Puesto que me haces tan feliz con ello,

He pasado mis horas más felices
Mirando cuán rizado es mi cabello.

Mas hoy, no elevo dolorosa queja,
Porque de tí no temo desengaños;
Mis canas te dirán que ya está vieja
Una mujer que cuenta veintiun años.

¿Serán para tu amor mis canas nieve?
Ni á suponerlo en mis delirios llego.
¿Quién á negarme sin piedad se atreve
Que es una nieve que brotó del fuego?

¿Lo niegan los principios de la ciencia
Y una antítesis loca te parece?
Pues es una verdad de la experiencia:
Cabeza que se quema se emblanquece.

Amar con fuego y existir sin calma;
Soñar sin esperanza de ventura;
Dar todo el corazon, dar toda el alma
En un amor que es gérmen de amargura.

Buscar la dicha llena de tristeza
Sin dejar que sea tuya el hado impío,
Llena de blancas hebras mi cabeza
Y trae una vejez: la del hastío.

Enemiga de nécias presunciones
Cada cana que brota me la arranco,
Y aunque empañe tus gratas ilusiones
Te mando, ya lo ves, un rizo blanco.

¿Lo guardarás? Es prenda de alta estima
Y es volcan este amor á que me entrego;
Tiene el volcan sus nieves en la cima,
Pero circula en sus entrañas fuego.

TRAS DE LOS MARES

AL INSPIRADO POETA Y SÁBIO DOCTOR JUAN B. HIJAR Y

¡Ah! si mi ensueño realizar pudiera,
¡Cuán dichoso sería!
Soñar amor al pié de una palmera
Allá en los bosques de la pátria mia.
Sentir la brisa ardiente y perfumada
De aquel sol tropical á los destellos,
Como inquieta mujer enamorada
Perezosa jugar con mis cabellos.
Reposar sobre el musgo humedecido,
La sociedad burlando y la fortuna,
Y así, con el espíritu adormido,
Pasar las tardes y esperar la luna.
Ver el lejano monte
Y escuchar del distante campanario
El eco que recoje solitario
La oscura inmensidad del horizonte.

er los purpúreos lánguidos reflejos
'el sol cuando desmaya,
mirar como enciende, allá á lo léjos,
u lumbre el pescador, sobre la playa.
eguir el rumbo á la gentil barquilla
ue ostenta en fondo azul su blanca vela,
Veloz abriendo con endeble quilla
Orlas de espuma y luminosa estela.
Ver que en su cuna de celajes, brota
Maga de amores, de la noche el astro,
Brillando hermosa tras la nube rota
Como encendido globo de alabastro.
Oir los tumbos de la mar, que fiera
En sus muros de arena aprisionada,
Sus ondas rompe audaz en la ribera
Rugiendo alborotada.
Ver de las aves de la noche el vuelo,
Los cantos escuchar de los pastores,
Y mirar en el suelo
Los cocuyos brillar entre las flores,
Como brillan los astros en el cielo.
Sentir como se arrulla la paloma
Que en platanar sonante se ha hospedado,
Y ver que el floripóndio abre callado
Urnas de nieve rebosando aroma.
Del liquidámbar, árbol pebetero,
Reposar á la sombra dulcemente,
Y refrescar con gozo el lábio ardiente
En los frutos del alto cocotero.
Escuchar en la noche susurrando,
Entre blancos nelumbios y juncales,
El arroyo que pasa refrescando

Los verdes y floridos cafetales.
Ver las pomas de oro
Que esmaltan el manglar, y en la callad
Selva, escuchar el ritmo tan sonoro
Del *sinsonte* que sueña en la enramada.
Oir del picaflor el aleteo,
Seguir á la pintada mariposa,
Y cual ella, en las alas del deseo,
Volar libando miel de rosa en rosa.
Admirar los sabinos majestuosos
Que vieron de otra edad las pompas vana
Como entregan á vientos rumorosos
Sus guedejas de canas.
Vivir en el modesto caserío,
En la gruta, en el llano,
Cruzar el lago, visitar el rio,
Ver desde el bosque umbrío
La helada cima del volcan lejano.
Abismarse en los astros y en las flores
Contemplando el espacio y la pradera,
Y en la hamaca ligera
Pasar las horas y soñar amores;
Esto sólo quisiera
Ver y soñar mi ardiente fantasía,
Al pié de una palmera
Allá en los bosques de la pátria mia.

POST-UMBRA

A MIS QUERIDOS AMIGOS JUAN G. WILSON Y MANUEL CABALLERO

Con letras ya borradas por los años
En un papel que el tiempo ha carcomido,
Símbolo de pasados desengaños,
Guardo una carta que selló el olvido.

La escribió una mujer jóven y bella,
¿Descubriré su nombre? ¡no! ¡no quiero!
Pues siempre he sido por mi buena estrella
Para todas las damas caballero.

¿Qué sér, alguna vez, no esperó en vano
Algo que si se frustra, mortifica?
Misterios que al papel lleva la mano
El tiempo los descubre y los publica.

Aquellos que juzgáronme felice
En amores que halagan mi amor propio,
Aprendan de memoria lo que dice
La triste carta que á la letra copio:

Dicen que las mujeres sólo lloran
Cuando quieren fingir hondos pesares;
Los que tan falsa máxima atesoran
Muy torpes deben ser ó muy vulgares.

Si cayera mi llanto hasta las hojas
Donde temblando está la mano mia,
Para poder decirte mis congojas,
Con lágrimas mi carta escribiria.

Mas si el llanto es tan claro que no pinta
Y hay que usar de otra tinta más oscura,
La negra escogeré porque es la tinta
Donde más se refleja mi amargura.

Aunque no soy para soñar esquiva,
Se que para soñar nací despierta;
Me he sentido morir y aún estoy viva,
Tengo ánsias de vivir y ya estoy muerta.

Me acosan del dolor fieros vestiglos.
¡Qué amargas son las lágrimas primeras!
Pesan sobre mi vida veinte siglos
Y apenas cumplo veinte primaveras.

En esta horrible lucha en que batallo,
Aun cuando débil tu consuelo imploro,

Quiero decir que lloro y me lo callo,
Y más risueña estoy cuanto más lloro.

¿Por qué te conocí? Cuando temblando
De pasion, sólo entónces no mentida,
Me llegaste á decir «te estoy amando
Con un amor que es vida de mi vida.»

¿Qué te respondí yo? Bajé la frente,
Triste y convulsa te estreché la mano,
Porque un amor que nace tan vehemente
Es natural que muera muy temprano.

Tus versos, para mí conmovedores,
Los juzgué flores puras y divinas,
Olvidando insensata que las flores
Todo lo pierden ménos las espinas.

Yo, que como mujer, soy vanidosa,
Me ví feliz creyéndome adorada,
Sin ver que la ilusion es una rosa
Que vive solamente una alborada.

¡Cuántos de los crepúsculos que admiras
Pasamos entre dulces vaguedades;
Las verdades juzgándolas mentiras,
Las mentiras creyéndolas verdades!

Me hablabas de tu amor, y absorta y loca,
Me imaginaba estar dentro de un cielo,
Y al contemplar mis ojos y mi boca
Tu misma sombra me causaba celo.

Al verme embelesada al escucharte,
Clamaste aprovechando mi embeleso,
«Déjame arrodillar para adorarte.»
Al verte de rodillas te dí un beso.

Te besé con arrojo, no se asombre
Un alma escrupulosa ó timorata;
La insensatez no es culpa, besé á un hombre
Porque toda pasion es insensata.

Debo aquí confesar que un beso ardiente
Aunque robe la dicha y el sosiego,
Es el placer más grande que se siente
Cuando se tiene un corazon de fuego.

Cuando toqué tus lábios fué preciso
Soñar que aquel placer se hiciera eterno;
Mujeres: es el beso un paraiso
Por donde entramos muchas al infierno.

Despues de aquella vez, en otras muchas
Apasionado tú, yo enternecida,
Quedaste vencedor en esas luchas
Tan dulces en la aurora de la vida.

¡Cuántas promesas, cuántos devaneos!
El grande amor con el desden se paga;
Toda llama que avivan los deseos
Pronto encuentra la nieve que la apaga.

Te quisiera culpar y no me atrevo,
Es despues de gozar justo el hastio;

Yo, que soy un cadáver que me muevo,
Del amor de mi madre desconfio.

Me mataste y no te hago ni un reproche,
Era tu voluntad y fué mi anhelo;
Reza, dice mi madre, en cada noche.
¿A quién he de rezar, si eras mi cielo?

Pronto voy á morir; esa es mi suerte.
¿Quién se opone á las leyes del destino?
Aunque es camino oscuro el de la muerte,
¿Quién no llega á cruzar ese camino?

En él te encontraré; todo derrumba
El tiempo, y tú caerás bajo su peso;
Tengo que devolverte en ultra-tumba
Todo el mal que me diste con un beso.

Mostrar á Dios podremos nuestra historia
En aquella region quizá sombria.
¿Mañana he de vivir? en tu memoria...
Adios... adios... hasta el terrible dia.

Leí estas líneas y en eterna ausencia
Esa cita fatal vivo esperando...
Y sintiendo la noche en mi conciencia,
Guardé la carta y me quedé llorando.

Prieto (Guillermo)

A..... (1)

Recinto de azucenas, pensil de amores,
La de excelsos volcanes y limpios lagos;
México, á la que brinda la tierra flores
Y el áura halagos.

Bella eres si coronas á tus guerreros,
Eres bella premiando los que te adoran;
Pero son tus encantos más hechiceros
Con los que lloran.

Tienen tus dignos hijos noble bravura;
El honor en las lides sigue sus huellas,
Y dejas los tesoros de su ternura
Para sus bellas.

(1) Poesía leida por una distinguida actriz en la funcion á beneficio de las víctimas de los terremotos de Jalisco.

Hay una hermosa tierra que sus entrañas
Sintió las devoraba fuego tremendo;
Y miró vacilante, de sus montañas
La frente ardiendo.

Hay una hermosa tierra que se arrullaba
Al rumor de las ondas de sus trigales,
Donde el límpido arroyo, sus piés bañaba
Con sus cristales.

Bajo las frescas sombras, los labradores
Animaban el juego de tiernos niños;
Los pájaros cruzaban cantando amores
A sus cariños.

¡Ay! que la tierra cruje como los mares,
Y ruedan en el suelo como deshechos,
Las torres del santuario, los dulces techos
De los hogares.

Hoy, eres ciudad bella, yermo desierto,
Hoy, son lúgubre tumba, tus tristes ruinas,
Hoy, sol de San Cristóbal... cadáver yerto,
Triste iluminas.

¿Dónde está la morada, del gozo abrigo?
¿En dónde, sus claveles y enredaderas?....
¡No vuelvas tus miradas, pobre mendigo
Para tus eras!

Y llevaron los aires tristes lamentos,
Que en ecos dolorosos, ¡piedad! decian;

Y al llevarlos, las almas se estremecian
De hondos tormentos.

Y la piedad sublime, sintió sus ojos
Divinos, inundados de tierno llanto.....
¡Piedad! ¡piedad! reclaman tantos despojos
Tanto quebranto!.

¿Quién en su hogar no tiene madre adorada?
¿Quién un hijo no mima con su ternura?....
Ellos piden que ampare la desventura,
Piedad sagrada!

Porque esta noble pátria de límpio cielo
Tiene hechizos que encantan y que enamoran,
Pero es grande y sublime... como consuelo
De los que lloran!

A JUAN CORDERO [1]

¿Quién fué? ¿quién dijo en su rugir blasfemo
Dios es el mal? y en la tiniebla umbría
La humanidad desesperada gime;
La vista alzando al Hacedor Supremo;
Cuando espirante entre la sombra el dia
Siente el mortal el hierro que le oprime
Y es su himno el extertor de su agonía?.....

Dios es el mal.... clamaba la ignorancia,
Y al cruzar el cometa vagabundo
El desierto infinito del vacío,
Se señalaba de la peste el vuelo,
Amenazando rencorosa al mundo!.....

Dios es el mal.... Si en clámide de grana
La boreal aurora majestuosa,

(1) Esta poesía fué leida al descubrirse uno de los magníficos frescos pintados por Juan Cordero en la Escuela Nacional Preparatoria en México, año de 1877.

En la espalda del polo aparecia,
La sien orlando de la eterna noche
Con la aureola que ciñe la mañana;
En gemidos el hombre prorumpia
Y de Dios el enojo
Esperaba temblando arrodillado
Mientra agitaba su penacho rojo
El cielo de esplendores circundado!

Dios es el mal, gritaba la barbárie
Al retumbar el trueno en lontananza,
Y la voz de las roncas tempestades
Eran gritos de un Dios enfurecido,
Y más y más sediento de venganza.

Nó más profanacion, gritó la ciencia,
Y al mirar la luz pura
Hizo sentir al hombre la ternura
Del Supremo Hacedor de la existencia.

Dios es la luz.... escribirá su nombre,
Con ráfagas el sol en el espacio,
Encontráralo el hombre
En los miles de estrellas y luceros
Que tachonan su espléndido palacio.

Dios es el bien, el tacto de su dedo
Dará vida al iman, sitio á los mares,
Y en vez de sombra, decepcion y miedo,
Repetirán las nubes tempestuosas
Del querubin alegre los cantares!

Dios es amor... el beso de dos nubes
Pompa nupcial del ámbito infinito,
Le dará sér al rayo refulgente
Que hará la ciencia ufana
Su esclavo diligente,
Ala sumisa de la voz humana!

¡Oh inteligencia augusta
Que reflejas á Dios! Tendió sus hilos
Morse inmortal en lo hondo del Océano:
Sus manos estrecharon las naciones,
Y en infinito, en deleitoso beso,
Aspiraron el bien sus corazones;
Se extremeció el rencor, gimió la guerra,
La paz brindó con sus delicias puras...
¡Gloria, gloria al Señor en las alturas,
Paz al hombre en la tierra!
¡Tal dijo el mar! al grito omnipotente
La augusta libertad alzó la frente,
Vióse en los cielos desplegar su manto...
Lloró la humanidad. Mas fué de gozo,
De intenso gozo, tan sublime llanto!

La ciencia á Dios levanta sus altares,
Con Dios se llena su grandioso templo:
Sus génios tutelares
Serán de la virtud gloria y ejemplo.

Sigue mi pátria sus fulgentes huellas
Y á tí, artista, confiando sus ensueños,
Te dijo, dales vida,
La juventud querida

Que los palpe, oh pintor. Tú te inspiraste,
Y el recuerdo de tu éxtasis divino
En tu cuadro elocuente nos dejaste.

¿Dónde ocultan, artista, tus pinceles
Tan mágicos encantos?

Luz, cielo, amor, espléndida belleza,
Y trasparente el libre pensamiento,
En el contorno fiel de una cabeza?
¿Qué viste soñador?—Ví al vapor preso
Fugarse del cristal ligera nube,
Espansirse, espansirse... y poderoso
Gritarle el hombre... ven á mi servicio,
Suprime á mi mandato la distancia:
Haz familias de pueblos y naciones...
Y fué el vapor... Miradle, la montaña
A su estridor, espérale vencida...
Se levanta el abismo poderoso
Y allana su camino...
Y en concierto estruendoso,
La campana sonora,
Y el silbato de acento penetrante,
Y el respirar jadeante
Del mónstruo entre las nubes y la llama:
La gran victoria de la ciencia aclama
En la marcha del hombre vencedora!

¿Dime qué viste?—Que el talento humano
Levantando á los cielos la mirada
Encontró mundos mil... focos de vida
Sembrando las alturas,

Y en palacios de pórfido y diamante
Excelsas criaturas.

Entónces en el astro que cintila
Y en el átomo errante del vacío,
Entónces en la gota de rocío
Que cual lágrima trémula vacila,
Sobre la flor que con el áura oscila,
Y en la mar tempestuosa,
Y en las entrañas del abismo umbrío,
Halló el hombre tu huella luminosa
Y te adoró, Dios mio!

En las negras entrañas de la roca
Halló el saber, del fuego el alimento:
Miéntra á la luz Daguerre roba la imágen,
De Franklin el discípulo ferviente
La horrible destruccion al rayo veda
Y á sus piés lo sujeta diligente,
Con un yugo de seda.

Sagaz el sábio, al hombre redimiendo,
Constituye á la máquina su esclava
Y al sér de hierro encarga su fatiga,
Entre tanto que en noble señorío,
Subplanta al ángel en bajel ligero
Y navega atrevido en el vacío.

Gloria á la ciencia, á sus encantos gloria,
Sus tesoros en letras de diamante
Reserva fiel al porvenir la historia!

Al apoteósis de la ciencia pura,
A su hechizo, á su amor, huye iracunda
De rábia henchida la ignorancia impía;
Las vívoras del ódio, los rencores,
Van destrozando su impotente pecho:
Van extinguiendo su furor de guerra:
Y la razon triunfante en el derecho
Su cántico de paz alza la tierra!

¿Ves tu obra, artista? ¿ves las emociones
Que nos haces sentir? Tu pincel diestro
Tocó creador el insensible muro,
Y la vida brotó; fueron naciendo
Con formas tus ensueños de delicias,
Y las facciones dulces sonriendo
De la beldad sensible á tus caricias...

La ciencia fué mujer, porque le debe
La mente luz, como á la madre amante;
Es como ella fecunda y seductora,
Se nos anuncia como dulce aurora,
Nos ilumina como sol brillante!

La ciencia fué mujer, porque en la dicha,
Tiene cantos de mágicos festines,
Tiene flores de espléndidos vergeles,
Y ensueños que nos fingen querubines
Bajo toldos de mirtos y laureles!
La ciencia fué mujer, porque al ornarse
Ante nosotros con sus ricas joyas,
Le pide á la verdad sus atractivos,
Al cáliz de las flores sus aromas,

Al arco-íris sus tintes hechiceros,
A la noche sus lluvias de luceros
Y al éter sus arrullos de palomas.

La ciencia fué mujer, porque como ella,
En el ocaso vespertina estrella,
Al espirar el dia,
Infunde confianza;
En la tierra le llaman poesía,
En el cielo esperanza!

Goza artista, en tu obra, los tesoros
Nos diste de tu mágico talento;
Aquí se guardarán. Cuando recuerden
Tu obra, oh Cordero, los que aquí la admiran,
Será la realidad de sus ensueños
El cuadro que á tus ojos les recrea;
Tu nombre ensalzarán reconocidos,
Y este tu láuro imarcesible sea!

COPLAS SENTIDAS

Á JUSTO SIERRA

Blando rumor de consuelo
Que á hechizar el alma llega,
Cuando sin rumbo navega
Bajo tormentoso cielo.

De jazmin dulce perfume,
Que atraviesa la prision
En que herido el corazon,
De tormento se consume.

Claro destello de aurora
Que piadoso el cielo envía,
Al que por la luz ansía,
Y en honda tiniebla llora.

Cielo azul que en lontananza
Nuestras miradas alienta,

Porque es nada la tormenta
Si luce al fin la Esperanza.

Dime, encanto seductor,
Que el alma y la mente inflamas,
Dime; dí, —¿como te llamas?
—¿Cómo me llaman?—Amor.

Hánme dicho que en la cuna
Vierte su divino halago,
Como sobre manso lago
Blanco reflejo de luna.

Dicen que en la juventud
Sus alas desplega al viento,
Y es embriagador su acento,
Aunque nos cause inquietud.

Dicen que airado ó risueño
Nos presenta á la beldad,
Huyendo á la realidad,
En los vergeles del sueño.

Dicen que génio se llama
Para el que pulsa la lira,
Y tiernos cantos inspira,
Y almas ardientes inflama.

Dicen que aunque transitoria
Su ala ardiente toque al hombre;
Le abrasa en sed de renombre
Y entónces se llama gloria.

Y que el alma conmovida;
No distingue en su fervor,
A eso que llaman amor,
De lo que llamamos vida.

Que no tenga el campo flor,
Ni raudal puro la fuente,
Ni el cielo sol refulgente...
Como tenga el alma amor.

La vejez sin él ¡Dios mio!
Es rambla de triste arena...
Es una dura cadena
Clavada al sepulcro frio.

Es sentirse el hombre muerto
Y hallar en su corazon
Las ruinas de un panteon
Regadas en un desierto...

Es palpar la realidad
De que en el mundo traidor
Todo es farsa y vanidad,
Y solo es cierto el dolor.

Caminante fatigado...
Cuán feliz será tu suerte
Si te sorprende la muerte,
Soñando que eres amado.

Peon Contreras (José)

AL CONQUISTADOR DE ANÁHUAC

Sin que despues halla visto
El absorto mundo un hombre
Que de Hernan Cortés al lado
La historia imparcial coloque.

EL DUQUE DE RIVAS.

¡Paso!... A traves de la tiniebla umbría
De los remotos tiempos,
Tienda su vuelo audaz la fantasía
Sobre las verdes cumbres,
Del opulento Anáhuac atalaya;
Y en las alas atónitas del viento,
Deténgase un momento
Del golfo azteca en la arenosa playa.

Unas naves allí.... sobre los puentes
La roja llama del incendio humea,

De las olas hirvientes
En el cristal oscuro centellea;
Por todos lados pavorosa brilla,
Vuela en pavesas ígneas el velámen,
Del aire maravilla,
Y al crugir el robusto maderámen
Se hunde en las aguas la cortante quilla.

—«¡Sus! ¡A las armas!» —grita en la rit
Mancebo audaz, alzando la cimera
Del pavonado casco... —«!Por Castilla!»
Y un viva resonó, tal como suele
El retumbar siniestro
Del trueno pavoroso
Que en la revuelta esfera se dilata.

Lo mismo que bramando se desata
El aquilon sañudo,
El altivo escuadron partió ligero,
Embrazados la lanza y el escudo,
Al redoblar del atambor guerrero.

No sin tornar al golfo la mirada,
Allí donde orgullosa se mecia
En las primeras horas de aquel dia,
A la risueña luz de la alborada,
Del ave alegre á la primera nota,
Del ágil marinero á los cantares,
Juguete de los vientos tutelares,
Hija del mar, la castellana flota....

.....

.....

Corred, valientes, á la lucha fiera;
Detrás, la madre pátria; á vuestra vista,
El pomposo laurel de la conquista:
Los campos ignorados
Donde tegió, riendo placentera,
La cuna de sus glorias Primavera
Con las eternas flores de sus prados.

Y era Cortés el que llevado sólo
De su marcial instinto,
Cuando brillaba ya de polo á polo
El sol de Cárlos quinto,
Iba al fuerte clamor de la victoria,
Con su espada no más y su fiereza,
Sin corona y sin cetro,
A igualar en los fastos de la historia
La majestad de César con su gloria,
La grandeza de un Rey con su grandeza.

¡Y era Cortés!.... marchando valeroso
Lo imposible á sus piés avasallaba,
Luchaba con los suyos y triunfaba
Contra el poder inmenso del coloso.

Si pudo á Moctezuma
Con su ingénio vencer, áun le esperaba,
Tranquilo el corazon, fuertes las manos,
El héroe de los héroes mexicanos....

.....

.....

Préstame, Inspiracion, tu sacro númen,

Enciende mi alma en ardorosa llama,
Y la vibrante trompa de la fama
En las ondas del rápido elemento
Deje suelta la voz... el aire atruene,
Y en épico cantar mi pensamiento
Con enérgica rima el mundo llene.
Firme se apresta la imperial señora
Del poderoso Anáhuac, á la lucha;
El caudal de sus armas atesora,
Y el son guerrero del clarin escucha!
Tiende sobre ella el pavoroso manto
La lóbrega tiniebla; no se abate
Su sien altiva á la inconstante suerte,
Y resuelta á lidiar hasta la muerte
Lanza sus bravos hijos al combate!
Y el batallar comienza pavoroso,
Corre la sangre en rio caudaloso,
Arde en las plazas la siniestra hoguera,
Se ve á su luz desierta la trinchera
Y henchido de cadáveres el foso.

¡Todo es gemidos y ayes el espacio,
Juntos crujen la choza y el palacio,
Y se alza el sol de Oriente,
Y se hunde en Occidente,
Y pasa un dia, y otro, y otro dia
Se oculta, y todavía
Sangre refleja en su nublada frente!
¡Y sangre se refleja
En la pálida faz de la alta luna,
Si es que el humo á su luz el paso deja
Para quebrar su rayo en la laguna!

¡Niños, mujeres, débiles ancianos
Atraviesan las calles solitarias,
Alzan hambrientos temblorosas manos,
En el cielo se pierden sus plegarias,
Y mueren entre escombros
Al fulgor de cien teas funerarias!
Mas Guatimoc no cede: airado empuña
La sangrienta macana, que se embota
Del castellano en la acerada cota.
¡Inútil resistir!.... La muerte trueca
Cadáver por cadáver, y tirana
La sangre generosa del azteca
Mezcla en los surcos con la sangre hispana.
¡Inútil resistir!.... Fuerte y altivo,
Digno de su rival, á quien esquivo
El hado la faz vuelve, está el guerrero,
El castellano fiero
Que á Marte hurtó la poderosa lanza
Y el invencible acero,
Rayo fulgente que encendió la gloria,
Y entre el rudo fragor de la matanza
Arranca el verde láuro á la victoria!

¡Oh, pátria que ensalzó mi idolatría!
No tengas por agravio
Que al vencedor de Anáhuac cante el lábio
Que tus victorias pregonar solía.
Los héroes no tuvieron
Nunca pátria ni hogar; nunca el profundo
Rencor herirles puede, nunca el dolo.
¡La pátria de los héroes es el mundo!
¡La gloria de Cortés no es gloria sólo

De la noble Castilla! ¡El cielo quiera
Que al resonar mi canto,
Y su vuelo al tender sobre las olas
Que abrieron paso al pabellon ibero,
Desde las verdes playas españolas
Su nombre extienda al Universo entero!

Y tú, gigante sombra, que apareces
Girando en torno mio,
El galardon recibe que mereces.
Harto en momento impío
Te hirió la ingratitud cuando apuraste
El cáliz de la envidia hasta las heces;
Pues fué tan grande el mundo
Que legaste á tu pátria con tu empeño,
Que te miró pequeño
Ante grandeza tanta....
¡Hoy la posteridad tu nombre canta,
La vil calumnia desarruga el ceño,
Y pedestal eterno te levanta!

1877.

EN EL APOTEOSIS

DEL SÁBIO QUÍMICO MEXICANO

DOCTOR DON LEOPOLDO RIO DE LA LOZA

¿No basta, pátria mia,
Que en pavorosa lucha
Truene el cañon de la discordia impía,
Que aún en los aires resonar se escucha?
¿No basta que sangriento
Marte descubra la altanera frente,
Del Norte al Sur, del Este al Occidente,
Y fatigado el viento,
Del funeral lamento
El eco gemebundo
Lleve en sus alas por el ancho mundo?
No basta... ¡no!.. La guerra
Huye y el arma fratricida oculta,
É insaciable á sus víctimas la tierra
En sus entrañas lóbregas sepulta...
¡Más devorar áun quiere!

Hambrienta gira su tenaz mirada
La adusta Parca airada,
Y asesta el golpe, y hiere...
¡Y en el hogar tranquilo,
De su feroz guadaña el corvo filo
Brilla implacable con tremendo encono...
Allí donde Minerva alzó su trono!
¡Allí donde al estudio doblegado
Vimos el hombre al hombre consagrado!
¡En donde su carrera,
Perdida para el bien, pasó ligera,
Tal como suele, en el verano ardiente,
De la dorada mies en la simiente
La benéfica lluvia pasajera!
¡Y él era orgullo del Anáhuac; era
Rayo de sol que el bosque fecundiza,
Arroyo cristalino
Que lento se desliza
Regando las malezas del camino!
¡Arbol frondoso cuyas verdes ramas
Al delicado arbusto
Defienden del injusto
Y ardiente azote de estivales llamas!
¡Montaña gigantea,
Que el virginal tesoro
Descubre al cabo, de la luz febea,
En oculto filon, al rayo de oro!...
Mas ¡oh traidora suerte!
Nada contuvo de la horrible muerte
La irresistible saña...
Se allanó la montaña;
Velóse el rayo de la luz divina;

Perdió su cáuce el agua cristalina;
Y de la tempestad al eco ronco,
A tierra vino el formidable tronco.
Así al cielo le plugo.
¡Era mortal!... ¡Y al poderoso yugo,
Mísera humanidad, estás sujeta!
Como el débil infante, el fuerte atleta
Al rudo golpe sucumbir debia.
Y por eso llorais... los que algun dia
Pendientes de su lábio,
Escuchásteis su acento;
Los que en torno del sábio,
Cultivábais las flores del talento.
Todos juntos aquí... si el pecho late,
Late por él acongojado y triste;
Que es triste ver al sol cuando desmaya,
Cuando crespones funerales viste,
Y hunde la frente en la remota playa.
Breves horas no más... De noche augusta
El carro rueda en la tiniebla fria...
Pronto la densa oscuridad sombría
Se rompe, se deshace, se colora...
Plácida luz los horizontes dora...
Se enciende en refulgente llamarada
La atmósfera apagada;
Asoma en el oriente
Del astro-rey la majestuosa frente;
Tiembla al vivo fulgor la Parca herida,
Y huye del templo de la eterna vida;
Girando se revuelve,
Deja al pasar su cineraria huella,
Y en ese bronce helado

¡Sus negras alas para siempre estrella!
¡Iérguete altiva, de las ciencias Diosa!
Ora venimos á rasgar el velo
Que ayer cubrió tu frente victoriosa:
Ayer cruzando la encumbrada ruta,
Que de ciprés marchito
Y funeral crespon la pátria enluta...
Florezca el láuro que tu sien corona,
Emprende altiva el prodigioso vuelo,
Y el eslabon que al mundo te aprisiona,
Caiga en pedazos destrozado al suelo.
Caiga... y tus alas remontando al cielo,
Coronada de luz, el claro nombre
Del varon inmortal, Minerva aclama;
¡Tu voz el hielo de los tiempos rompa!
¡Y eternice la fama
El eco augusto en la sonora trompa!

1877.

Peredo (Manuel)

EL CANCAN (1)

EPISTOLA Á IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO

No más, no más, Ignacio, con sermones,
Ni con textos latinos,
Intentes de moral darnos lecciones;
Sepulta ya tus doctos desatinos
En un rincon de la memoria, y sufre
El sensato desden y la rechifla
De emancipada gente,

(1) Esta composicion se escribió en Agosto de 1869 y alude á los artículos que á la sazon publicaba Don Ignacio M. Altamirano contra el *Cancan* en *El Renacimiento*, notabilísimos como suyos; los latines de que se hace mencion, eran unos versos del gran Juvenal, citados por Altamirano, en que el inmortal satírico flagela las obscenas danzas teatrales de su época.

Que ya ni ayo ni mentor consiente.
Dígote, por mi fé, que me arrepiento
De haber seguido la torcida senda
Por donde tu caminas;
En achaque de teatros, desatinas,
Si crees que al decoro
Hasta en la escena ha de rendirse culto;
Eso fué bueno para el siglo de oro,
En que el oro mostrábase doquiera,
No como hoy, que va escurriendo el bulto,
Del *gas* y del *vapor* el siglo es este,
Y cueste lo que cueste,
A tí, y á mí, y á todos, nos precisa
Andar á toda luz, y á toda prisa.
¿No es siglo de las luces? pues que vea
Todo cuanto hay que ver quien tenga ojos;
Ni á la inocencia permitido sea
El tiránico abuso
Que ante sus ojos una venda puso.
¡Niños mirad! que si la luz sin tasa
Os ofende, es dolor que pronto pasa,
Hoy la cuestion vital, la interesante,
Es marchar adelante,
Sin que nos de cuidado
El cómo, ni por dónde, ni á qué punto,
Cual suele hacer el potro desbocado;
Que al fin, entre correr y desbocarse
La diferencia es poca:
Un freno más ó ménos en la boca,
¿Ni quién frenos tolera
En esta que alcanzamos feliz era
Del adulterio libre y del suicidio,

En que á San Pablo sustituye Ovídio?
¡No más oscuridad! rásguese el velo
Con que el pudor gazmoño se cubría,
Porque al fin, en el dia,
No hace falta el pudor, hijo del cielo:
Ya su rojo matiz París nos manda
En tarrillos de clase superfina;
Un duro el *rubor* vale,
Y dura mucho, y más barato sale,
¿El siglo de los libres pensadores
No es este? pues pensemos
Con ámplia libertad, y averigüemos
Cuanto escondido entre las sombras yace;
Á esta generacion no satisface
El misterio prudente
Con que la añeja gente
Tales y cuales cosas encubría:
¡Fuera la hipocresía!
¡Fuera la virtud vana!
Que es mejor que vivamos desde niños
A la pata la llana!
En clase de misterios, no se admitan
Sino los que algo valen,
Los que ofrecen ganancia
A pescadores en el rio revuelto,
Los misterios ciprinos,
Que ora la amable Francia
Para ilustrar á imberbes libertinos
Renueva sin tapujos en la escena.
Por eso á boca llena
El *cancan* se celebre como es justo,
Y huye el pudor adusto

Cuyos principios son no enseñar nada.
¡Fuera el poder tirano!
¡Caiga al fin de su mano
El cetro con que siglos há regía
(Y por desgracia rige todavía)
Al corazon humano,
Y en especial al pueblo mexicano!
Fuerza es que el oprimido se levante
Y que de la victoria el himno cante!
¡Es preciso que venza
Alguna vez la pobre desvergüenza!
¡Y vencerá! preludio de su historia
Es el dulce *cancan*, que nos inflama
Con su *canicular* brillante llama,
¡Honor al nuevo rey, al *cancan* gloria!
Todo eso y mucho más, díjome há poco
Cierto señor muy respetable y tieso,
Tan respetable que hasta peina canas,
Y es decidido amante del progreso,
Cuanto enemigo acérrimo de vanas
Nécias preocupaciones;
Convenciéronme al punto sus razones,
Cuya clara verdad salta á la vista,
Y héteme convertido en *cancanista*.
Neófito soy, pero verás que ardiente;
Ya te me pongo enfrente,
Mi ex-maestro y amigo;
Prepárate á escuchar las que te digo
Cuatro verdades frescas;
Primera, que no sabes lo que pescas;
Segunda, que los fines
Del *cancan* no se tuercen con latines;

Tercera, que no muestras grande acierto
Predicando en desierto;
Y cuarta, que ya es mengua
En contra del *cancan* soltar la lengua.
Abjura como yo, abjura, Ignacio;
No te vean mis ojos tan reacio
En aplaudir, cual todos, ese baile
Capaz de hacer saltar á un santo fraile.
Tienes con lo que se hacen los sermones,
¿Y así al *cancan* te opones?
¡Te abandono, infeliz! quédate haciendo
Pucheros en la insípida tragedia;
Miéntras yo, sacudiendo
Mi estupidez de ántes,
Clamo á grito pelado: —¡el *cancan* viva!
Luz para todos, luz, no haya ignorantes!—
¿Qué digo? no los hay en la edad nuestra:
Solo tú te quedaste para muestra.

Plaza (Antonio) [1]

FE

¿Por qué si presa de iracunda suerte
Entre las garras del dolor me agito,
Con ilusiones de ángel forjo el mito
Que luz de sol en mi horizonte vierte?

¿Con mi fé la esperanza se divierte?
¡No! Que á otro mundo volaré, bendito,
Cuando el veneno de mi sér maldito
Se quede en el regazo de la muerte.

Mi alma infeliz á quien el hombre aplica
Duro tormento que le arranca llanto,
Irá de gloria y de virtudes rica

A la mansion del eternal encanto:
Si es verdad que el martirio santifica,
Yo voy á ser en ultratumba un santo.

(1) No pudiendo conseguir el colector de estas composiciones las mejores de este poeta, notable en su género, se limita á publicar las únicas que ha podido adquirir.

GOTAS DE HIEL

FRAGMENTOS

Entre las sombras vegetando vivo
Sin que una luz ante mis ojos rádie,
É indiferente mi existir maldigo,
Sin creer en nada, sin amar á nadie.

Para mí la esperanza está perdida;
Nada me importa mi futura suerte,
Ni tiene objeto para mí la vida,
Que al corazon se anticipó la muerte.

Á nadie importa mi dolor eterno,
Y vago triste, descreido, aislado,
Como vaga en los antros del infierno
El ¡ay! desgarrador del condenado.

Mis horas de sufrir son infinitas,
Horas que el alma de ponzoña llenan,
Horas de mi expiacion, horas malditas,
Que en el reloj de los infiernos suenan.

¡Ilusiones! ¡Amor! fué necesario
Que os marcháseis al fin, pero no os siento;
¡Lentejuelas pegadas al sudario!
¡Pedazos de oropel que barre el viento!

Ya sin amor, y con la fé extinguida,
Me burlo de las iras de mi suerte;
¡Qué carnaval tan nécio el de la vida!
¡Qué consuelo tan dulce el de la muerte!

Ramirez (Ignacio)

FRAGMENTOS

¿Qué es nuestra vida sino tosco vaso
Cuyo precio es el precio del deseo
Que en él guardan Natura y el Acaso?

Cuando agotado por la edad le veo,
Sólo en las manos de la sábia tierra,
Recibirá otra forma y otro empleo.

¡Cárcel es y no vida, la que encierra
Sufrimientos, pesares y dolores,
Ido el placer! ¿la muerte á quién aterra?

Madre Naturaleza, ya no hay flores
Por do mi paso vacilante avanza;

Nací sin esperanza ni temores,
Vuelvo á tí sin temores ni esperanza.

*
* *

Anciano Anacreon, dedicó un dia
Un himno breve á Vénus orgullosa,
Solitaria bañábase la diosa
En ondas que la hiedra protegía.
Las palomas jugaban sobre el carro,
Y una sonrisa remedó la fuente,
Y la Fama contó, que ha visto preso
Al viejo vate por abrazo ardiente,
Y las aves murmuran de algun beso.

A.....

Cuando en brazos de Abril sale la aurora
El *ahuehuet* canoso reverdece,
Là yerbezuela tímida florece
Y su partida Lucifer demora.

Y al contemplarte jóven, seductora,
La sonrisa en los lábios aparece,
El amor en los ojos resplandece
¿Qué corazon temblando no te adora?

Dichosa juventud, que puede osada
Sorprenderte, bajarte de tu altura,
Y con rosas llevarte encadenada.

Acepta esta efusion ardiente y pura;
Me detengo á las puertas de la nada
Por celebrar, amiga, tu hermosura.

AL AMOR

¿Por qué Amor, cuando espiro desarmado,
De mi te burlas? Llévate esa hermosa
Doncella, tan ardiente y tan graciosa,
Que por mi oscuro asilo has asomado.

En tiempo más feliz, yo supe osado
Extender mi palabra artificiosa
Como una red, y en ella, temblorosa,
Mas de una de tus aves he cazado.

Hoy de mí mis rivales hacen juego,
Cobardes atacándome en gavilla;
Y libre yo, mi presa al aire entrego.

Al inerme leon el asno humilla:
Vuélveme, Amor, mi juventud, y luègo
Tú mismo á mis rivales acaudilla.

Roa Bárcena (José María)

FUNDACION DE MEXICO

A MI AMIGO EL SEÑOR DON ANGEL NUÑEZ

I

Despues que el extraño yugo
Que en sanguinaria la trueca
Rompióse, á la tribu azteca
Dejar á Ixtacalco plugo.

(1) El Sr. Don José María Roa Bárcena publicó en el año de 1862 un mo de Leyendas Mexicanas, sobre hechos históricos acaecidos ántes la conquista, y creemos que esa coleccion, con algunas de las comiciones del mismo carácter publicadas por Ortega, Rodriguez Galan y Pesado, servirán más tarde de base al *Romancero nacional mexica-* para cuya obra mucho han trabajado y trabajan varios jóvenes poe- cuyos nombres figuran en este volúmen.

Hácia el Norte se adelanta
Como por instinto vago,
Y en una roca del lago
Descubre indígena planta.

Y en rama y hojas, tupidas
De espina que la resguarda,
Posaba un águila parda,
Las grandes alas tendidas.

Ante el nopal y la peña,
La onda y el águila grave
Y áspid inquieto que el ave
Con pico y garras domeña.

Ve coronado su intento,
Que son la señal, en suma,
De que pondrá en esta espuma
De una ciudad el cimiento.

En insólita alegría
Trocados ya sus pesares,
Fama es que en rudos cantares
El pueblo azteca decia:

II

CORO

Cumplióse del Númen
La oferta sagrada,
Y á nuestra jornada
Aquí damos fin.

Del lago tranquilo
Serán los espacios
Ciudad de palacios,
Eterno jardin.

UNA VOZ

¡Qué bien que retrata
La clara laguna
La luz de la luna
Y el fuego del sol!

UN SACERDOTE

Se erija á Méxitli
Altar en la roca:
Si el pueblo le invoca
Darános favor.

OTRA VOZ

Merced á la industria
Que doma elementos,
En la agua cimientos
Pondrémos al fin.

CORO

Del lago tranquilo
Serán los espacios
Ciudad de palacios,
Eterno jardin.

III

La tribu alzó santuario
De verdes flexibles cañas,
Y tambien pobres cabañas
Junto al peñon solitario.

Y tal fué la humilde cuna
De México, que en su historia
Retrata en desdicha y gloria
Las vueltas de la fortuna.

De Itzcohuatl engrandecida,
Bajo Tizoc respetada,
Con Moctezuma aherrojada
Y con Guatimoc vencida.

Vió elevarse en su recinto
Sobre sus aras profanas
Las basílicas cristianas
Y el pendon de Cárlos quinto.

De indígenas y extranjeros
Surgir una raza mista
Que á la colonia conquista
De libre nacion los fueros.

Despues, en ódio profundo
Y en fraterna lid menguada,
Cruzar sus hijos la espada
Con escándalo del mundo.

¡Cuánto ha sufrido, sí, cuánto
La reina de este hemisferio!
Desmembrado está su imperio
Y hecho girones su manto.

Sentada en frondosa vega
Lágrimas vierte hilo á hilo,
Y acrece el lago tranquilo
Y así en su llanto se anega.

Y medita en sus dolores,
Presa de rudos afanes,
A la luz de sus volcanes
Y al vaiven de sus temblores.

Rodriguez y Cos (José María)

MUERTE DE ABEL

¡Cuán hermoso es Abel! Su cabellera,
En mil bucles de oro derramada,
Presta al íris azul de su mirada
La majestad que en ésta reverbera.

Un cándido cordero condujera,
En cuya nívea frente coronada,
Se columpia una rosa perfumada
Que en primicias le dió la primavera.

Sobre un peñasco luego deposita
La hermosa ofrenda que el Señor recibe
Del que en cumplir su voluntad se afana;

¡Ay! sobre Abel, Cain se precipita
Le dá la muerte y con su envidia escribe
El primer crímen de la historia humana.

EL CADÁVER DE ABEL

Miradle: Hundido en almohadon de grama,
Empapado en su sangre purpurina,
Yace Abel, con la rosa matutina
Que aún su esencia en derredor derrama.

Eva le encuentra, é *hijo mio* clama,
Y hácia su rostro con amor se inclina,
Y besa aquella frente peregrina,
Y una vez y otra aún *¡hijo!* le llama.

¡Silencio! La infeliz... no... aún no entiende
Que son de Abel no más que los despojos...
Y le levanta tímida... le extiende

En su regazo. Con sus lábios rojos
Abre sus lábios; todo lo comprende,
Y las lágrimas saltan de sus ojos.

Rodriguez Rivera (Ramon)

TROPICAL

I

Truena la tempestad, oscuro cielo
En lluvia y rayos se deshace airado
Y alumbran los relámpagos el suelo,
Y ruge el huracan desenfrenado.
Se amontonan las nubes, se enfurecen,
Y arrojan sin piedad hora tras hora
La muerte y destruccion con que se mecen
En la eléctrica chispa destructora.
Y se chocan, y luchan á millares,
Amenazando con furor la sierra,
Y embravecidas se unen con los mares,
Haciendo el trueno estremecer la tierra.
Airado el viento con tenaz bravura

Llega en su furia á arrebatar las rocas,
Y se arrastra en indómita locura
Lanzando ahullidos sus enormes bocas.
Todo lo arrastra, los destruye todo,
Y con ruido infernal, por las pendientes
De la barranca, hasta el revuelto lodo
Descienden á mezclarse los torrentes.
Y las fieras se acojen á las grutas,
Y en las grietas se ocultan los jilgueros,
Y caen al par de sazonadas frutas
Los peñascos rodando á los senderos.
Y á la siniestra luz que centellea,
Despeñarse se vé de las montañas,
Como al fulgor de cineraria tea,
Las plantas y ganados y cabañas.
En suicidio eternal las aguas bajan
Buscando tumba en el profundo abismo,
Y cedros y palmeras se desgajan,
Y en ayes rompen su eternal mutismo;
Las olas encrespadas y espumosas
Se estrellan sin piedad contra la playa,
Y se rasgan temibles y rabiosas,
Y á su eterno rugir el mundo calla.
Negro, muy negro el cielo, amenazante,
Lanza solo su rayo tremebundo,
Y el terrible huracan, negro gigante,
Ronco amenaza desquiciar al mundo.
De destruccion el génio vuela, en tanto
Que su mirada audaz relampaguea,
Y de nieblas y rayos con su manto
Al mundo entero con furor flamea.
Sobre el bridon del austro cabalgando

El ígneo polvo en su correr levanta,
Y negras nubes á sus piés rodando
Sienten el peso de su férrea planta.
Contrae su lábio la infernal sonrisa
Al ver que la materia se destruye,
Mas llega el ángel de la luz, y aprisa
Tiende sus alas con espanto y huye.

II

Cesó la tempestad, blanquizcas nubes
Que calman los ardores del estío,
Flotan como bandadas de querubes
Y copos de algodon en el vacío.
La blanca luna entre celajes brota,
Y brotan las estrellas y luceros
Que hacen brillar la cristalina gota
Suspendida en los altos cocoteros.
Los bosques de sonantes platanares
Sacuden con rumor las anchas hojas
De donde caen las gotas á millares
Sobre silvestres florecillas rojas.
Fresca la brisa á acariciar empieza
Los mangos y cafetos y cañales,
Y murmura al rozar la alta maleza
O al perderse en revueltos carrizales.
Se abren de los naranjos blancas flores
Exhalando perfumes que adormecen,
Y de canoras aves de colores
Los blancos nidos con amor se mecen:
Las luciérnagas pasan brilladoras,

Y los cocuyos lanzan sus destellos,
Y el grillo y la cigarra vibradoras
Lanzan sus cantos, por salvajes bellos.
Y el arroyuelo manso culebrea
Por entre el césped murmurando amores,
Y sobre el márgen que el sauz sombrea
Salpica y hace renacer las flores.
Brota la yerba, los planteles crecen,
Germina el grano, se madura el fruto,
Y las espigas de oro se estremecen
Bajo el peso estival de su tributo.
Todo se mueve y la deidad del campo
Al regar las semillas, á su espalda
Deja de su alma á la campiña un lampo
Cuando la roza su flotante falda.

1873.

EL LABRADOR

El gallo canta, el labrador despierta,
Y alegre el tíbio lecho abandonando,
Mira perderse el matinal lucero,
Y al incansable buey unce el arado
Que abre los surcos de fecunda tierra.
Gustoso apura el líquido regalo
De blanca leche tibia y espumosa,
Que le ofrece en su fuente derramando,
La humilde madre del soberbio bruto.
Su luz difunde por los aires claros
La blanca aurora que en Oriente asoma,
Y al colorar los montes y los prados,
Despierta á bulliciosas avecillas,
Que alegres cantan al mirar de blanco
Y de fuego teñido el horizonte,
Cual lluvia de oro suspendida en lo alto
Por la carrera que en su curso sigue
El que la luz eclipsa de los astros.
Tras la yunta que al gélico rocío

Va en riachuelos tornando el lento paso,
Sigue el labriego que el hogar dejára,
Su esperanza en la fé depositando;
Que el premio encuentra el que en la madre tierr
Deposita su amor y su trabajo.

Sin dar ya sombras, por el éter puro
Flota bañando de candentes rayos
El refulgente luminar del dia,
El astro rey de los millares de astros.
La frente humedecida por las gotas
Que fertilizan el inculto llano,
El labrador el grano deposita
Entre los surcos que trazó el arado:
De allí verá brotar plantas y flores
Con los frutos que dulces, sazonados,
Serán el alimento de sus hijos
Y llenarán la choza y el cercado;
Por eso, alegre el labrador, no siente
La lluvia estiva ni el fugaz verano.
Llega la madre de sus tiernos hijos
Llevando el refrigerio á su trabajo,
Y el sencillo manjar, dulce y sabroso,
Recibe con placer de entre sus manos;
Luego á la sombra, respirando el fresco,
Al pié de un árbol quedan reclinados
Sobre la alfombra de mullido cesped
En su dicha y su amor siempre soñando.
Con más firmeza á levantarse vuelve,
Y de nuevo comienza su trabajo,
Contento el corazon, tranquila el alma,
Y la conciencia exenta de cuidados,

Que el ángel bueno sin cesar le guía,
Que huye á sus ojos el arcángel malo.

Ya el sol declina, resplandecen tíbios
Sobre el Citlaltepétl pálidos rayos;
Y vuelve el labrador á la cabaña
En busca de su sueño y su descanso;
Besa á sus hijos y á su esposa besa,
Que á recibirle salen á su paso,
Y al guarda fiel de su cabaña toca
Acariciando con callosa mano,
Y sin temor, tranquilos saborean
El blanco queso y el cabrito asado.
Entre tanto, las aves se recogen,
Trinando alegres en los verdes ramos
Del cedro embalsamado, donde cuelgan
Sus nidos de bejuco entrelazado,
Y el buey dormita entre la paja seca
Ó está rumiando en el cubierto establo.
De gracias la oracion en coro entonan
Al Hacedor de todo lo creado,
Y el ángel de los sueños se desprende
Del alto cielo hasta llegar al campo,
Cubriendo con sus alas la cabaña
Para impedir la entrada á los cuidados.

Manto de sombras la callada noche
Tendió en silencio por el monte y prado,
Y el génio de los campos con sus alas,
De húmedas gotas y perfumes raros,
De brisas vagarosas do la luna
Difunde melancólica sus rayos,

Al rozar mansamente las colinas,
Hace brotar el germinante grano,
Y crecer los retoños y planteles,
Y cubrirse de fruto los sembrados,
Mientras que duerme de inocencia el sueño
El laborioso labrador cansado.
¡Bendita esta existencia encantadora!
¡Dichosa vida la que dan los campos!

1872.

Rosas (José)

¡QUIÉN PUDIERA VIVIR SIEMPRE SOÑANDO!

Es la existencia un cielo,
Cuando el alma soñando embelesada,
Con amoroso anhelo,
En los ángeles fija su mirada.
¡Feliz el alma que á la tierra olvida
Para vivir gozando!
¡Quién pudiera olvidarse de la vida!
¡Quién pudiera vivir siempre soñando!

En esta estrecha y mísera morada
Es un sueño engañoso la alegría;
La gloria es humo y nada
Y el más ardiente amor gloria de un dia.
Afan eterno al corazon destroza
Cuando los sueños ¡ay! nos van dejando.

Sólo el que sueña goza.
¡Quién pudiera vivir siempre soñando!

De su mision se olvidan las mujeres,
Los hombres viven en perpétua guerra;
No hay amistad, ni dicha, ni placeres;
Todo es méntira ya sobre la tierra.
Suspira el corazon inútilmente....
La existencia que voy atravesando
Es hermosa entre sueños solamente.
¡Quién pudiera vivir siempre soñando!

Sin mirar el semblante á la tristeza
Pasé de la niñez la dulce aurora,
Contemplando entre sueños la belleza
De ardiente juventud fascinadora.
Pero ¡ay! se disipó mi sueño hermoso,
Y desde entónces siempre estoy llorando
Porque sólo el que sueña es venturoso.
¡Quién pudiera vivir siempre soñando!

LA JUVENTUD

—

Juventud, juventud, bajo tus alas
Busqué en mi único amor sombra y abrigo,
Me negaste tus goces y tus galas....
Ingrata juventud, yo te maldigo.

FRANCISCO GONZALEZ BOCANEGRA.

¡Cuán rápidos pasaron
Los dulces años de la infancia mia,
Esos años de paz y de alegría
Que tanto acariciaron
Al corazon que sin afan dormia!
Pasaron como el viento,
Cual pasa siempre la ilusion querida,
Como pasan la dicha y el contento.
Tendió sus alas la tormenta oscura,
La calma se alejó despavorida
Y vinieron las horas de amargura:
¡Ay, cuán presto se acaba la ventura!
¡Cómo pasan los años de la vida!

Quién me diera el encanto misterioso
De aquellas ilusiones seductoras

Tan sentidas despues y tan lloradas.
¡Quién pudiera volverme aquéllas horas,
Aquéllas horas por mi mal pasadas!
¡Ay! entónces cruzaba la existencia,
Tranquilo y descuidado,
En medio de la paz y la inocencia.
Sin esta indecision que me acobarda,
Encantado por dulces embelesos,
De mi ángel bueno en los amantes brazos
Y al blando son de los maternos besos.
Pero ha pasado la niñez hermosa,
Y hoy devoro tormentos á millares:
Hoy el capricho del falaz destino
Me aparta á mi pesar de mis hogares,
Y al impulso del ráudo torbellino,
Entre los mares del dolor me pierdo;
Pues del placer pasado y la alegría
Le queda al corazon sólo el recuerdo,
¡Último aroma de la flor de un dia!

Pasó la edad de la inocencia pura,
Y tu viniste, juventud galana,
Radiante de placer y de hermosura
Como una flor en su primer mañana.
Tú viniste, cual sueño de ventura,
Ansiando amor y derramando amores,
Húmedos de pasion los lábios rojos,
La sien ceñida de fragantes flores,
Y el fulgor del relámpago en los ojos.

Yo miré tu belleza, cariñoso
Te fuí á buscar en mi délirio ciego,

Y entre tus brazos me arrojé gozoso,
Cual inocente niño
Que corre á asir el devorante fuego.
Entre tus flores ¡ay! tú me trajiste
La ilusion que la calma me arrebata,
La hermosa vírgen por quien vivo triste,
La vírgen ¡ay! que por mi mal existe,
Por mi mal, tan hermosa y tan ingrata.

Al contemplar su espléndida belleza,
Paraíso de amor y de ventura
Me pareció la vida,
Y en mi amoroso anhelo,
Sin recordar que al fin todo se olvida,
Juzgué que en el amor se hallaba el cielo.
Corriendo en pos de la ilusion funesta
Deslumbrado busqué la bienandanza,
Y he sabido las lágrimas que cuesta
El delirio de amar sin esperanza.

¿Por qué viniste á desgarrar mi pecho
Y con tus llamas á abrasar mi frente,
Aciaga juventud? ¿Por qué viniste
Si en vez de la ilusion que me ofreciste,
De los goces y dulces alegrías
Que me brindaste con falaz halago,
Me diste sólo, de mi amor en pago,
Noches amargas y funestos dias?

Huye de mí con tus encantos pérfidos;
Ya no pretendas fascinar el alma
Con la luz de tus mágicos colores;

Vuelve á mi pecho la perdida calma,
No quiero ya tus engañosas flores.

No quiero ya tu torbellino eterno,
Porque hoy su horrible agitacion me mata;
Sólo anhelo la dicha de la muerte;
No quiero verte, juventud ingrata,
Ya más no quiero en mi presencia verte.

En otro tiempo ambicioné tu abrigo,
Te fuí á buscar y te tendí la mano:
Hoy que ya con tu fiebre me fatigo,
Que busco paz y que la busco en vano,
Ingrata juventud, yo te maldigo.

EL ZENTZONTLE

¡Cuán dulce es la armonía
De tus cantos de amor! ¡Cuánta ternura,
Cuánta melancolía,
Qué extraño sentimiento
Hay en tu triste acento,
Bardo alado de Anáhuac, bardo errante,
Morador de sus bosques silenciosos,
Trovador de sus lagos rumorosos!

Cuando su luz brillante
Vierte la primavera en los jardines,
Tiendes al viento tú las pardas alas,
Cruzas el valle umbrío,
Y alegres himnos amoroso exhalas,
Entre los sáuces del tranquilo rio.

En el ardiente Estío,
Cuando el sol en el cielo apénas arde,
El himno de la tarde

Cantas en las praderas,
Al rumor de las brisas lisonjeras.

Y en la noche callada,
Cuando la luna pálida fulgura,
Como vírgen que vela enamorada,
Y la naturaleza desmayada
En grata, inmóvil languidez reposa,
Y la noctucna diosa
Vierte doquier su plácido beleño
En el sereno ambiente,
Suspiras tiernamente
La tímida cancion de un dulce sueño.

En esas tristes horas
Tu cadenciosa voz llega al oido,
El silencio turbando,
Como el eco fugaz de un bien perdido;
Como el vago gemido
De un alma ardiente que en ardiente anhelo
La tierra va cruzando,
Solitaria y doliente suspirando,
Sin cesar suspirando por el cielo.

Al levantarse un dia
Entre las olas de la mar hirvientes
La adorada y hermosa pátria mia,
Quiso amoroso Dios que independientes
Los *sinsontes* su atmósfera cruzáran
Á la luz de sus astros refulgentes;
Que allí su dulce amor tiernos buscáran,
Y orgullosos volando en las alturas,

Su juventud espléndida cantáran
En la selva, en el monte, en las llanuras.

Tus hermanos, de entónce en ráudo vuelo
Cruzan su hermoso suelo,
Sus soberbias montañas, sus vergeles,
Sus floridos y extensos limonares,
Sus magníficos bosques de laureles;
Y suspiran dulcísimos cantares
Impregnados de amor y sentimiento,
Y el ambiente respiran de sus mares,
Y orgullosos se mecen en el viento
Que sacude sus anchos platanares.

Cuando altiva otro tiempo y vencedora
La reina de Occidente,
Ornada en jaspes de vistosas plumas
Alzaba al cielo la serena frente,
Y Axayacatl valiente,
Humillando á sus piés á las naciones
Sus gloriosas conquistas extendía,
Y doquier la victoria sonreía
Á la sombra feliz de sus pendones,
En la risueña márgen de los lagos,
Los *sinsontes*, con notas celestiales,
Del guerrero imitaban la querella,
El discorde vibrar de los timbales,
La enamorada voz de la doncella,
Y el clamor de los himnos nacionales.
Otras veces, volando en la espesura,
De la fuente imitaban los rumores,
El lamento del mirlo entre las flores,

La querellosa voz de la paloma,
De hondos suspiros llena,
Del tardo buey el trémulo bramido,
Y el hórrido silbido
Del réptil que se arrastra entre la arena.

Así cual del Anáhuac contemplando
La majestad divina
Que un sol de fuego espléndido ilumina
Mústia y triste la Europa nos parece,
Y su antigua hermosura palidece;
Así cuando el *sinsonte* enamorado,
Feliz se oculta en el risueño prado
Y canta entre las palmas y las flores,
Deben enmudecer los ruiseñores.

Tú, inimitable artista,
En mil revueltos giros
Volando caprichoso,
Imitas cadencioso
Ecos, cantos, murmullos y suspiros.
Siempre hallas una voz y una armonía
Para expresar tu duelo,
Y traduces en tierna melodía
Del amor el dulcísimo consuelo
Y el ardiente placer de la alegría.
Tienes siempre al mecerte por el viento,
Para todos los goces un acento;
A todo prestas inefable encanto,
Y ora el dolor te agite, ora el contento,
No hay dicha, no hay afan, no hay sentimiento
Que tú no expreses con tu tierno canto.

¡Cuál conmueve tu voz el alma mia!
¡Bendita la armonía
De tu suspiro amante,
Bardo alado de Anáhuac, bardo errante,
Morador de sus bosques silenciosos,
Trovador de sus lagos rumorosos.
¡Plegue al piadoso cielo
Que en estrecha prision nunca suspires
Triste cancion de duelo,
Que en orgulloso vuelo
Cruzando las inmensas cordilleras,
A nuestra pátria mires
Bendita por la historia;
Y que repitas siempre en tus cantares
El himno de su gloria,
Al gemir de sus anchos platanares
Y al rumor de las olas de sus mares.

LA VUELTA Á LA ALDEA

Ya el sol oculta su radiosa frente;
Melancólico brilla en Occidente
Su tímido esplendor;
Ya en las selvas la noche inquieta vaga
Y entre las brisas, lánguido se apaga
El último cantar del ruiseñor.

¡Cuánto gozo escuchando embelesado
Ese tímido acento apasionado
Que en mi niñez oí!
Al ver de léjos la arboleda umbrosa,
¡Cuál recuerdo, en la tarde silenciosa,
La dicha que perdí!

Aquí al son de las aguas bullidoras,
De mi dulce niñez las dulces horas
Dichoso ví pasar,
Y aquí mil veces al morir el dia,
Vine amante despues en mi alegría
Dulces sueños de amor á recordar.

Ese sáuce, esa fuente, esa enramada,
De una efímera gloria ya eclipsada
Mudos testigos son:
Cada árbol, cada flor, guarda una historia
De amores y placer, cuya memoria
Entristece y halaga al corazon.

Aquí está la montaña, allí está el rio;
A mi vista se extiende el bosque umbrío
Donde mi dicha fué.
¡Cuántas veces aquí con mis pesares
Vine á exhalar de amor tristes cantares!
¡Cuánto de amor lloré!

Acá la calle solitaria; en ella
De mi paso en los céspedes la huella
El tiempo ya borró.
Allá la casa donde entrar solia
De mi padre en la dulce compañía...
¡Y hoy entro en su recinto solo yo!

Desde esa fuente, por la vez primera,
Una hermosa mañana, la ribera
Á Laura ví cruzar;
Y de aquella arboleda en la espesura.
Una tarde de Mayo, con ternura
Una pálida flor me dió al pasar.

Todo era entónces para mí risueño;
Mas la dicha en la vida es sólo un sueño,
Y un sueño fué mi amor.
Cual eclipsa una nube al rey del dia,

La desgracia eclipsó la dicha mia
En su primer fulgor.

Desatóse estruendoso el terbellino
Y al fin airado me arrojó el destino
De mi natal ciudad.
Así cuando es feliz entre sus flores,
¡Ay! del nido en que canta sus amores
Arroja al ruiseñor la tempestad.

Errante y sin amor siempre he vivido;
Siempre errante en las sombras del olvido.....
¡Cuán desgraciado soy!
Mas la suerte conmígo es hoy piadosa;
Ha escuchado mi queja, cariñosa,
Y aquí otra vez estoy.

Ni sé, ni espero, ni ambiciono nada;
Triste suspira el alma destrozada,
Sus ilusiones ya;
Mañana alumbrará lá selva umbría
La luz del nuevo sol, y la alegría
¡Jamás al corazon alumbrará!

Cual hoy, la tarde en que partí doliente,
Triste el sol derramaba en Occidente
Su moribunda luz:
Suspiraba la brisa en la laguna,
Y alumbraban los rayos de la luna
La solitaria cruz.

Tranquilo el rio reflejaba el cielo,
Y una nube pasaba en blando vuelo,

Cual pasa la ilusion;
Cantaba el labrador en su cabaña,
Y el eco repetia en la montaña
La misteriosa voz de la oracion.

Aquí está la montaña, allí está el rio...
¿Más dónde está mi fé, dónde, Dios mio,
Dónde mi amor está?
Volvieron al verjel brisas y flores,
Volvieron otra vez los ruiseñores...
Mi amor no volverá.

¿De qué me sirven, en mi amargo duelo,
De los bosques los lirios, y del cielo
El mágico arrebol,
El rumor de los céfiros suaves,
Y el armonioso canto de las aves,
Si ha muerto ya de mi esperanza el sol?

Del arroyo en las márgenes umbrías,
No miro ahora como en otros dias
Á Laura sonreir.
¡Ay! En vano la busco, en vano lloro,
Ardiente en vano su piedad imploro;
Jamás ha de venir..!

RECUERDOS DE LA INFANCIA

FRAGMENTOS

Junto á las puertas del cielo
Vive el hombre soñador
Llorando en perpétuo anhelo,
Que la historia del amor
Es historia de dolor
Junto á las puertas del cielo.

Bendita por el amor
Miro una humilde casita
Entre naranjos en flor,
Y una pobreza bendita,
Bendita por el amor.

Es la palabra del cielo
Necesaria, no os asombre,
Para expresar este anhelo;
¡Madre! ¡madre! Este es el nombre,
Es la palabra del cielo.

La corriente de la vida
Va por el viento impelida
Como las rápidas olas,
Me dijo mi madre á solas
Con inefable cariño,
Porque yo, cándido niño,
En lucha no interrumpida
Quise el agua contener...
¡Quién pudiera detener
La corriente de la vida!

Van volando todavía
En mi memoria las flores
Que yo deshojára un dia,
Y las hojas de colores
De la flor de mis amores
Van volando todavía.

Es el pájaro que canta,
Dije una vez, madre mia,
Un tesoro de armonía;
Y fué mi ventura tanta
Que mucho hablaba y reía
Y exclamó mi madre inquieta:
«Tú pareces un poeta»
—¿Y qué es eso madre santa?—
Ella besóme llorando
Y me dijo suspirando:
- Es el pájaro que canta.

Las estrellitas del cielo
Miraba con dulce anhelo,

Y mi madre sonreía:
En el plácido arroyuelo
Retratadas las veía,
Y mi madre me decia:
Tambien ¡oh niño! en el suelo,
Como el agua trasparente,
Refleja el alma inocente
Las estrellitas del cielo.

¡Cuán amarga es esta vida!
Triunfa do quiera el rencor
Y todo pasa y se olvida.
Es breve sueño el amor
Y sólo es cierto el dolor.
¡Cuán amarga es ésta vida!

1877.

Rincon (Manuel L.)

EN EL BAÑO

Del escondido bosque en la espesura
Que cubre á trechos el azul del cielo,
Do canta el ave con amante anhelo,
Y el áura tíbia de placer murmura;

Blanca, gentil, radiante de hermosura,
Cubierta apénas con ligero velo,
El pié desnudo, destrenzado el pelo,
A Leida ví junto á la fuente pura.

Yo ví copiados en la linfa clara
Aquellos sus contornos soberanos,
Que de Milo la Vénus envidiára;

Yo ví de su belleza los arcanos,
Y un suspiro lancé; volvió la cara,
Y al blanco seno se llevó las manos.

Riva Palacio (Vicente)[1]

EN EL ESCORIAL

Resuena en el marmóreo pavimento
Del medroso viajero la pisada,
Y repite la bóveda elevada
El gemido tristísimo del viento.

En la historia se lanza el pensamiento,
Vive la vida de la edad pasada,
Y se agita en el alma conturbada
Supersticioso y vago sentimiento.

Palpita allí el recuerdo, que allí en vano
Contra su propia hiel buscó un abrigo,
Esclavo de sí mismo, un soberano
Que la vida cruzó sin un amigo;
Águila que vivió como un gusano,
Monarca que murió como un mendigo.

(1) La mayor parte de las poesías del general Riva Palacio están publicadas con pseudónimo. Algunas figuran en esta coleccion.

Segura (José Sebastian)

EN LA MUERTE DE DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA

El llanto reprimid, gallardas Musas,
De la vírgen América decoro;
Trocad las negras túnicas profusas
Por las ropas de fiesta, y láuros de oro
Adornen vuestra frente.
Y por la espalda los hundosos rizos
Al perfumado soplo del ambiente,
Entrelazados con vistosas plumas
Realcen los hechizos
De vuestras gracias sumas,
Y del público duelo el vano alarde
Quédese para el nécio descreido
En cuyo muerto corazon nunca arde
La llama celestial que las tinieblas
Del sepulcral olvido
Deshace, cual las nieblas

El luminar del dia
Que inunda el suelo en plácida alegría.

Allá en la ardiente zona
De un cielo azul, templada por los mares
De la Antilla gentil que se corona
De magníficas palmas,
La que á Píndaro vence en sus cantares
Con la lira en la mano,
Se halla al nacer para hechizar las almas
Por su gracia y talento soberano,
La ilustre Avellaneda, honra y delicia
Del bélico cubano,
Que en regaladas trovas la acaricia.
Allí á la par de Heredia,
A quién pátria le ofrece el mexicano,
De Sófocles ostenta en la tragedia
La excelsa majestad y rasgos bellos
Que entre el aplauso universal sonoro
Al corazon arranca amargo lloro,
Y en la frente se erizan los cabellos.

En la nave cargada de riquezas,
Que por los vientos puros
Ligera avanza á los hercúleos muros,
No hay riqueza mayor, mayor tesoro,
Que el libro de los triunfos y tristezas
De la insigne cantora
A quien abre sus áulas y liceos
La tierra del valiente Garcilaso,
En letras vencedora;
Y la docta Academia

La rinde por trofeos,
Cuando su númen premia,
Los laureles divinos del Parnaso.

Aquellos vates de la pátria mia
Que dichosos bebieron en la cuna
El fuego de la sacra poesía,
Y hoy causan nuestro encanto,
De la nueva Corina una por una
Las palmas que le cede la Fortuna
Celebrarán en armonioso canto.

Yo ¡mísero! nacido
Para agotar el cáliz de amargura,
No me fué concedido
Alzar el vuelo á la celeste altura.
Oculto, cual la tímida violeta,
Jóven dormí una tarde entre las flores;
Ví en sueños la deidad de mis amores
Y desperté poeta;
Y la adoré como á la madre el niño.
¡Ay! que en cambio me deja sinsabores
Y burla mi cariño.
No más su luz me inspira;
Huye y rompe las cuerdas de mi lira.

Mas si en mi pecho extinto
Está el astro sagrado que la fama
Del vate inmortaliza,
Aquí en este recinto
Ostentando en la sien la verde rama
Del lauro de Alarcon y Gorostiza,

Lucen cual las estrellas
Ingénios mexicanos,
Y en torno de ellos poetisas bellas
Que en metros soberanos,
Envidia de los pájaros cantores,
Tributarán loores
A la noble cubana
Gloria de la region americana.

Santa María (Javier)

LAS BRISAS

Brisas del valle nativo
Impregnadas de perfume;
Aquí donde me consume
La soledad en que vivo;
Aquí donde pensativo,
Siempre al dolor entregado,
Recuerdo un dulce pasado
De ensueños y de delicias,
Dad, brisas, al desterrado
Vuestras amantes caricias.

Dejad que en mi pecho guarde
Vuestro aroma con anhelo,
Cuando venís á este suelo
Al extinguirse la tarde.

Ya no arde en mi sér, ya no arde
El fuego de la esperanza;
Y cual muere en lontananza
El sol de fulgor escaso,
Así mi existencia avanza
Para llegar á su ocaso.

Murieron todas mis flores,
Mis estrellas se apagaron,
Y ni siquiera dejaron
Sus últimos resplandores.
Herido por los dolores,
Desesperado me quejo,
Y toda mi dicha dejo
Del pasado en el abismo:
Soy jóven... ¡y estoy tan viejo!
No me conozco á mí mismo.

Brisas del nativo valle,
Volad sobre mi cabeza,
Y así tal vez mi tristeza
Sus hondas quejas acalle.
No dejeis que me avasalle
Tanto la mala fortuna;
Y si hay esperanza alguna
De olvidar las penas mias,
Suspirad como en los dias
En que aromábais mi cuna.

Traed para mi consuelo
Algo de esa melodía
Que sólo cantar sabia

Mi madre que está en el cielo.
Se suspendió vuestro vuelo
Al vibrar la voz aquella:
¡Era tan dulce y tan bella!
Brisas, la habeis escuchado,
Y yo os pido arrodillado
Que murmureis como ella.

Calmad, calmad este empeño
Que aumenta mi desventura,
Y al venir la noche oscura
Será tranquilo mi sueño.
Entónces, del alma dueño
Ese canto bendecido,
Evitará que afligido
Con mis angustias batalle,
Y tornareis á mi valle,
Y me dejareis dormido.

Sierra (Justo)

EN LA DISTRIBUCION DE PREMIOS DE LA EXPOSICION [1]

Has triunfado por fin, oh pátria mia,
El destino sonríe á tu alma fuerte
Y te corona de esplendor el dia,
¡Sublime desposada de la suerte!
Has triunfado; del luctuoso lecho
Reina te alzaste y á tu trono subes
Irguiendo la cabeza soberana
En un cielo sin sombras y sin nubes.
Ese rumor eterno que se une
Al rugido del mar en tu ribera,
Es el grito de la hélice batiendo
Las olas por do quiera,
De la hélice que empuja los bajeles

(1) Se refiere el poeta á la Exposicion Industrial celebrada últimamente en México.

A las costas del suelo mexicano,
Ceñido en torno de turgentes velas
Que en la clámide azul del Océano
Tienden la blanca red de sus estelas.
Si el soplo frio del invierno baja
De las urnas de hielo de los montes,
Y se extiende la fúnebre mortaja
A los ayer calientes horizontes;
Vendrá la primavera y cuando tiemble
De amor la madre tierra en sus entrañas,
Las mieses bordarán de flores de oro
Los pliegues de tu manto en las montañas.
Tú que en aras magníficas enciendes
Puro incienso á la industria, á la ciencia,
Y en el régio festin de tu opulencia
Tu inmensa copa á las naciones tiendes.
Tú, la gran redimida del trabajo,
Mereces tal destino: de tus venas,
Tu sangre, tu oro en rios brotó al mundo,
Que desde entónces se lanzó sediento
A tu pecho fecundo.
Como un arco triunfal fuiste elevada
En mitad de la tierra, y tu camino
Llegó á ser ¡oh mi pátria! la jornada
De todo peregrino.
Fuiste la pátria universal, la ingente
Locomotiva que escaló tus montes,
De un mar al otro mar surcó la tierra;
Sus guirnaldas de humo, los gigantes
Árboles de tus selvas coronaron;
Las rocas á su voz se separaron,
Y en sus grietas profundas, palpitantes,

Del Genésis los ecos despertaron.
Ser feliz mereciste
Tú que sólo dejaste el hacha, altiva,
Cuando ya grande y libre
Amar la libertad pudiste en calma,
Y empapada mostrar la santa oliva
Con tu sangre y las lágrimas de tu alma.
Por eso hoy bajo tu techo augusto
Convocas á los nobles lidiadores
Del trabajo, y en prueba de victoria,
Les muestras ese sol, el fulgurante
Broche de luz de tu laurel de gloria.
Sé bendita entre todas las naciones,
Porque supiste consagrar tu vida
A tan heróico empeño.

.....

¡Oh! pobre pátria mártir, ¿será nunca
Realidad este sueño?
¡Prefieres, pátria mia, á este futuro
A merced de otro pueblo comprenderte;
Prefieres ir por tu sendero oscuro,
Pálida desposada de la muerte!
¿Por qué fuera de aquí tus hijos cambian
Su alegría en amargo desconsuelo?
¿Será ésta acaso la postrer sonrisa
Que te reserva el cielo?
Quizá. Porque coronan
En lugar del vapor, tus altos montes
Nubes impuras que presagian duelo,
El trabajo y la paz huyen tu suelo,
Se enlutan tus calientes horizontes.

Vas á gastar la sávia de tu vida
En pos de una quimera
¡Pobre nacion suicida!
¿Qué no es la libertad un sueño impío
Que pone miedo en el honrado pecho,
Cuando sólo se pide al poderío
De la fuerza brutal sobre el derecho?
Yo ante tí me arrodillo, pátria mia,
En esta hora de recuerdos, santa,
No quiero oir tu grito de agoníá,
A estos tus hijos hasta tí levanta.
El trabajo y la paz son su bandera.
En pueblos que trabajan con fé austera
Ni esclavos hay, ni nunca habrá tiranos.
Haz que salude el mundo reverente
La corona de espigas en tu frente
Y el timon del arado entre tus manos.
Oye mi voz, no es sólo el triste canto
Del poeta que siempre te bendijo;
En el fondo del himno se halla el llanto
Que vierte ¡oh pátria! el corazon del hijo.

EN LA INAUGURACION

DE LOS CURSOS ORALES DEL COLEGIO DE ABOGADOS

¿A qué Dios levantais estos altares?
¿Y por qué con fragmentos seculares
Haceis un nuevo templo entre ruinas?
¿El derecho? Es un nombre del pasado;
Esqueleto grandioso sepultado
En el polvo imperial de las Colinas.

¿Por acaso, vosotros
Vivís de espaldas á la luz? ¿Ignora
La nueva ciencia vuestra antigua calma?
¿No vísteis disiparse en una hora
Esas sombras que huyeron de la aurora,
Dios, el deber, la libertad y el alma?

No nos hableis ya más del triste dia
En que por esas voces sin sentido
El hombre en el patíbulo moria;
No evoqueis esas épocas distantes

En que sobre los siglos descollaban
Las cabezas de algunos delirantes.
El sábio ha sorprendido,
Recordando aquel tiempo funerario,
El nérvio que vibrando ha producido
Los momentos supremos del Calvario.
Y tambien encontró la ciencia austera
La enfermedad que iluminó la historia
De Juana D'Arc, con la inmortal hoguera;
Hoy brilla el dia de la humana gloria:
Los espectros pasaron para siempre;
Los sueños de Platon, los qne por coro
Del mar tuvieron el perenne grito,
Son un celaje de oro
Perdido en el azul del infinito.

¿Por qué hablais de derecho? Alzad la frente:
¿Veis esa espuma blanca en el espacio?
Cada átomo es un sol incandescente,
Un mundo es cada chispa de topacio...
Bajad la vista... A vuestros piés reposa
En las húmedas yerbas palpitantes
La flor que al cielo muestra ruborosa
Su tocado de trémulos diamantes.

Ese sol y esa gota de rocío
Dos moléculas son del universo,
Sujetas ámbas á la ley suprema
Que el movimiento de los séres fragua,
Y que engasta en su expléndida diadema
Al sol de fuego y á la gota de agua.
Esa ley es la *fuerza*. ¿Por qué el hombre,

De la escala eternal grada mezquina,
Una excepcion sería? Fuerza eterna,
Inmutable, inconsciente, dí, ¿qué nombre
Te ha dado el sér humano que adivina
Tu accion en su cerebro? Te ha llamado
Libertad. ¿Libertad? Mirad en torno.

Del calor, de la luz que el sol derrama
Nacen las fuerzas que la piedra encierra,
Bebe en ellas la vida intensa llama,
Una faz de la vida de la tierra
Es el hombre. La luz que del sol toma
El planeta al cruzar el firmamento,
En el lirio gentil se llama aroma,
Y en el hombre se llama pensamiento.

La luz, hé ahí el creador, su fulgurante
Movimiento produce el génio, nada
Huye de su mirada centellante;
Llora en el drama, rie en el idilio;
Ese destello lúgubre es el Dante,
Ese rayo purísimo es Virgilio.

Todo es fatal y necesario. El templo
Cerrad, pues; no hay un dios para estas aras.
¿Qué fé, qué fuerza interna aquí os retiene?
¿Qué verdad superior su sello imprime
En vuestra estéril ciencia?
¿No veis que todo en la creacion oprime?

¡No! Sentimos alzarse en lo profundo
De nuestro sér un dios que no se nombra,

Pero que eternamente alumbra al mundo
Con la luz que jamás produce sombra.
Es el testigo austero del misterio
De nuestra vida, el que á la ciencia humana
Arrancó de su inmenso cautiverio.
El hizo del derecho una creencia;
Sol del mundo moral de quien emana
Una protesta eterna: la conciencia.

Hé ahí el divino orígen de la idea
A cuyo noble estudio haceis propicio
Este modesto templo,
Do se llega á saber que el sacrificio
Es algo más que un hecho, es un ejemplo.
Por eso aquí se rinde
A la persona humana un culto santo;
Al hombre, al sér que á su conciencia debe
En la escala inmortal ir ascendiendo,
Y haber tenido en su penosa vía
La sonrisa de Sócrates muriendo,
Y el sollozo de Cristo en la agonía.

Al hombre que no sólo ha descubierto
La vida entre los soles derramada,
Y que en su corazon el eco siente
De la creacion entera que palpita
Al par del ritmo de su sangre ardiente;
Sino que supo con supremo aliento
Acallar los embates furibundos
De la pasion, y hallar, con noble calma,
A Dios, en la conciencia de los mundos,
Y en su conciencia el alma.

Comenzad vuestra obra;
El libro del derecho abrid serenos,
En sus páginas puras, fuente inmensa
De razon y verdad tendrán los buenos;
Comenzad vuestra obra, en ella impere
Esta fórmula augusta que condensa
El trabajo inmortal que el mundo inicia,
¡Oh, libertad! bajo tu santo nombre:
— Ni hay otra religion que la justicia,
Ni hay otro rey que el hombre.

1875.

A ADELAIDA RISTORI

Ante un rey nada más dobla la frente
El pueblo que hoy vuestra partida llora;
Ese rey es el *Génio*,
Es el *Génio*, sois vos, ¡noble señora!
El *Génio*, el Dios que con su soplo crea,
Y en el molde de mármol esquiliano
Arroja, hirviente aún, la humana idea,
Sois vos. Lo dice la incansable fama;
Avasallado el corazon lo dice;
El himno de la tierra lo proclama;
Y el poeta que atónito os admira,
Hace con solo vuestro nombre augusto,
Un poema de amores en su lira.
Miguel-Angel del drama, vuestro acento
Es la forma escultórica que toma
En el templo del arte el pensamiento;
El verbo del poeta

Que en la region de lo impalpable anida
Se encarna en vos; vuestro divino aliento
Arranca de los limbos de la vida,
Un mundo de pasion y sentimiento.

Decidme las palabras del conjuro
Con que evocais las almas:
¿En qué cielo, señora, en qué antro oscuro
Habeis vuestros secretos aprendido?
Al abordar la noche de la tumba,
Ante el misterio horrible,
¿No os sentís vacilante?
¿No escuchais moribunda, como el Dante,
El grito de dolor de lo invisible?
¿Por qué os oyen despiertos,
Los que en la eternidad dormir parecen?
Porque si vuestra voz llama á los muertos,
Los muertos, ¡oh terror! os obedecen...

Habeis sido la maga que ha logrado,
En escenas triunfales,
Fascinar nuestra mente en el proscenio
Con un grupo de sombras inmortales.
¿De sombras? ¡No! De realidades vivas,
Que de la historia arranca vuestro génio.
¿No era verdad el lúgubre delirio
De la loca sublime? El hondo duelo
De la infeliz mujer, que, como madre,
No como reina, coronára el cielo?
¿No era verdad el bíblico entusiasmo
De la heróica Judit? ¿La pasion fria
De Isabel? ¿El amor bañado en lágrimas

De Sor Teresa? ¿El ódio de María,
Su pasion y su muerte? ¿No era cierto
De Tisbe el fuego? ¿el llanto sobrehumano
De Lucrecia? ¿Vosotros no mirásteis
De Lady Macbeth la sangrienta mano?
Y al mirar esa mano, ¿no temblásteis?

Mas la gótica flecha no limita
Vuestro arrogante vuelo,
Y os deteneis, ceñida de fulgores,
En el país que iluminó sus flores
Con la eterna sonrisa de su cielo;
En la divina Grecia, en aquel suelo
Do el arte humano obtuvo tal victoria,
Que con sus restos solos, el nuevo arte
Un templo inmenso levantó á la gloria.
Flor de ese clima sois; el tibio alicio,
Que riza la ola de la mar Egea
Las estátuas de Fidias recordando,
Besa el trágico *peplum* de Medea;
Y la rosa, magnífico tesoro,
Que guarda Himeto en búcaros de piedra,
Trémula tiende su corola de oro
Bajo la augusta *Cnémide* de Fedra.
¡Ah! sí; nos revelásteis la amorosa
Tierra de luz, de encanto y de alegría...
Urna sois de alabastro, que rebosa
En inefable miel de poesía.
En la historia del arte
No teneis ascendientes;
El sol de amor que os da su lumbre clara,
Nunca dió al teatro su inmortal prestigio;

La última diosa sois; es vuestra ara
Del tiempo griego el postrimer vestigio.
Quien quiera conocer vuestros abuelos,
Que busque en el pasado,
El olímpico polvo de los cielos
En los campos helénicos regado.
¿Más quién encontrará la que os iguale,
En el arte divino
De expresar las angustias de la vida,
Ante el problema oscuro del destino?
¿Quién expresar podrá de las pasiones
El sagrado furor? ¿Quién de la madre
La exclamacion suprema,
Que deja al que oye de temores yerto,
Y es como el grito de leona herida
Que se escucha en las noches del desierto?
El bien y el mal interpretais, señora,
Cruzais el cielo por ignota senda
Con arreos de muerte ó régias galas,
Como el querube de la inmortal leyenda
Que suspendiendo el vuelo en Occidente,
Baña en la sombra las inmensas alas,
Y en el fulgor de Dios iergue la frente.

Fulgores, triunfos, láuros y emociones,
Todo parte con ella; nuestra escena
Semejará la noche en el vacío;
Sin Dios el ara, al templo queda solo,
¡Ay! el silencio del sepulcro frio.
Habeis hecho de Anáhuac la conquista;
De hoy en más, seguirán los corazones
La triunfal odisea de la artista;

México un himno á la inmortal entona:
— « Los votos de mi amor contigo tienes, » —
Dice así el pueblo con palabras santas;
Y mientras él corona vuestras sienes,
Queda mi humilde lira á vuestras plantas.

Sierra (Santiago)

FRAGMENTO DE UN CANTO Á MÈXICO

.....

Tú, México adorada, casta diosa,
Del porvenir brillante desposada,
Asciende al sólio de la paz, que en ella
Espejo encuentre tu mirar de estrella,
Madre amorosa, tu alma contristada;
Florezcan bajo el trono de tu altura
La labor que en dorada miés se espiga
Y *Agave* (1) nectarífero procura;
Formen á tu esplendor régia corona
Cuántas del campo pródigo ornamento
Riquezas dá tu predilecta zona;
Tienda el penacho al viento

(1) *Agave*: planta conocida con el nombre de *maguey*. Produce el *pulque*, especie de licor que tiene gran consumo en México.

El enhiesto maíz; no se encarcelen
Los varios tintes que tu brisa orea,
Y en púrpura y azul, la luz febea
Recogida en sus témpanos revelen;
Pueble el desierto el cáctus, que se erige
En duras pencas que al Agosto libra,
Y ni amor ni vigilia al maya exige
Ni rinde parco la flexible fibra;
Blanqueen como sábanas de nieve
Tus bosques de algodon; los cafetales
Tiemblen del sol al beso; audaz se eleve
Del lago entre los diáfanos cristales
El prolífico arroz; y de tu manto,
Que en sombra de cariño al suelo dure,
Crezca al amparo santo
La oliva bienhechora
Que el laurel á tus plantas trasfigure;
Barrera no halle quien tu seno explora
Del metal que entre rocas se guarece
Por hallar el filon que avaro adora;
Del Océano que á tu linde crece
Y en su caricia mórbida te estrecha,
Sin miedo al turbión, eco del cáos,
Corten la espuma en resonante brecha
Tus alígeras naos;
Abra sus templos la fábril industria
Y torne al ócio en incansable obrero,
La atmósfera se empañe
Al soplo del vapor que ruge fiero,
Convierte al rayo en fácil mensajero,
Y el alma tierna bañe
Tu juventud de ciencia en el venero;

Sobre del ancho foro
Iérgase altivo el Parthenon; el arte
Con pincel y buril te inmortalice,
Brille el sol en tu mágico estandarte
Y la gloria en tu cielo se eternice.

1877.

Silva (Agapito)

Á LA MEMORIA
DEL MALOGRADO POETA MANUEL ACUÑA

¡Y eras tú nuestro amigo! Tú el hermano
En cuyo pensamiento se abrigaba
La inspiracion del génio americano;

¡Y eras tú el pensador! Tú el que soñaba
La luz y los perfumes de otra vida,
Porque esta ingrata vida te cansaba;

Tú el que llorando por la fé perdida
De un corazon para la dicha muerto,
Pensó en darnos la eterna despedida;

Tú el que mirando un porvenir incierto,
Buscaste triste, en tu dolor profundo,
La hermosa luz de suspirado puerto.

¿Qué fué de tí? ¿La sociedad y el mundo
Qué hicieron de tus sueños seductores
Al contemplarte sólo y moribundo?

La sociedad despedazar tus flores,
El mundo presentarte un imposible,
Sin tener compasion de tus dolores...

Y en medio de ese afan fiero y terrible
En que sucumbe el sér que no ha gozado
La calma de un destino bonancible.

Dirigiste la vista á tu pasado
Y no encontraste entre sus sombras, una
Que te hablára del nido abandonado.

Del nido aquel do quiso la fortuna
Concederte la dicha soberana
De abrir los ojos para ver tu cuna;

Del nido aquel donde tu madre ufana
Esperaba tus besos y tus flores
En la primera luz de la mañana.

Y luego combatiendo los rigores
Del contrario destino, proseguiste
Buscando de otro cielo los fulgores;

Mas solo engaños y perfidias viste,
Pues fueron para tí, mártir querido,
Triste el pasado y el presente triste.

Entónces, ¡ay! á tu dolor rendido,
Víctima de la mísera impotencia
Y en el infierno de la duda hundido,

Sucumbiste, por fin, y la existencia,
Luz que al impulso de los sueños arde,
Te negó sus fulgores y su esencia.

Y sin hacer de tu infortunio alarde
Nos dejaste la eterna despedida
En el postrer suspiro de la tarde....

Cruel fué tu pesar... honda la herida
Que abrieron en tu alma los dolores
Que nos ofrece la implacable vida.

¡Qué amarga la ilusion de tus amores!
¡Esa ilusion que el pensamiento alcanza
En un mundo de estrellas y de flores!

Caiste del vergel de la esperanza,
Y al bajar á la tumba, indiferente,
Apareció brillante en lotananza

El astro de la gloria refulgente;
Astros cuyos fulgores se encendieron
Para alumbrar los láuros de tu frente.

Tus blancas ilusiones se perdieron
Del desengaño en la region oscura;
Pero aquellos que tanto te quisieron

Guardan llenos de amor y de ternura,
Del pensamiento en el altar sagrado,
La historia de tu amarga desventura;

Y elevan con acento entusiasmado,
De su intenso pesar rasgando el velo,
Un himno á tu recuerdo venerado,

Himno que con la voz de nuestro duelo
Te lleva de otros mártires la historia,
Ya que la gloria te arrulló en su cielo
Y habitas hoy el cielo de tu gloria!

1874.

A OCAMPO [1]

Si la mano homicida
De un déspota inhumano,
Despedazó las flores de tu vida
Por eclipsar tu génio soberano,
Y envolver en la noche del olvido
La sublime memoria
De tu nombre querido,
Esa mano maldita,
Nunca pudo borrar de nuestra historia
La página bendita
Que guarda los destellos de tu gloria.

En alas del renombre,
Tu nombre conocí desde muy niño,
Y desde entónces coloqué tu nombre
En el mágico altar de mi cariño;
Y desde entónces aprendí á quererte,

(1) Ocampo, defensor y propagador de las leyes de Reforma, murió á manos de los enemigos de la Constitucion.

Y aprendí desde entónces en la historia,
Que del calvario en que te dieron muerte
Surgió brillante el astro de tu gloria.

Filósofo profundo
Y apóstol incansable del progreso,
Con tu palabra conmoviste al mundo
Y con ella venciste al retroceso,
Cuando luchando por la pátria mia,
Pátria cuyo adelanto fué tu norma,
Sentiste ¡oh mártir! que en tu pecho ardia
La inquebrantable fé de la Reforma.

Filántropo sincero,
Pura brilla la luz de tu conciencia,
Porque fuiste el primero
En tender una mano á la indigencia;
Y patriota constante,
Patriota á cuya voz el fanatismo
Escondió la mirada repugnante,
Recibes, como premio á tus virtudes,
Un cadalso terrible en que perdonas
A esa turba inmoral, que en su delirio,
Te dió, con la corona del martirio,
La corona mejor de las coronas.

Y sucumbes... y el déspota inhumano
Que dictó tu sentencia
Hollando los deberes del hermano,
Se goza en la dolencia
Del pueblo mexicano;
Pero, entónces, la historia

Al recibir los rayos de tu gloria,
Te consagra una página de bronce
Para hacer duradera tu memoria;
Y cada corazon te eleva un templo,
Y cada lira te consagra un canto,
Miéntras siguen tu ejemplo
Otros génios que luchan á porfía
Por derrocar á la traicion impía,
Y que logran ornar de frescos láuros
La noble frente de la pátria mia.
.....

Estás vengado ya, mártir querido,
Porque la pátria que encendió tu anhelo
Mira hoy brillar en su tranquilo cielo
El íris de la paz apetecido;
Estás vengado, porque aquella turba
Funesta y corrompida,
Que en su demencia pretendió perderte,
Hundiéndote en la noche de la muerte
Te abrió las puertas de la nueva vida.

Mártir, adios, como único tributo
De la suprema gratitud que inspira
Tu recuerdo bendito,
Vine á ofrecerte en alas de mi anhelo
Un canto que se eleva hasta tu cielo
Ráudo cruzando el ámbito infinito.

Mártir, adios, no temas que en la noche
Tan negra del olvido,
Se pierda tu memoria,

Ni que empañe los timbres de tu gloria
El torpe retroceso,
Pues miéntras viva el génio de la historia
En tu sepulcro llorará el Progreso!

1874.

Sosa (Francisco)

ROMANCE

No temas, hermosa mia;
Se troncha la débil planta
A los primeros embates
Del viento de la montaña;
Mas el roble corpulento
Que da sombra con sus ramas,
En donde cuelgan sus nidos
Las aves enamoradas,
Desafia las tormentas,
Y con su verdor encanta
Aun en medio del invierno,
Y nunca sus hojas cambia.

No temas, hermosa mia,
Si ves nubes agrupadas

De nuestro amor en el cielo,
Nuncios de tormenta insana.
Rudo combate es la vida
Del hombre en la tierra ingrata;
Pero sale vencedora,
Si sabe luchar, el alma.
Hay corazones que nunca
Olvidan, si una vez aman,
Y que en la lucha son fuertes
Como el roble en la montaña.

Á MI MADRE EN EL ÚLTIMO DIA DEL AÑO

Bajo el techo de ese hogar
Cuya pureza has guardado,
Te estoy mirando contar
Los instantes, va á sonar
Una hora que has esperado.

El año muere; mañana
Cuando la aurora galana
Derrame luz y armonía,
Dorará tu frente cana
Bello el sol del nuevo dia.

En ella no sentirás
El beso del hijo ausente,
É ingrato le juzgarás,
Y en su pensamiento estás,
Y tú estás, para él, presente.

Tal vez piensas, madre mia,
Que en medio de la alegria
De una fiesta encantadora,
El hijo que tu alma adora
Hoy ni un recuerdo te envia.

Pero no; cual tú contando
Está los instantes, triste,
Porque el año está acabando
Y no oyó tu acento blando
En él, ni un beso le diste.

Siempre fiel mi corazon
A sus recuerdos mejores,
Imploró tu bendicion
En sus horas de ilusion
Y en medio de sus dolores.

Hoy con desden sin segundo
Miro los goces del mundo,
Por que todos son mentira,
Menos tu afecto profundo
Por quien mi pecho suspira.

Los desengaños traidores
Acabaron con mi fé,
Y marchitaron mis flores,
Mas al morir los amores
Intacto el tuyo guardé.

Bien sé que ofrenda mejor
Jamás pudiera ofrecerte,

Que la virtud y el honor
Guardados hasta la muerte;
Te lo juro por tu amor.

Ya no llores, madre mia,
La ausencia del hijo amado
Que hoy un recuerdo te envia;
Lleva él tu virtud por guía,
Lleva tu honor por dechado.

1875.

Tellez (Joaquin)

EN PRESENCIA DEL MAR DE VERACRUZ

¡El mar, el mar! Sus ondas encrespadas
Estréllanse á mis piés con ronco estruendo:
La gaviota gentil, se está meciendo
Encima de las olas agitadas.

Allí se alzan las playas dilatadas,
El Atlántico airado conteniendo,
Y el *Norte* su melena sacudiendo,
Silba en montes y selvas y cañadas.

Ante este cuadro espléndido, sublime,
El pensamiento permanece mudo...
Dios á los mares su grandeza imprime.

Sírvele, mar, á México de escudo
Contra todo poder que al pueblo oprime,
Y en terrible vaiven ruge sañudo.

AL NIGROMANTE [1]

Todo mal tiene por orígen algun error
Todo bien emana de una verdad.
BERNARDINO DE SAINT-PIERRE.

Como en medio del mar, bravo marino,
Al retumbar sobre su frente el trueno,
La planta firme, el ánimo sereno,
Combate contra el fiero torbellino;

Y de la ciencia al resplandor divino
Del conturbado piélago en el seno,
La nave rige de confianza lleno
Y al puerto llega con feliz destino.

Así tú, Nigromante, cuando truena
De las pasiones el volcan hirviente,
Impertérrito saltas á la arena,

Historiador, filósofo elocuente;
Y del mal quebrantando la cadena
Propagas la verdad de gente en gente.

(1) Pseudónimo de Ignacio Ramirez, eminente literato y filósofo.

Trejo (Joaquin)

DEL LIBRO DE MARIA

La luna, la mensajera
De los ecos del cariño,
La que colora el armiño
De la nube pasajera.

La estrella que tímida arde
Con dulce melancolía,
Entre el duelo y la alegría,
Entre la noche y la tarde.

El eterno suspirar
Del arroyo manso y puro,
Que corre besando el muro
Del que ayer fuera su hogar.

Bandadas de golondrinas
Que cantan en los balcones,

De donde penden festones
De yedras y clavellinas.

Las aves enamoradas
Que tienden juntas el vuelo,
Ó que conversan del cielo
Bajo alegres enramadas.

Todo ese cuadro risueño
De sombras y de colores,
De arrullos, áuras y flores,
Es como imágen de un sueño.

Porque es el cuadro que ví
Muchas veces á tu lado,
Porque es el eden soñado
Que siempre me habla de tí.

Valle (Juan) (1)

EL CREPÚSCULO EN LA PRESA

Á LUCINDA

Silencio, soledad, melancolía
Reinan do quier: tan sólo la campana,
La oracion dando en la ciudad lejana,
Anuncia de la tarde la agonía.

Se extienden en redor fajas de montes
Que se van elevando allá á lo léjos,
Y del dia espirante á los reflejos,
Limitan los distantes horizontes.

(1) El poeta Juan Valle nació en Guanajuato el 4 de Julio de 1838 y falleció en Guadalajara (Estado de Jalixco) en 1864. A los cinco años de edad quedó ciego, y á los doce años huérfano. Hemos escogido esta composicion por el contraste que hace su género melancólicamente descriptivo con la ceguera de su autor.

Rústicas chozas en su falda humean,
Y sube el humo en blancas espirales,
Y á través de sus ondas desiguales,
Los fuegos de la luz entreclarean.

Abajo el ancha Presa está tendida
Y el azul de los cielos reproduce,
Inmensa concha que se ostenta y luce
En su marco de peñas embutida.

Con nubes que lo cercan sonrosadas
Parte su última luz el sol poniente,
Cual padre que, al morir, lánguidamente
Entre sus hijas parte sus miradas.

La luna, en tanto, tras la opuesta loma
Melancólica y dulce va saliendo,
Como cuando el placer se va escondiendo,
Por lado opuesto la esperanza asoma.

Y de la Presa en el espejo blando,
Sus rayos luna y sol al par retratan,
Y en el agua se mezclan y dilatan,
Su reflejo en cada ola transformando.

De mil luceros el zenit se puebla,
Chispas de plata sobre azul alfombra:
Ya el sol se ve de ocaso entre la sombra,
De polvo de oro como leve niebla.

Vencedora la luna al contemplarse,
Tendiendo en el paisaje su mirada,

Hermosa, negligente y descuidada,
Del lago en el cristal viene á mirarse.

Las luciérnagas pasan á millares,
Como estrellas errantes y viajeras,
Y se esparcen en notas pasajeras
De la noche los ruidos familiares.

El céfiro nocturno, suspirando,
Forma en el agua músicos acordes,
Y las pequeñas olas en los bordes
Se vienen á estrellar de cuando en cuando.

¡Qué muelle laxitud! ¡qué dulce calma!
A fuerza de quedar muda y tranquila,
Lánguida la existencia se aniquila
En una sensacion toda del alma.

¡Qué plácido es estar pensando á solas,
De noche, en este sitio retirado,
Y, viviendo en recuerdos del pasado,
Llorar y suspirar con estas olas!

¡Qué triste y bella está naturaleza
Con esa agua, esa luna, ese vacío!...
La tristeza que reina en torno mio,
Se armoniza muy bien con mi tristeza.

¡Albergue melancólico, tú existes
De los amantes para eden dichoso!
Que siempre, por instinto misterioso,
Va buscando el amor los sitios tristes.

Para grabar en tí nombres y fechas,
Tienes peñascos, árboles y losas,
Y románticas grutas silenciosas,
Para el amor por los amores hechas.

Tienes flores de senos reservados,
Para dejar entre sus hojas presos
Hondos suspiros y secretos besos
Por el amor tan sólo adivinados.

Mas fiera á mí me condenó la suerte
A vagar sin amor y sin ventura,
Y el ósculo primero de ternura
Me lo darán los lábios de la muerte.

Y, si la fecha de mis dias bellos
En tus troncos dejar quiero grabada,
Suspira y gime el alma contristada,
¡Ay! yo no tengo qué grabar en ellos.

Y por eso tan sólo yo querria
Morir aquí por única fortuna;
Y que la luz querida de esa luna
Fuera la aurora de mi eterno dia.

Vigil (José María)

FRAGMENTOS

¡Salve, ciencia divina,
Faro de la razon, vida del alma,
Que á la horda peregrina
Que el desierto atraviesa
Sin oásis y sin palma,
Tras de la nube espesa
Que el huracan levanta,
A la vista afligida
Señalas ya la tierra prometida
A la que alborozada se adelanta!...
La libertad al cabo
Rompe el férreo dogal que la garganta
Oprime del esclavo;
Sus hogueras el negro fanatismo
Extingue, y destronado

Huye desesperado
A ocultarse en el fondo del abismo.
Limpia la luz de la conciencia brilla...
Bajo la extensa bóveda del cielo,
Cada uno la rodilla
Puede doblar en su ferviente anhelo,
De su alma soberano,
Sin sufrir el azote de un tirano.
Hé aquí la obra de Dios.... lenta, muy lenta,
Mas cual su autor, segura,
A mi agitado espíritu presenta
En época futura,
Y por dicha del hombre, no lejana,
La region feracísima do mana
En copioso raudal la fuente pura.
¡Ah! puedo ya morir; mis ojos vieron
Tu gloria ¡oh Dios! en su esplendor sublime.
Si mis sienes hirieron
Del dolor las espinas; si me oprime
De un déspota la mano,
Gozo al pensar que tu poder redime
De sus cadenas á mi pobre hermano.

Villalon (Juan)

EL CANTO DE NETZAHUALCOYOTL [1]

Caducas son las pompas de este mundo
Como los verdes sáuces de la fuente
Que en este suelo sin rival fecundo
Sombra y frescura dan, mas de repente
El fuego los devora furibundo,
O del hacha al poder rinden la frente,
O bien cuando ya añosos languidecen
Barridos por el cierzo desparecen.

La púrpura del trono es cual la rosa
Que luce su hermosura por un dia,
Mientras guarda la sávia sustanciosa
El avaro boton, mas luego impía
De Tonatiuh [2] la llama rigorosa
Agesta su belleza y lozanía,

(1) Poesía recitada por el emperador de Texcoco en el último banquete que dió para celebrar sus bodas. Traducida del idioma *nahuatl*.
(2) *Tonatiuh*, Sol en el idioma nahuatl.

Y cual doliente vírgen engañada
Pierde el color marchita y desolada.

Es muy breve el reinado de las flores
Como el reinado del humano mismo:
La que hoy al alba muestra sus primores
Yace á la tarde en débil parosismo:
Todo tiene su fin: gloria y honores
Ruedan con el mortal hasta el abismo;
Es un inmenso panteon la tierra
Que cuanto alimentó piadosa encierra.

Los rios, los arroyos y las fuentes
Corriendo van, pero jamás alcanzan
Volver á do nacieron sus corrientes;
Y corren más, y miéntras más se avanzan
Más ahondan sus tumbas, y dolientes
Al mar se arrojan y por fin descansan...
Tal es el curso de la vida humana,
Ayer no es hoy, ni hoy será mañana.

Llena la fosa está de tristes restos
Que ayer de vida y de salud gozando,
Fueron guerreros, jóvenes apuestos,
Sábios y nobles con riqueza y mando;
Mas poder y riqueza y altos puestos
Al soplo fiero del destino infando
Pasaron como el humo pestilente
Que el Popocatepec vomita hirviente.

Rasgad las sombras de la cripta hueca
Y registrad los senos del olvido...

¿Do está Chalchiutlanet el chichimeca?
Mitl, el cultor de Dioses, ¿do se ha ido?
De Tolpiltzin el último Tolteca
Y la hermosa Xiuhtzal, decid, ¿qué ha sido?
¿Dónde Xolotl está, rey fortunado?
¿Do Ixtlilxochitl, mi padre desdichado?

¡Ah! nécio afan, inútil diligencia:
¿Quién más sabrá que Él, que sabe todo?
Del lodo les sacó su omnipotencia,
Y yacen confundidos con el lodo.
Tal suerte correrá nuestra existencia,
Y nuestros nietos ¡ay! no de otro modo,
Despues de haber rendido la jornada,
Serán tambien el polvo de la nada.

Aspiremos, oh, nobles texcucanos,
A la vida inmortal del alto cielo:
La materia perece entre gusanos,
Pero el alma hácia Dios levanta el vuelo:
Del Eterno en los campos soberanos
Todo es gloria y amor, paz y consuelo,
Y esos astros que tanto nos deslumbran
Lámparas son que su palacio alumbran.

Zárate (Eduardo E.)

AUSENCIA

I

¡Qué tristes brillan los astros,
Qué tristes corren las aguas,
Qué tristes aves y flores,
Qué triste siento mi alma!
En el cáliz de mi llanto
Está mi pluma empapada,
No es raro, pues, si al correr
Sobre este papel, derrama
Suspiros en vez de letras
Y ayes en vez de palabras...
Hay unos ojos muy bellos
(Mi dicha ahí se retrata)
Más no han de alumbrarme ahora
Con la luz de su mirada;

Hay una boca muy linda
(Muriera yo por besarla)
Más no veré hoy la sonrisa
De que hacen sus lábios gala;
Hay una vírgen muy pura
(¡Cuánto el corazon la ama!)
Más hoy ya no podré verla,
Que está léjos mi adorada.

Existe en mi pecho ardiente
Un amor santo y sin mancha,
Como un giron de los cielos
Guardado dentro del alma;
Pero así como el espacio,
Si en nubes de rosa y gualda
Hunde el sol su roja frente
Y su postrer rayo lanza,
Se viste de negras sombras,
Símbolo de las desgracias,
Así la fulgente estrella
Que mi vida iluminaba,
Se alejó, y en torno mio
Densas brumas se levantan.

II

Ora tal vez entre risas
Gozarás de mí olvidada,
Miéntras el mal de la ausencia
Mi corazon despedaza.
A veces pienso, ángel mio,

Que tiendes tus níveas alas
Y elevas tu ráudo vuelo
A tu azul, celeste pátria;
Por eso lloro tu ausencia;
Por eso ódio la distancia,
Pues temo, al dejar de verte,
Que para siempre te vayas,
Y temo al no verte hoy
Por siempre, exclamar mañana:
¡Adios, mi dulce paloma!
¡Adios, mi niña adorada!

III

Limitando el horizonte
El Océano se dilata,
Y sus resonantes olas
Dejan al besar la playa
Tendida sobre la arena
De espuma una alfombra blanca;
Otro mar es mi existencia
Más no hay en él linfa clara,
Sus ondas son de tristeza
Y es su espuma bien amarga...
Entre suspiros y quejas
Bien dicen los que proclaman
Que á corazones amantes
Los males de ausencia matan;
Que á ser muy larga la nuestra
El mio á ver no llegára
La vuelta de sus delicias

Y el término de sus ánsias;
Es para el que ama, la ausencia,
Lo que el invierno á las plantas:
La nieve de los pesares
Todas las flores acaba,
Y el cierzo del infortunio
Todas las hojas arranca.

.....

.....

Qué triste alumbra la luna,
Qué triste del sol la llama,
Qué tristes cielos y tierra,
Qué triste, qué triste el alma!

MI PRIMERA CANA

Á MARÍA

Entre el negro cabello de mi frente
Ha brotado una cana, te la envío;
Piensa al guardarla tú, que ese presente
Símbolo es del pensamiento mio.

Dicen que siempre que las canas brotan,
Cuando no es al influjo de los años,
Es porque al hombre con su soplo azotan
Cual récia tempestad los desengaños.

Y dícese tambien que á la manera
Con que el alto volcan que haciendo alarde
De la nieve que muéstranos por fuera
La lumbre esconde que en su seno arde.

Siempre que enciende en abrasante llama
Con inmenso teson el pensamiento,
Cual hojas secas en la verde rama,
En las sienes que forman el asiento.

De juvenil guirnalda y olorosa
Los plateados cabellos van brotando,
El lírio azul y la purpúrea rosa
Con sus nevadas hebras esmaltando.

Así, aunque es raro que una cana venga
En mis floridos años, no te asombre,
Que algo de la vejez el jóven tenga,
Si el niño tuvo ya mucho del hombre.

Mas lo que ignoro yo, es qué ha venido
A demostrar ese cabello cano:
Si la vida del alma, tarde ha sido,
Si la vida del cuerpo, fué temprano.

É ignoro la pasion que lo engendrára,
Pues no puedo pensar sin extrañeza,
Que si el amor con canas se mostrára
Ya debiera estar blanca mi cabeza...

Yo sólo sé que al ver ante mis ojos
Ese hilo de plata suspendido,
Pensé que acaso con tus lábios rojos
Lo pudiera sentir humedecido.

Y temblando, temblando cual la palma
Mecida por la brisa dulcemente,
Sentí que se elevaba de mi alma
El ánsia de tus besos en mi frente.

Y te quise mandar ese cabello
Por si el capricho de besarle tienes,

Que si á grabar llegáras igual sello
En los que en esa vez cubran mis sienes.

Alumbrados por luz color de aurora,
Aunque los muestre blancos el espejo,
Yo los creeré tan negros como ahora
Que comienzo á pensar que he de ser viejo.

1877.

Zaragoza (Antonio)

ARMONIAS

Cuando en la triste pradera
Las flores mústias estan,
Y muere la primavera,
Las golondrinas se van.

Otra vez el campo adornan
De primavera las galas,
Y las golondrinas tornan
Dichas trayendo en sus alas.

Cuando dejan las pasiones
En el pecho sólo espinas,
Del alma las ilusiones
Se van cual las golondrinas.

Y en vano la antigua calma
Anhelamos con afan;
Las golondrinas del alma
Nunca, nunca volverán.

*
* *

¡Cual nos encantan las ilusiones
De amor y gloria, que abriga el alma,
Que son tan puras como el rocío,
Y cual perfume son regaladas,
Y son fugaces como la espuma,
Y tan suaves como las áuras!
Mas si cual ellos tienen encantos,
Pronto como ellos tambien acaban,
Que esos encantos sólo un momento
Duran, y luego por siempre pasan,
Como el rocío, como el perfume,
Como la espuma, como las áuras.

Zayas Enríquez (Rafael)

PRIMAVERALES

¿Sabes tú qué es el amor,
El amor puro ideal?
Es ala que dió al mortal
En su clemencia el Señor;
Es el placer del dolor,
Es el dolor del placer,
Es el hombre y la mujer
Que, uniendo sus corazones,
Tienen mútuas sensaciones
De gozo y de padecer.

Dos almas que están unidas
Como la flor con las ramas;
Es su símbolo dos llamas

En una sola fundidas;
Vibraciones confundidas
En un acorde sonido,
Rayo puro desprendido
De la áurea frente febea,
En dos mentes una idea,
En dos pechos un latido.

*
* *

Lirio que entreabre su broche,
Luz pura al amanecer,
Arpa que entona un preludio,
Fuiste ayer.

Lirio cuyo aroma embriaga,
Rayo brillante de sol,
Arpa que sublime vibra,
Eres hoy.

Flor que agostada se inclina,
Lámpara apagada ya,
Arpa sin cuerdas, mañana
Tú serás.

Ayer tuviste una madre,
Hoy amantes tienes mil,
Mañana tendrás, señora,
Solo á mí.

*
* *

Ver el sol de la tarde en el crepúsculo
Hundiéndose en el mar,
Miéntras las brisas en eólica harpa
Se escuchan susurrar;

Sintiendo ya vacío mi cerebro
Y seco el corazon;
Sintiendo la embriaguez de lo infinito
Que ofusca la razon;

Viendo al sueño sus alas agitando,
Y á la noche surgir,
Sin recuerdos, sin ánsias ni pesares,
Así quiero morir.

***

Cae una estrella del cielo
Y en el espacio se apaga;
Así ya cayeron todas
Las del cielo de mi alma.

Mas cada estrella de lo alto
Trae al mundo una esperanza,
Y las del alma, si caen,
Una ilusion nos arrancan.

***

Hallé triste el aposento,
Reinaba una luz sombría;
A la habitual alegría

La sombra del sufrimiento
Allí reemplazado había.

El abuelo silencioso
A la cuna me llevó
Con ademan doloroso;
Y en el fúnebre reposo
A la nieta me mostró.

Al mirarle acongojado,
Alcé una plegaria á Dios,
Y el amigo desdichado
Me abrazó, desesperado,
Y así lloramos los dos.

Largo tiempo así estuvimos
Llorando el perdido bien,
Y aunque nada nos dijimos,
Nuestras penas comprendimos...
¡Yo tengo un hijo tambien!

CARTAS CRÍTICAS

SOBRE

LA LIRA MEXICANA

Madrid 11 de Junio de 1879.

Amigo Peza: Entre las mayores contrariedades y tristezas de mi vida, cuento la imposibilidad absoluta en que me hallo de escribir un prólogo al bello libro por usted compuesto, en cuyas páginas resuena el coro inmortal de los poetas mejicanos halagando nuestros oidos con sus cánticos, nuestro corazon con sus sentimientos y hasta nuestra vanidad nacional con el cultivo y el ejercicio de la lengua madre, que confunde las almas de las dos grandes Españas, de la antigua y de la nueva, en una sola alma.

Trabajos de mayor necesidad impuestos por el movimiento de los sucesos políticos y venidos á la misma hora que su libro reclamando el empleo de todos mis dias, desposeyéndome de tiempo, han privado á mi voluntad del cumplimiento de este empeño tan grato para quien consagró una vida entera, sin darse punto de reposo, á unir por medio de las ideas las dos familias de nuestra ilustre raza esparcidas en los dos continentes más luminosos y más libres de nuestro hermosísimo planeta.

Mas no desmayeis por esto. Hechos más bien que palabras muestran cómo España guarda amor al Méjico republicano y libre creado por las revoluciones modernas, y unido á su antigua metrópoli con lazos morales tan estrechos y más duraderos que los lazos materiales y políticos. En la ocasion más triste de vuestra historia, cuando la dictadura bonapartista, no contenta con haber asesinado la República en Francia, intentó asesinarla en América tambien, contando con la complicidad de toda la Europa imperial y monárquica, nuestra pátria, personificada en uno de sus ilustres capitanes, desbarató con su impulso

generoso aquella monstruosa intriga y escribió la primera letra de la viril protesta, coronada por vuestra libertad y vuestra independencia.

Despues, en aquellos dias en que los cortesanos del poder y de la fortuna, que tanto abundan, por desgracia, en las córtes de los monarcas europeos, intentaron hacer de Méjico un pueblo apestado y reducirlo á un aislamiento eterno, España reconoció vuestro gobierno y sancionó diplomáticamente vuestra autonomía.

A estas muestras de amor habeis correspondido comprendiendo y mostrando que el triunfo de la insurreccion cubana, si por acaso hubiera logrado separar de nuestras banderas las Antillas, cederia tan sólo en bien de afortunados rivales que sueñan con un predominio excesivo en América, al cual de consuno se oponen la Naturaleza con sus insuperables vallas y la Historia con sus definitivas sentencias.

Inspirado, pues, por sentimientos de amor á nuestras letras, de las cuales son ya ornamento vuestros mismos versos, habeis presentado esa falange de poetas y esa coleccion de poesías, doblemente plausibles, por ser ellos quienes son y vos quien los presenta. Apenas aplicais el oido á sus estrofas, ya sentís que cantan los dolores y aspiraciones de nuestro tiempo con una gran verdad, y el resplandor de la Naturaleza en el Nuevo Mundo con un gran sentimiento. Nacidos en esa tierra donde todo obedece á la ley de la renovacion universal, así los séres como las instituciones, deben llevar vuestros cantores el título de poetas modernos por excelencia. Se quejan, se duelen, se plañen de las limitaciones de la vida, porque sin dolor no habria jamás arte, pero tienen fé vivísima en la idea que llena todo el Universo, en Dios; y en la idea que caracteriza al hombre, en la libertad. Luego, el espectáculo de la Naturaleza exuberante, el cántico de las selvas vírgenes, el aroma de las enredaderas tendidas sobre los árboles seculares, el hervor de los volcanes entre los ventisqueros, la inmensidad de los desiertos que en grandeza compiten con el Océano, la totalidad, en fin, de vuestra rica vida,

trae á las venas de las artes europeas, un tanto empobrecidas, nueva y más encendida sangre que centuplica la luz espiritual en la inteligencia y el calor material en todo nuestro cuerpo. Nada tan útil como esta relacion y comercio entre nuestras artes, porque los españoles pueden aprender de vosotros la inspiracion original y nativa; mientras que vosotros podeis aprender de los españoles la depuracion necesaria del gusto y la maestría en el uso y empleo de nuestra rica lengua.

De todas suertes, guardad una consoladora conviccion: que habeis contribuido con vuestro libro á despertar el ideal en la mente de nuestra generacion. El ideal es para las almas como las alas para las aves. Mediante él ascienden al cielo de lo infinito y columbran la luz increada, de la cual descienden como destellos las ideas sobre las conciencias: todavía la Historia no ha resuelto si las instituciones superiores, las repúblicas progresivas, los parlamentos libres, las leyes justas y respetadas, los progresos pacíficos y contínuos, son una causa ó un resultado. No sabemos si necesitamos dar á los pueblos política progresiva para que se ilustren y se fortalezcan, ó si necesitamos instruirlos y fortalecerlos para que abracen por impulsos propios é íntimos de su voluntad la política progresiva. Sea como quiera, tened por cierto que allí donde la inteligencia crezca, la fantasía brille, la razon madure, el arte prospere, vendrán como en ciertos periodos biológicos de la tierra, organismos superiores, instituciones superiores tambien.

Si derramais mucho éter en los espacios, aparecerá á primera vista como un inmenso cometa, pero luego, á virtud del tiempo y de irradiaciones misteriosas, surgirán mundos y soles, todo un sistema planetario. Pues lo mismo sucede con las ideas; derramad muchas y muy brillantes en la conciencia, y vereis cuan pronto surgen muchas y muy brillantes instituciones en el espacio.

Adios, amigo, os felicito y felicito á vuestra pátria por tan importante obra.—Vuestro siempre

EMILIO CASTELAR.

Sr. D. Juan de Dios Peza.

He leido con verdadero interés, mi querido amigo, la coleccion de poetas contemporáneos que con el título de La Lira Mexicana ha tenido V. la bondad de remitirme.

Sólo echo de ménos en el libro algunos apuntes biográficos de todos y de cada uno de los autores que la componen, pues el colector debia pensar lo mucho que nos interesa en España la historia de los hijos ilustres de aquella México lejendaria, que siendo hoy la cuna de nuestros hermanos en idioma, es además la antigua escena de la gloria de nuestros antepasados.

Dudo que en ningun país del mundo se pudiese hacer una antología de autores contemporáneos tan escogida y numerosa como La Lira Mexicana.

Pero alguno me preguntará:—¿y todos los poetas contenidos en ella son de primer órden?—A lo cual contestaré, que si no todos son de primer órden, por lo ménos no hay ninguno que no deba figurar en una coleccion de poetas escogidos. Todos, con más ó ménos merecimientos, son dignos herederos y continuadores de la tradicion literaria de Balbuena, Alarcon y sor Juana Inés de la Cruz, que se han educado ó escrito en la propiamente llamada Nueva España, para ser despues el orgullo de la España vieja.

Esta antología está compuesta de una pléyade de escritores en extremo cultos y temperantes, tanto, que parece imposible que sean contemporáneos; de esos prosistas políticos, cuyas filípicas leemos todos los dias en los periódicos y que escriben lo mismo, exactamente lo mismo que nosotros los españoles de Europa, pues convirtiendo á los hombres públicos en carne de calumnia, no nos ocupamos para nada en tener buenos gobiernos, sino en tener gobiernos de amigos y paniaguados.

Pero dejando á un lado la política, seguiré diciendo que es un espectáculo que llena de orgullo á los pueblos que hablan el idioma español el ver naciones como México que con tanto patriotismo defienden el castellano más puro contra las invasiones de un pueblo vecino y poderoso que habla la lengua inglesa. ¡Ah, valientes mexicanos! así, así; ayudadnos á ganar en lo porvenir esa batalla étnica que los rusos y los ingleses se preparan á darnos para ver cuál de las tres razas y de las tres lenguas ha de ser la más preponderante en el mundo.

Ruego á V., mi querido Peza, que, haciéndose intérprete de las espresiones de mi admiracion y simpatía con nuestros contemporáneos de México, se acuerde alguna vez de nosotros, haciéndonos saber todo lo que se vaya publicando en un país cuyas glorias literarias son más nuestras que suyas, pues á los españoles nos sucede con las producciones de nuestros hermanos de América lo que á la hija de Milton, que leyendo un elogio de su padre, despues de treinta años de la muerte de éste, exclamó entusiasmada:—«¡Padre mio! si viviérais hoy, ¡con cuánto placer veríais reflejada vuestra gloria en la alegría del rostro de vuestra hija!»

CAMPOAMOR.

Madrid 1.° de Mayo de 1879.

Sr. D. Juan de Dios Peza.

MI QUERIDO POETA:

Muchísimas gracias por tu galante atencion al acordarte de mi humilde nombre para el precioso libro donde congregas á tus hermanos cuyos hermosísimos versos yo presentía ya en las aves de mis jardines cordoveses, en la esencia de los jazmines que nacen en mis patios andaluces, en el ardiente sol que despierta todos los dias á tantas flores, que decora la frente de tantas montañas y que á mí como á aquellos y á tí como á nosotros nos ha prestado la luz de nuestras estrofas, el calor de nuestros entusiasmos, la vida de nuestras inspiraciones. ¿Qué mejor monumento para nuestra fraternidad futura que el primoroso collar que entreteje tu mano generosa?

Mias como tuyas serán desde hoy las lágrimas de Acuña, las exquisitas filigranas de Cuenca, las nostalgias eternas, los vuelos fantásticos, los majestuosos arrebatos de Flores y los valientes bríos de Altamirano cuya soberana musa parece haber robado sus tintas á la pluma de Andrés Bello, cantor inimitable de las galas de la naturaleza.

Como las arpas mudas de nuestro Nuñez de Arce allí languidecian y se quejaban solas las arpas de aquellos vates insignes, tu mano las hace vibrar entre nosotros, por tí resuenan juntas en el libro que les preparas y por el cual á tí y á ellos envía un abrazo fraternal de cariño y de gratitud

ANTONIO FERNANDEZ GRILO.

Madrid 1 de Mayo de 1879.

Sr. D. Juan de Dios Peza.

MI MUY QUERIDO AMIGO:

Méjico, la pátria privilegiada por el dedo de Dios con los tesoros de una naturaleza fecunda en dones para aquel suelo, acaba de recibir una prueba más del afecto profundo que le consagran sus hijos en los angustiosos dias de esa separacion que nos arranca del lugar en que nacimos, con el llanto amarguísimo de los ojos y el dolor punzante de la desesperacion en el alma.

Méjico es su pátria de usted, mi queridísimo amigo; allí cruzaron los primeros dias de su infancia, entre los quiméricos ensueños de un porvenir encantador. Allí ¿pero á que conducir su ánimo trás de las corrientes dolorosas del recuerdo? Existe un anciano noble, generoso, amante de su nacionalidad, y que, segun usted dice en sus inspirados versos, lleva en su cabeza

« El polvo del camino de la vida »

Ese anciano es su padre de usted, un pedazo de su alma al que usted adora con locura, como se adora á un padre honrado, como se le adora en el hogar, como se le adora cuando nos separan de su lado las ondas del Océano y la distancia de dos mil leguas.

¡Ah! mi buen amigo. Yo veo en usted al hijo de la América, con todas las cualidades y todos los caractéres de su peculiar organizacion. Usted siente en su alma el fuego de los rayos de ese sol ardiente que borda los cielos de su pátria, y guarda usted aún en su pecho los últimos fulgores que imprimieron un ósculo en la frente de usted cuando llegó la hora de la partida.

Pero venia usted á España, mi querido amigo, á la pátria de la regeneracion del derecho; venia usted á Iberia, la cuna de la regeneracion del lenguaje; venia usted, en fin, á esta nacion hermana de usted, amiga suya del corazon, y en donde la mirada escrutadora del génio, tendiéndose sobre la superficie del *Cosmos*, contempla de un lado el Mediterráneo, como ocupando el centro de los paises civilizados, poblado de risueñas islas, bañando unas costas plantadas de olivos, mirtos y palmeras, y que ante la meditacion del pasado y la revelacion de los sueños, semeja al mar de donde nacieron como sílfides entre sus túnicas de gasa, Apolo, las Nereidas y Vénus.

De otra parte observa el Océano, como teatro de las tempestades, rodeado de islas desconocidas, sirviendo de techumbre á los mundos impenetrables del misterio, y desplegando las alas de su fantasía para consagrarle cánticos eternos de alabanza, en la creencia de que aquellas olas fueron la cuna de los fantasmas de la Escandinavia y el dominio de esos pueblos que se forman tan alta idea de Dios.

Hé aquí, mi querido amigo, lo que es, ha sido y será siempre esta tan amada pátria mia. En ella ha encontrado usted, yo lo creo así, la buena, la cordial acogida que se merece un jóven de sus talentos. Poeta inspirado y escritor correcto, ha penetrado usted en el mundo literario español, apadrinado por el mérito indiscutible de sus producciones. Y nosotros que amamos á Méjico como á nuestra hermana del alma; nosotros que volamos como ella vuela en pos de las propias aspiraciones, y en pos tambien de esas indomables corrientes del progreso social y del progreso científico, que son el *Génesis* de las modernas razas, abrimos nuestro pecho al entusiasmo, elevamos nuestras manos á la ofrenda preciosa de su bordada literatura, y llegamos hasta estrechar sobre nuestro corazon ese espejo de sus grandezas que usted ha reunido en una sola idea y en un solo espacio, llamándole, á mi juicio muy acertadamente, LIRA MEJICANA.

Mas hé aquí el punto de dificil solucion en esta desali-

ñada epístola. Usted habia visto en la poesía de sus compatriotas una especie de vergel en donde yacian multitud de bellísimas flores que lucian sus galas, aisladamente cada una sobre su tallo sin entrelazarse con las demás. Era preciso que usted diese á conocer al mundo la galanura y los encantos de aquellas creaciones de una naturaleza vigorosa, y penetrando en las florestas donde descansaban mecidas por los vientos de su felicidad, llegó usted, tomólas con delicadeza suma, y formó un preciosísimo *bouquet*, que ofreció á su pátria, ligado con los lazos inquebrantables de su afecto, y coronado con el recuerdo inextinguible de su corazon.

Y sin embargo, esto no le pareció á usted bastante.

Aquel ramillete, que recordaba la corona de flores que las doncellas de Esparta formaron para Elena en la isla Platanista, necesitaba del rocío purísimo y fecundante de algun génio que explicase sus bellezas con el inspirado lábio de los dioses del arte.

Era ésta, tarea muy dificil en la vida de la realidad, pocos podrian encargarse de llevarla á feliz término, y sin embargo, no faltó un campeon esforzado de la ciencia, un insigne caudillo de la oratoria, un apóstol esclarecido de la jurisprudencia y de la lingüística, un hombre eminente, en fin, que como nuestro comun amigo y maestro mio el Ilmo. Sr. D. Antonio Balbin de Unquera, emprendiese la ejecucion de la obra y la llevara á dichosísimo efecto, con valerosa mano y con incomparable inteligencia.

Escribió, pues, el Prólogo de LA LIRA MEJICANA el señor Balbin, y ante la superioridad del trabajo aquel, vino á mi memoria la célebre frase, repetida por el inmortal hijo de *Cómpluto*.

« Nadie las mueva
Que estar no pueda
Con Roldan á prueba »

y como yo no podria jamás esgrimir mis enmohecidas armas con el ilustre arqueólogo español, y sí por el contrario, recibir de él muchas y muy brillantes lecciones, he

aquí por que, mi amable amigo, me veo en el caso de dejar al juicio del Sr. Balbin el desarrollo importante de todas las cuestiones de reconocida trascendencia, limitándome, como de pasada, á apuntar ligeras consideraciones sobre el carácter de la poesía mejicana, el espíritu que la preside, y la suposicion en que yo me fundo para marcar cual sea su aspecto en el porvenir.

Es indudable. Las grandes evoluciones sociales engendran y perfeccionan el movimiento de la literatura de una nacion, como engendran y perfeccionan el movimiento económico de los pueblos.

A medida que un país avanza, á medida, tambien, que sus artes, encarnándose en la naturaleza propia de la época en que se vive, van como dibujando los carácteres, las costumbres y hasta las razas mismas, encuentra el observador un hecho circunstancial y culminante que influye en estas variaciones. Pero un hecho universal, inapelable, poderoso. El producto de la lucha entre dos aspiraciones del espíritu, entre lo *ideal* y lo *real;* entre lo que se ha llamado el neo-clasicismo artístico y la realidad misma en el arte. Este hecho práctico que informa el periodo de transicion de lo que fué á lo que es; esta resultante de las aspiraciones individuales y colectivas á la absoluta posesion de la verdad concreta, no es otra cosa que el *conocimiento* en su grado más alto de perfeccion, la filosofía, en una palabra, que invocada por el progreso para su auxilio y su ascension á los mundos del infinito, se extiende sobre las humanas inteligencias, desligadas ha tiempo de la tarea de la contemplacion, y libres ya de la fiebre del miedo, que buscan, analizan, desentrañan, y no llevan á efecto más que aquello que halaga á su espíritu sin que sea siempre bajo el prisma especulativo.

Pues de estas influencias, quizás Méjico no se haya visto totalmente atacado en su literatura.

Los que recibimos más directamente, por nuestra proximidad geográfica á ellos, las inspiraciones de los pueblos germánicos y vivimos de contínuo esperando un aviso suyo para asociarnos al casi general concierto del movi-

miento intelectual de Europa, perdemos en nuestra poesía lo que ganamos en nuestra ciencia. Perdemos aquella objetividad ideal que caracteriza la poesía clásica castellana; aquella aspiracion subjetiva hácia un ideal de verdad y de belleza absolutas, que bien pudiera ser el de Platon, y reivindicamos en cambio la memoria de la obra inmortal de Dios: el hombre, apelando á sus pasiones, á sus sentimientos, á sus debilidades, para producir la obra artística, idealizando aquellos con la sancion moral de un hecho grato para el bien, funesto para el mal, pero siempre concreto, real y posible.

Hé aquí porque nos encontramos los pueblos de Europa dominados por una fiebre inapagable de investigacion, hasta en las funciones exclusivas de la fantasía. Hé aquí porque se organizan frente á frente todas las escuelas del arte luchando las unas todavía con el apoyo de la revelacion y el misticismo teológico, peleando las otras con los auxilios de la filosofía y los elementos de la razon. Y hé aquí, porque para los libre pensadores que anhelan la regeneracion del arte por su reencarnacion en lo real, no existe más que un Victor Hugo en Francia, un Leopardi en Italia, un Goethe y un Heine en Alemania, un Byron en Inglaterra y un Goszczynski en Polonia, creador este del inspirado poema el *Castillo de Kaniow* y antitradicionalista por temperamento en política y en arte.

Contra esta escuela levántase la secta idealista más generalizada aun por el hecho mismo de su historia, y opone como modelos en los paises antecitados un Lamartine, un Petrarca, un Schiller, un Miltton y un Malezeweski, el héroe de Polonia en la proscripcion y en la desgracia, el más refinado acero contra los aguzados dardos de la crítica.

Y sin embargo, ustedes y nosotros conservamos el sello característico del lenguaje clásico, sus giros, sus modificaciones y sus inflexiones determinadas.

Ustedes nacen en su vida poética al calor de grandes instituciones políticas, como nacieron los géneros en las poesías griega y latina durante el reinado de los grandes cetros. Nosotros hemos seguido la misma suerte.

La poesía bucólica, ese ensueño del númen que idealiza el estado del hombre en el seno de la Naturaleza, brotó en Roma durante la dominacion de Augusto personalizada en el inmortal cantor de Mántua, en el discípulo de la gran Parthénope, en el Tytiro de las églogas. Virgilio, el cisne del Lacio, el modelo de todas las escuelas, hubo de buscar la proteccion de un amigo de todos los poetas de su tiempo, para que demandara del rey la proteccion que necesitaba. Y sin embargo, el colega de Polion brillaba tanto como el monarca; merecia del pueblo latino tantas consideraciones como aquel príncipe y su personalidad, sumisa hasta el punto de llamar dios á su rey, se levantaba majestuosamente sobre él para exclamar en sus versos ante el concilio II de Bizancio.

Jam nova progenies «cælo demittitur alto.»

y Egipto misma vió levantarse la musa pastoril y juguetona de los poetas bucólicos durante la dominacion de los Ptoloméos, de esa monarquía fastuosa y sibarítica, que se cobijára bajo los artesonados de oro de su grandeza y las creaciones potentes del arte antiguo.

A semejanza de ellos, ustedes y nosotros hemos venido á la vida del arte cuando nos ha llegado una institucion todavía más poderosa; la institucion de la libertad que es el verbo de la existencia y de la dicha.

Ustedes, despues de grandes cambios y de grandes fatigas en sus luchas contra los pueblos y muy especialmente contra los de más allá de las cumbres del Pirineo, han visto volver á robustecerse en la contemplacion de ese gran argumento de su poesía, la naturaleza, las musas elevadas y brillantes de Carpio, Prieto, Ramirez, Florez, Plaza, Sierra, Hijar y Haro, Altamirano, Acuña y otros muchos.

Ustedes tienen el primero de estos poetas que representa, como dice muy bien el Sr. Balbin, el ideal y el perfeccionamiento de la gran creacion de Byron, y recuerda en su Poema Bíblico, la suma pureza, el levantado espíritu del primero de los libros sagrados.

Ustedes cuentan con las sonoras liras de los poetas citados Prieto, Ramirez, Flores, Riva Palacio, Sierra, Hijar y Haro y otros varios, que así se elevan hasta el tono de la profecía, como retroceden á la vida del recuerdo lanzando risas y vertiendo lágrimas. Cuando los leo, siente mi corazon gozo inefable y me causa admiracion suprema la flexibilidad en el movimiento dramático de las escenas que describen, la armonía en el cadencioso ritmo que manejan, la elocuente verdad en el severo apóstrofe que dirigen. Líricos son estos que honran á Méjico con sus riquísimas imaginaciones.

Paso despues á Altamirano, y me encuentro con el estilista elegante y el retórico de exquisita seleccion. La forma de sus composiciones me seduce. El género que cultiva suspende mi espíritu de otra nueva existencia. Si enamorado, sublime; si triste, arrebatador; si creyente, incomparable, y si en el seno de las vírgenes selvas de la América, ó al lado de los trasparentes arroyos canta las dulzuras de su corazon en brazos de la pasion ardiente de su alma, ¡ah! entónces le veo engarzar su lira de poeta en las incrustaciones de oro y zafir de la lira de Orfeo, para elevar como este un mundo de creaciones al porvenir y á la Pátria.

Y no me resta sino Acuña. ¡Oh! mi querido amigo. Perdieron ustedes al que acaso, si hubiera continuado pisando los ásperos senderos de la vida, hubiese ayudado á marcar el porvenir y el movimiento hácia donde habia de dirigirse la actual poesía mejicana. Aquella composicion, *Ante un cadáver*, parece todo el sudario de su existencia. ¡Cuántas lágrimas debe derramar Méjico, al recordar se perdió para siempre!....

«Pero no, su mision no está acabada;
»Que ni es la nada el punto en que nacemos,
»Ni el punto en que morimos es la nada.»

Él mismo lo dice; respetemos la memoria de los muertos.

Amigo mio, siento haberme extendido demasiado, molestando quizás á cuantos lean esta desaliñada carta.

Es verdad que me preguntará usted ahora cuál es el espíritu que domina en la poesía mejicana.

Y yo le contestaré á usted, que son los poetas más armoniosos, más inspirados, más líricos, en fin, que pueda apetecer el ánimo más antojadizo.

¿Cual será la suerte de su poesía en el porvenir?

Difícil es, amigo mio, afirmarlo.

Ni el idealismo que se inspira en lo puramente metafísico, dejando olvidado al hombre en su hogar, es la aspiracion de la época presente, ni la realidad tosca y grosera es el objetivo del arte para el porvenir.

Fluctuamos entre estas dos ideas, moviéndonos, sí, más en un sentido que en otro; pero en Méjico como en Alemania, como en España, como en todos los pueblos, la poesía será siempre amada de la verdad y no podrá juzgársela descaradamente, dado el organismo de las modernas razas, como la *sombra de la mentira*, segun, con bastante desacierto, hubo de calificarla Bacon.

De usted amigo fraternal y apasionado

ANTONIO HIDALGO DE MOBELLAN.

DE LA SOCIEDAD MEJICANA DE GEOGRAFÍA Y ESTADÍSTICA.

Madrid 14 Marzo de 1879.

Sr. D. Juan de Dios Peza.

AMIGO Y SEÑOR MIO:

Coincide la publicacion de este libro consagrado por Vd. á la LIRA MEXICANA, con el movimiento impulsor del gusto literario ó renacimiento de nuestra poesía, que en círculos, Academias y Ateneos han propagado los mantenedores de las lecturas públicas, nuevo modo y foménto de costumbres útiles á la cultura intelectual y amplitud de los dominios del arte, en cuyo nombre y prestigio realizan las naciones preciados timbres de la edad presente.

La musa viril de los continentes donde se cultiva y perpetúa la lengua castellana, deberá á la iniciativa de usted esta guirnalda de siemprevivas que viene á enlazar con las flores de nuestro suelo, á estrechar vínculos de dos nacionalidades literarias, separadas solo por la distancia, y á prestar dulces acordes al mismo concierto de pueblos de una misma raza, que aman á una msima madre y con iguales alientos proclaman á la diosa poesía.

Mi aficion y culto á la América poética nacieron al calor de esa raza de soñadores vírgenes, de trovadores mágicos y de inspirados génios de la lírica, que así afilan la espada en el laud, como rien y lloran con el alma, reproduciendo en sus versos los resplandores del hogar, el trino de sus dolientes aves, la luz del cielo tropical, el fuego de sus astros, el gemido de sus mares, el furor del cráter ó de la espumosa catarata, los colores de la exuberante naturaleza que matiza sus bosques y montañas; que para crear imágines, anidan cual las águilas, en la cúspide de la fantasía, y que respiran vida de lucha, de encontrados afectos y de admiracion y entusiasmo, casi agostados en los vergeles de la razonadora Europa.

Rendia ya merecido tributo á los manes alborescentes de la musa americana, cuando la suerte me deparó la amistad que en tanto estimo, del diplomático y compañero de Vd. el insigne Dr. Juan Hijar y Haro, quien con la ciencia médica comparte los láuros de la poesía, y al cual debo gratas muestras del númen poético mexicano y amistades fortalecidas al concedérseme en 1874 el honor de ser nombrado sócio corresponsal de el *Liceo Hidalgo*, á propuesta, nunca por mí olvidada, de los celebrados poetas que en esta coleccion dignamente figuran, el tierno Francisco Sosa, el ático general Joaquin Tellez y el crítico y doctor Manuel Peredo.

De entonces guardo un recuerdo afectuoso de la patria de Ruiz de Alarcon y Gorostiza. y al hojear las páginas de este amenísimo volúmen, donde por tan gallarda manera lucen variedad de galas y de género poéticos, no puedo ménos de saludar regocijado á los bardos de la España mexicana; á los que celebran glorias que ojalá no se vieran turbadas por luchas intestinas; á los que ensalzan la fé y el trabajo; á los que llevan una idea, un rasgo, un sonido un eco, á la reconquista del arte literario, de la madre poesía, desheredada en la resolucion de los problemas del siglo ó condenada al materialismo y á la duda que la hacen renegar de su orígen soberano; á deponer ante las especulaciones de la crítica positivista

«Su cetro de oro y su blason divino.»

Bien se ve que los vates mexicanos, nacidos para cantar y remontarse como los sinsontes que pueblan su esfera, llevan dentro de sí espíritu de contemplacion á lo maravilloso y sávia fecunda y vivificadora; pero la lira que resbala en la molicie de los goces y que se exhala en vertiginosa pasion, cae al fin en el paroxismo del dolor; concita el ódio del amor en vez de sublimar á la mujer amada; el desengaño absorbe el sér, y las sonrisas se convierten en lágrimas y el corazon despedazado flota entre los horrores del vacío. Así vive muriendo; el númen escéptico ó abstruso creador de las sombras que le envuelven y de la

eterna noche en que se abisma: el mártir sin redencion, el poeta elegiaco abandonado del amor y la esperanza.

Hay más allá. La poesía y sus hermosos ideales viven mejor en las regiones de la paz, en los purísimos senos donde brillan las acciones nobles, que no entre tormentos de la imaginacion y efluvios de letal melancolía. Hay paraiso para el infierno de Dante, horizontes bañados en luz para la creencia en la virtud, para el honor de la patria y para el sentimiento de la familia.

Lo revela el mejor perfume de esta obra, la nota más sentida de esta LIRA, cuyas cuerdas pertenecen á tantas cítaras sonoras, y con la cual se levanta un himno á la fama de nombres dignos de loor, entre ellos los de Vigil, Carpio, Cuenca, Sierra, Monroy, Mateos, Rosas, Peon, Contreras, Cosmes, Prieto, Flores, Riva Palacio, Espino, Gutierrez Nájera, Gomez Vergara, Rodriguez Rivera, Santa María, Garza, Valle, Ramirez, Plaza; el del malogrado Acuña, pensador y poeta de inextinguible memoria, y el de Peza, que de intento guardé para señalado lugar, y que añade á sus timbres poéticos, el de habernos dado á conocer esta primaveral floresta y cohorte de bardos de la patria nuestra hermana, por lo cual le envia un fraternal abrazo su admirador y amigo.

FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

Madrid 10 de Junio de 1879.

Sr. D. Juan de Dios Peza.

MUY SEÑOR MIO Y DISTINGUIDO AMIGO:

Inmenso es el servicio que ha prestado usted á su pátria, dando carta de naturaleza en España, á la inspirada pléyade de poetas con cuyas composiciones ha formado usted la reducida, pero valiosa coleccion que va á publicar bajo el título de LA LIRA MEXICANA.

Si mis asíduas y múltiples ocupaciones no me lo impidieran ¡con cuanto placer y con que viva complacencia consagraría algunas páginas al exámen de este curioso volumen de poesías que, apesar del constante interés con que sigo el movimiento literario de los pueblos hispano-americanos, ha sido para mí, en su conjunto, una verdadera revelacion! Sabía yo que en México se cultivan con amor las letras, las artes y las ciencias; no ignoraba el religioso respeto con que se cuida y maneja en aquel país el rico caudal del idioma, que nos es comun; no me son extraños determinados autores que por la pureza de su diccion y lo castizo de su estilo, han conquistado en nuestra literatura, legítimos títulos señoriales; habia visto antes, en otra coleccion del señor Olavarría, varias de las composiciones que incluye usted en la suya, en las cuales el estro y la expresion, el pensamiento y la forma, se reunen y compenetran como la belleza del cuerpo y la del alma en algunos séres privilegiados; pero confieso que no había podido apreciar en la medida que la obra recopilada por usted me permite toda la grandeza, pompa y majestad de la musa lírica mexicana en los tiempos modernos.

Merced á usted, España podrá gozar de las poéticas creaciones del apasionado y correctísimo Altamirano, del

brillante y clásico Carpio, del sentido y profundo Acuña, tan prematura y desastrosamente robado á su propia gloria, del exuberante y grandilocuente Sierra, del melancólico Hijar, del desgraciado Covarrubias el *poeta mártir*, del descriptivo é intencionado Riva-Palacio, y de tantos otros de relevantes méritos, como campean y resplandecen en la excelente coleccion que usted ha formado y á todos los cuales, por mediacion de usted, envío mi afectuosa enhorabuena y mi fraternal saludo.

Reciba usted, amigo Peza, el sincero testimonio de mi agradecimiento por la publicacion de un libro que, escrito como está en lengua castellana, honra á su pátria y enorgullece á la mia, y con el cual contribuye usted poderosamente á estrechar los íntimos lazos de dos pueblos hermanos, cuyo mútuo afecto sería aún más vivo, si más y mejor se conocieran.

Reitera á usted la cariñosa expresion de la amistad que le profesa su atento y S. S. Q. B. S. M.

GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

Madrid 9 de Mayo de 1879.

Sr. D. Juan de Dios Peza.

MI DISTINGUIDO AMIGO:

Ha tenido usted muy feliz idea al reunir en el presente libro el tesoro de poetas mexicanos que tengo á la vista. LA LIRA MEXICANA es á la vez la lira española, y en esta coleccion de estimables poesías, encuentro la rica imaginacion y el sentimiento que distingue á los poetas españoles.

Este libro, que con tanto agrado he leido, tiene, además de sus prendas poéticas, el mérito de ser prenda y testi- [illegible] e España vive todavía en México. Nada une [illegible] ueblos como el vínculo de un mismo idioma. [illegible] ocupaciones que han podido levantarse para separarnos, no han sido suficientes á romper el lazo de la lengua que mutuamente hablamos.

España debe recibir el libro que usted ha coleccionado con vivas simpatías. Yo le felicito por el acierto con que lo ha hecho, y me felicito á mí mismo, admirando las bellezas que encierra en sus páginas.

Reciba usted con estos breves renglones, que rápidamente escribo, el justo testimonio de toda mi consideracion y el afecto que le profesa su afectísimo amigo y S. S.

JOSÉ SELGAS.

[illegible] de Mayo de 1879.

[redacted]

[redacted]

[redacted]

ÍNDICE

Páginas

Altamirano (Ignacio Manuel)

Flor del alba..... 33
La salida del sol..... 37
Los naranjos..... 40
Las abejas..... 43
Las amapolas..... 49

Acuña (Manuel)

Nocturno. — Á Rosario..... 53
[illegible]dáver..... 58
[illegible]hoy..... 62

Alfaro (Anselmo)

[illegible]os..... 65

Argandar (Alejandro)

Melancolía..... 69

Bianchi (Alberto G.)

Tus ojos..... 71
El boton de rosa..... 72

Baz (Gustavo Adolfo)

El faro..... 75
Elegía..... 78

Cuenca (Agustin F.)

[illegible]labal..... 81
[illegible]..... 86
[illegible]ana..... 90
Nieve de Estío. — Contestacion á una carta de mujer. A Juan de Dios Peza..... 93

Bencomo (Diego)

¡Soledad!..... 97

Páginas

Cosmes (Francisco)

El Poeta..... 101
En el cuarto centenario de Miguel Angel...

Carpio (Manuel)

Cena de Baltasar.....
Bonaparte..... 121

Caballero (Manuel)

La plegaria de una vírgen..... 123
Miedo..... 126

Colina (Rafael B. de la)

La Rosa. — A la Sra. D.ª Rosa Marin de Romero Vargas..... 129

Córdoba (Tirso Rafael)

Porvenir. — A mi amigo el Sr. D. Ignacio Romero Vargas..... 133

Cuellar (José T. de)

A Cervantes.....

Covarrubias (Juan Diaz)

Fragmentos..... 145

Dominguez (Ricardo)

Cambios..... 147
A ella..... 148

Echaiz (Jesús)

Galileo..... 151

Espino (Rosa) (1)

El alba. — En la sierra..... 153
El medio dia. — En la costa..... 156
La tarde. — En el valle de México.....
La noche. — En la montaña.....
Un recuerdo.....
Los dos espíritus.....
Hidalgo. Fragmento de un canto..... 166

Fernandez (José)

En la muerte del general Zaragoza..... 169

(1) General Riva-Palacio.

Páginas

Flores (Manuel M.)

[illegible] 173
[illegible]ia 176
[illegible] nada más 178
Adoracion 179
Mi sueño 182
A media noche 185

Gallardo (Aurelio Luis)

Texcoco 189

Gomez Vergara (Joaquin)

Mis montañas 197

Gutierrez Nájera (Manuel)

[illegible]ate de mí 201

Hijar y Haro (Juan B.)

En la playa del mar. — A mi distinguido amigo Ramon Miravete 205
Recuerdos del hogar 209
¡Descansa en paz! 214
A un lucero. — A mi inspirado amigo Manuel M. Flores 218

Ituarte (Ricardo)

Muerte del Sr. D. Clemente Sanz 223

Lerdo (Francisco de A.)

Mi culto 231
A Luz 233

Lizarriturri (Manuel)

[illegible]n Diaz Covarrubias 235

Monroy (José)

A mi amiga Aurora Revilla de Escoto, en la muerte de su padre 237
Esperanza 240

Mateos (Juan A.)

Al General D. Santos Degollado 243

Martinez de Castro (Manuel)

Decepciones 249

Páginas

Ortiz (Francisco de P.)

Páginas sin nombre.....

Ortiz (Luis G.)

¡Llorar!..... 255
Petrarca..... 256

Olaguibel (Manuel

Jesús..... 257
Bien supremo..... 259
La vuelta de las golondrinas..... 261
Pervincas..... 262

Peza (Juan de Dios)

A mi padre.....
Nieve de Estío.....
Tras de los mares. — Al inspirado poeta y sábio doctor Juan B. Hijar y Haro..... 272
Post-umbra. — A mis queridos amigos Juan G. Wilson y Manuel Caballero..... 275

Prieto (Guillermo)

A México..... 281
A Juan Cordero..... 284
Coplas sentidas. — A Justo Sierra..... 291

Peon Contreras (José)

Al conquistador de Anáhuac..... 295
En el apoteosis del sábio químico mexicano, Doctor D. Leopoldo Rio de la Loza..... 301

Peredo (Manuel)

El can-can.—Epístola á Ignacio Manuel Altamirano.....

Plaza (Antonio)

Fé..... 311
Gotas de hiel. — Fragmentos..... 312

Ramirez (Ignacio)

Fragmentos..... 315
A..... 317
Al amor..... 318

Páginas

Roa Bárcena (José María)

[redacted]ion de México. — A mi amigo el Sr. Don [redacted]ez..... 319

[redacted] **Rodriguez y Cos (José María)**

[redacted]bel..... 325
El cadáver de Abel..... 326

Rodríguez Rivera (Ramon)

Tropical..... 327
El labrador..... 331

Rosas (José)

[redacted]vivir siempre soñando!..... 335
[redacted]..... 337
[redacted]..... 341
[redacted]dea..... 346
[redacted] infancia. — Fragmentos..... 350

Rincon (Manuel E.)

En el baño..... 353

Riva Palacio (Vicente)

En el Escorial..... 355

Segura (José Sebastian)

En la muerte de Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda..... 357

Santa-María (Javier)

Las brisas..... 361

Sierra (Justo)

[redacted]cion de premios de la Exposicion.. 365
[redacted]acion de los cursos orales del Colegio [redacted]ados..... 369
[redacted]istori..... 374

Sierra (Santiago)

Fragmento de un canto á México..... 379

Silva (Agapito)

A la memoria del malogrado poeta Manuel Acuña 383
A Ocampo..... 387

Págn

Sosa (Francisco)

Romance..... 38
A mi madre en el último dia del año..... 38

Tellez (Joaquin)

En presencia del mar de Veracruz..... 38
Al nigromante..... 39

Trejo (Joaquin)

Del libro de María..... 39

Valle (Juan)

El crepúsculo en la Presa. — A Lucinda..... 40

Vigil (José María)

Fragmentos..... 40

Villalon (Juan)

El canto de Netzahualcoyotl..... 40

Zárate (Eduardo E.)

Ausencia..... 41
Mi primera cana. — A María..... 41

Zaragoza (Antonio)

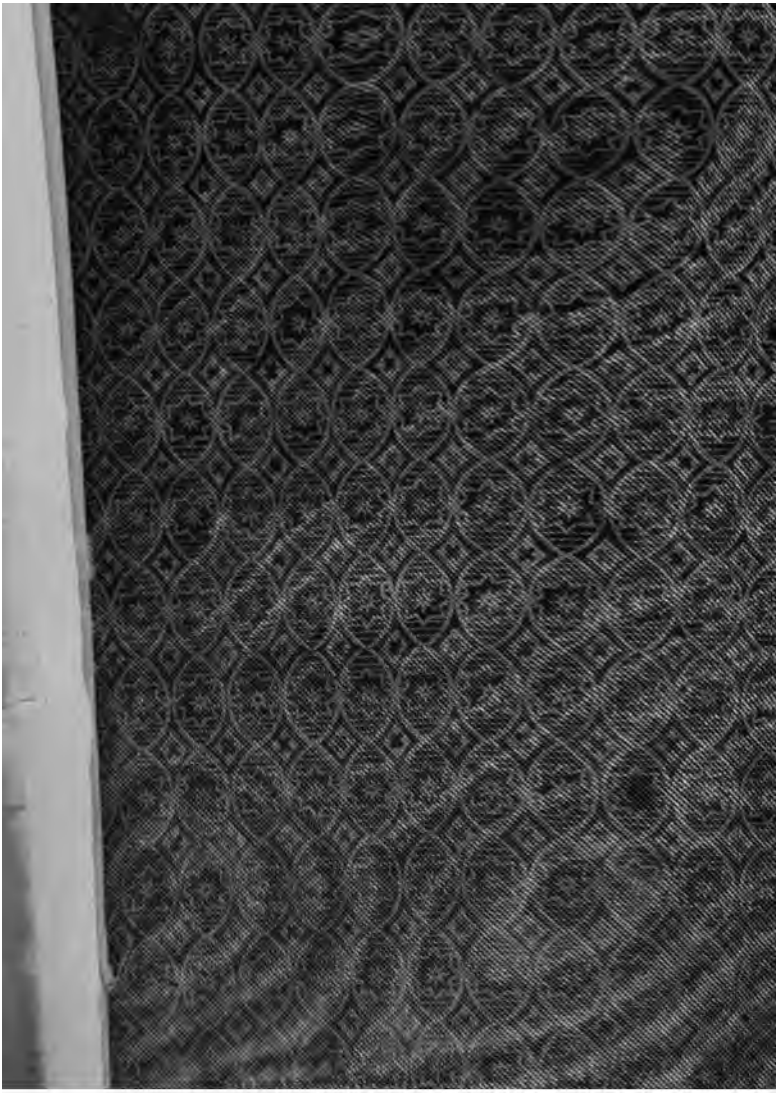
Armonías..... 41

Zayas Enriquez (Rafael)

Primaverales..... 42

Cartas criticas sobre «La Lira Mexicana»

Carta de D. Emilio Castelar..... 42
Carta de D. Ramon de Campoamor..... 43
Carta de D. Antonio Fernandez Grilo..... 43
Carta de D. Antonio Hidalgo de Mobellan..... 43
Carta de D. Fernando Martinez Pedrosa..... 44
Carta de D. Gaspar Nuñez de Arce..... 44
Carta de D. José Selgas..... 44

SEP 20 1921

Lib.-Wagner